



MINISTERIO CRISTIANO
«Portavoces de Vida»

LOS EXTREMOS DE LA DOCTRINA CARISMÁTICA

J. M. RECUERO

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

UNA CUESTIÓN DE HERMENÉUTICA.....	página 5
-HACIA LA INTERPRETACIÓN CORRECTA	
-EL CONTINENTE BÍBLICO	
-LA ANALOGÍA BÍBLICA	
-UNA VISIÓN GLOBAL DEL CONTINENTE BÍBLICO	
-LAS COSTUMBRES ERRÓNEAS	

EL EXTREMADO ÉNFASIS EMOCIONAL.....	p. 15
IMPRESIONES DE UNA REUNIÓN CARISMÁTICA	

EL BAUTISMO Y LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO.....	p. 21
-LA EFECTIVIDAD BAUTISMAL	
-SOLO EXISTE UN BAUTISMO	
-LA IMPOSICIÓN DE MANOS	
-LA GRAN CONFUSIÓN	
-LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO	
-EL ESPÍRITU SANTO Y LAS EMOCIONES	

EL DON DE LENGUAS.....	p. 29
-EL DON Y LA CIUDAD DE CORINTO	
-EL DON DE LENGUAS Y LA HISTORIA	
-EL DON DE LENGUAS EN LA BIBLIA	
-UNA EXPLICACIÓN DE ESTE FENÓMENO	

MILAGROS Y SANIDADES.....	p. 37
-EL ORIGEN DE LAS ENFERMEDADES	
-UNA SOLUCIÓN FÁCIL Y RÁPIDA	
-LAS SEÑALES APOSTÓLICAS	
-TEXTOS BÍBLICOS SOBRE LAS SANIDADES	
-EJEMPLOS QUE INVALIDAN ESTA DOCTRINA	
-EXPLICACIÓN DE ALGUNAS SANIDADES	

SATANÁS Y LOS DEMONIOS.....	p. 51
-UN ÉNFASIS DESMESURADO	
-MINISTERIO DE LIBERACIÓN	
-NUESTRA LUCHA CONTRA EL ENEMIGO	

LA APOSTASÍA.....	p. 57
-IDENTIFICANDO LA APOSTASÍA	
-LOS FOCOS MÁS IMPORTANTES DE LA APOSTASÍA HISTÓRICA	
-TEXTOS BÍBLICOS SOBRE LA APOSTASÍA	

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

Teniendo en cuenta la fidelidad del pensamiento bíblico, no podemos negar que existe un cierto abismo doctrinal entre los extremos del movimiento llamado carismático y el cristianismo evangélico tradicional. Tanto es así, que debido a la gran expansión de este fenómeno en el mundo cristiano, y en medio de la evidente controversia mostrada entre los movimientos carismáticos y la doctrina evangélica más conservadora, muchos creyentes viven inmersos en un gran dilema; confundidos y desorientados, no encuentran una base bíblica, sólida y razonable, donde apoyar firmemente su espiritualidad cristiana.

Ciertamente es difícil definir la doctrina carismática, y consideramos que ni siquiera se le puede llamar «doctrina», debido principalmente a su falta de definición y a sus múltiples variantes. Por este motivo, procuramos no incluir en las conclusiones a todos los llamados carismáticos. Como se sabe las manifestaciones carismáticas no son exclusivas del cristianismo evangélico, y las tales se encuentran muy diversificadas en sus expresiones religiosas.

También es preciso aclarar que el presente trabajo no se muestra a modo de crítica destructiva hacia ninguna persona, dentro de ningún sector cristiano en especial. Más bien constituye una advertencia en contra de algunas doctrinas y prácticas extremas que no se presentan de forma clara en la Sagrada Escritura. No se pretende, pues, ofender a ningún hermano en la fe, ni establecer veredictos judiciales con las objeciones a ciertas enseñanzas extrabíblicas que se suelen observar en algunos círculos carismáticos. Aunque, no obstante, entendemos que perderíamos la integridad si con nuestro silencio permaneciésemos cómplices con los errores promovidos por la extrema doctrina del citado movimiento.

Tal vez alguien pueda pensar que con esta propuesta se procura crear la división, o romper la unidad cristiana. En esto, debemos admitir que la comunión de las iglesias, o sectores evangélicos, no viene marcada por la aceptación incondicional de «cualquier viento de doctrina», como bien cita Efesios 4:4. No concibamos mal la unidad cristiana. El creyente que rompe la unidad y comunión evangélica, es precisamente aquel que se aleja de la doctrina correcta, expresada de una vez por todas en la Revelación de Dios. Porque, si examinais bien la siguiente norma bíblica: *«Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada»* (2 P. 1:20), deberemos de aceptar que no puede haber varias interpretaciones de la Biblia. Luego, creemos, vivimos y predicamos la única y exclusiva verdad de Dios, o por el contrario estamos creyendo, viviendo, y en consecuencia predicando una mentira.

Con esta convicción, cualquier cristiano comprometido con su Señor está llamado a contender ardientemente por la doctrina que ha sido otorgada una sola vez a los creyentes, según se nos exhorta en la carta de Judas (v.3). Por lo cual, mostrando cierta prudencia y humildad, pero sin perder la entereza y la valentía, habremos de hacer frente a todas aquellas enseñanzas o prácticas que se presentan como «doctrina verdadera», pero que por su débil y oscura argumentación bíblica, carecen de solidez y fundamento para ser reconocidas como tal.

Por otra parte, huelga decir que el propósito de esta obra no es confeccionar un estudio amplio y exhaustivo, sino mostrar un análisis razonable de lo que está ocurriendo en este sector, a la luz de las Sagradas Escrituras, que por algo son las que poseen la última palabra en materia de doctrina, sobre todo para la vida del cristiano que quiera ser

consecuente con su fe. Y con esta aspiración, debemos examinar las prácticas carismáticas, investigando los motivos que las originan, así como los efectos negativos que se producen en nuestro cristianismo contemporáneo, a causa de sus extremos doctrinales.

En definitiva, solamente se pretende mostrar ciertas reflexiones, con el objeto de avivar el deseo de investigación bíblica entre los cristianos, para que averigüen, cada uno de forma personal, la verdad revelada en la Palabra de Dios; y, cómo no, también las mentiras que Satanás pretende introducir por medio de sus artimañas doctrinales, resultando en unas excesivas prácticas que, a la verdad, carecen por completo de fundamento bíblico.

Estimado lector, si usted es un cristiano sincero, y desea hacer la voluntad del Dios que le ha salvado, entonces pídale en oración y con sinceridad de corazón, que le ayude a descubrir la verdadera doctrina; pues de ello depende no solo su correcta orientación espiritual aquí en la tierra, sino que también constituye su completa preparación para vivir en la eternidad, en plena comunión con Dios y su eterna Palabra.

Por lo demás, hacemos bien en seguir las instrucciones de nuestro Señor, transmitidas a través del apóstol Pablo: «*Pero tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina*» (Tit. 2:1).

«El Espíritu dice claramente que en los posteriores tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios» (1 Timoteo 4:1).

UNA CUESTIÓN DE HERMENÉUTICA

HACIA LA INTERPRETACIÓN CORRECTA

Meditando sobre el tema que nos ocupa en este primer apartado, la recomendación bíblica se dirige hacia el problema de fondo: «*Que usa bien la palabra de Verdad*» (2 Ti. 2:15). Según este versículo, la consecuencia que se deriva es la siguiente: Si no se interpreta correctamente la Palabra de Dios, tampoco se podrá hacer un buen uso de ella. En tal caso, lo único que se occasionará son doctrinas y prácticas, que a la postre se desviará de la correcta enseñanza bíblica. Por ello afirmamos, y sin temor a equivocarnos, que los extremos producidos en el entorno de nuestro «ámbito evangélico» (por desgracia el calificativo «evangélico» se encuentra muy desfigurado de su significado original) se deben fundamentalmente a una interpretación errónea de las Sagradas Escrituras; precedida, dicha interpretación, por un desconocimiento de los principios más básicos pertenecientes a la llamada Hermenéutica bíblica.

Ya en tiempos del Nuevo Testamento se hallaban movimientos infiltrados dentro de la verdadera Iglesia, y éstos fueron denunciados por los mismos apóstoles, debido principalmente a las doctrinas erróneas que pretendían introducir en las comunidades. No resulta impropio pensar, por tanto, que aquellas advertencias hayan quedado registradas en la Biblia, para que también los creyentes de hoy recojamos el ejemplo. Así reza el texto bíblico: «*Porque vendrá (futuro) tiempo cuando no sufrirán (soportarán) la sana doctrina (elemento clave), sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán (son muchos) maestros conforme a sus propias concupiscencias (motivaciones egoísticas)*» (2 Ti. 4:3).

En primer lugar, es del todo imprescindible aceptar la enseñanza de que solamente existe una interpretación de la Biblia, no varias. Si bien es verdad que los textos pueden comprender incontables aplicaciones para nuestra vida personal, la justa interpretación de los escritos bíblicos la determina la Hermenéutica Bíblica (el conjunto de normas que establecen la correcta interpretación de los textos sagrados). A este respecto, la misma Escritura nos ofrece innumerables normas de interpretación (buena parte de la Hermenéutica se encuentra en la propia Biblia), como veremos a continuación; y supeditadas estas normas al cumplimiento de las reglas más básicas: la dependencia de Dios y la iluminación de su Santo Espíritu, que se corresponden asimismo con un sincero deseo de obediencia al Señor, y con la subordinación a los métodos que Él mismo ha estipulado en su Palabra para poder interpretarla.

Es cierto que el Espíritu Santo habrá de iluminar nuestra mente para conocer el sentido espiritual y práctico de la Escritura Sagrada. Pero, no es menos cierto que la Palabra, la Revelación de Dios, se ha transmitido en el escenario de la historia de la Humanidad; y por consiguiente, es nuestra responsabilidad conocer los factores de ese escenario, donde la Palabra asume la configuración final determinada por Dios, a la vez que adquiere un significado concreto para el ser humano.

Así que, todo aquel que desee llegar a una comprensión adecuada de la sana doctrina, necesitará conocer, en buena medida, las indicaciones que nos ofrece la Hermenéutica Bíblica.

Teniendo en cuenta lo dicho, no parece sensato aplicar una exégesis bíblica sobre la base de nuestras propias emociones, impresiones personales, o experiencias subjetivas, y

a continuación insertar versículos bíblicos aislados y desprotegidos de su contexto, para crear cualquier doctrina sin importar las normas establecidas. Y esta es, verdaderamente, la base interpretativa de la mayoría de círculos carismáticos extremos, desde donde se confeccionan y desarrollan el conjunto de enseñanzas y prácticas extrabíblicas... Con esta indiferencia hacia la hermenéutica, de ninguna manera se podrá entender correctamente las Sagradas Escrituras.

Por esta razón planteada, y debido al gran desconocimiento que se ha podido constatar, no tan solo en el ámbito carismático, sino en buena parte de nuestro desarrollado mundo cristiano, consideraremos oportuno mencionar algunas sencillas reglas de interpretación bíblica, las cuales se habrán de tener presente a la hora de estudiar la Palabra de Dios.

Como ya señalamos, estas recomendaciones no se escriben con la intención de refutar todos los errores que se puedan producir en el extremo carismático. Lo que se procura es ofrecer ciertas claves de interpretación bíblica, las cuales se revelarán a lo largo de los comentarios –previa mención de algunas normas en este apartado–, con el propósito de que sea el mismo lector quien examine sus propios presupuestos doctrinales.

Con este espíritu de investigación, presentaremos seguidamente algunas pautas que se estiman de interés general, para que podamos analizar, con buenos criterios exegéticos, todos los extremos doctrinales que se puedan plantear.

Antes de entrar en el tema, consideraremos la norma de hermenéutica que se debe aplicar en todos los casos. Es la siguiente: *Todo se ha de interpretar literalmente* (tal y como se lee) *salvo en dos casos: Cuando el sentido del texto se contradice con otros, o cuando constituye un absurdo*. Por ejemplo, cuando Jesús dijo: «*Yo soy la puerta*» (Juan 10:9), resulta muy evidente que es absurdo. La puerta sirve para entrar, y denota la entrada a la salvación... Y cuando se menciona que Dios «*se arrepintió de haber hecho hombre en la tierra*» (Génesis 6:6), se contradice con el texto en el que cita que Dios: «*no es hijo de hombre para que se arrepienta*» (Números 23:19); por lo tanto, en el primer caso el arrepentimiento no se puede interpretar literalmente, pues lleva sentido antropomórfico de pena, tristeza o pesar.

EL CONTINENTE BÍBLICO

Por lo general, los cristianos creemos que Dios ha comunicado al ser humano su propia voluntad, descubriendola por medio de la Palabra escrita. A esta manifestación divina la vamos a denominar el «contenido bíblico». Sin embargo, para que podamos comprender mejor su Revelación, Dios la ha transmitido en diferentes períodos y lugares de la Historia, y a través de diversos autores humanos. A estos medios de comunicación los llamaremos el «continente bíblico». Querer, por lo tanto, conocer solo el «contenido», esto es, la Revelación de Dios que incluye la doctrina bíblica, sin conocer también el «continente», es decir, el proceso de comunicación que se extiende a través de los varios libros de la Biblia (circunstancias personales, sociales, culturales, políticas, geográficas...), así como el desarrollo lógico de la teología bíblica en el tiempo, entre otros factores, es no aceptar la manera y las condiciones especiales por las cuales Dios ha hablado. Es, en definitiva, rechazar los propios métodos que el Espíritu Santo ha utilizado para concedernos su Revelación escrita.

Factores del continente bíblico

Para confirmar una doctrina bíblica, primero corresponde al creyente examinar el texto cuidadosamente, haciéndolo siempre desde su fondo «histórico» y su condición «gramatical». Como ya hemos indicado, el contexto va a determinar, en gran medida, la interpretación del propio texto. Por ello es interesante descubrir, si así lo permite el pasaje bíblico, todos los datos internos que éste nos pueda aportar; y a partir de ahí, deberemos involucrarnos lo máximo posible en el escenario del escrito, añadiendo los datos que la propia historia nos proporcione.

Destacando lo mencionado, habremos de examinar bien el escenario en su contexto, como por ejemplo pueden ser las costumbres del lugar (en el templo judío, o en

la sinagoga), las circunstancias especiales del autor (los encarcelamientos de Pablo), los componentes del ambiente político (el imperio Romano en el NT), social (la repercusión de la invasiones y deportaciones de Israel), religioso (influencia del judaísmo, gnosticismo, o religiones paganas en las epístolas), y demás pormenores.

Continuando con este enfoque, también es conveniente entender la motivación principal de los escritores (causas de la redacción), que a veces se relacionará con doctrinas o prácticas erróneas, o conflictos dentro de la iglesia, etc. Ejemplo: Gálatas (introducción del judaísmo en la iglesia); Romanos (conflictos entre judíos y gentiles); Filemón (el robo de Onésimo a su amo); Corintios (disputas, embriagueces, fornicación...). De igual manera ocurrirá con los destinatarios del libro o carta que estemos leyendo; puesto que deberemos, en su caso, averiguar el significado que el mensaje tenía para ellos (los primeros oyentes o lectores del texto bíblico). Con esta orientación, es preciso saber que, como norma, siempre deberá existir una «conexión» entre el significado original y la enseñanza doctrinal que podamos extraer del texto. Un ejemplo de ello lo encontramos en el siguiente versículo: «*Por cuanto todos pecaron*» (Romanos 3:23). Es cierto que todos hemos transgredido la ley de Dios. Pero la palabra «pecado», en su significado original, significa fallar, errar el blanco, o no dar exactamente en la diana. Es decir, el énfasis recae en que todos nos hallamos extraviados del camino, desviados de la voluntad de Dios, y por mucho que lo intentemos, no alcanzamos a cumplir con la perfecta Ley divina.

Al mismo tiempo, es recomendable familiarizarse con el esquema del libro y su estructuración básica: observando la composición, sus diferentes secciones, el orden y la importancia de las expresiones; además de reconocer el estilo literario del documento (poético, histórico, apocalíptico, legal, profético...), e identificar las figuras retóricas del lenguaje (metáfora, símbolo, personificación, hipérbole...)

También resulta indispensable percibirse del pensamiento o enseñanza central que el autor intenta expresar a través de los distintos pasajes, y reconocer las palabras claves que se repiten a lo largo del libro, carta o porción bíblica. Ejemplo: la palabra amor se repite mucho en 1 Juan; o el gozo, en Filipenses.

Con el objeto de obtener una adecuada comprensión, es de gran utilidad descubrir el significado que originalmente tuvieron las palabras o expresiones escritas, así como los tiempos verbales y demás aspectos gramaticales. Para ello resulta de enorme valor reconocer las diferentes traducciones en griego o hebreo, el uso de los términos en aquella época y sus diferentes acepciones (para aquel que tenga acceso a la información, claro está). Pongamos un ejemplo: El término fe, dependiendo del contexto bíblico, puede significar: confianza (Hebreos 11:1), fidelidad (gálatas 5:22), o doctrina (Judas 3).

Ahora bien, en ningún modo debemos olvidar que la Biblia es inspirada por Dios, y por lo tanto habremos de aceptar que en ella se encuentre un significado espiritual implícito (no histórico) subyacente al mismo texto. Siendo verdad lo dicho, cuando se trata de doctrina para la iglesia, se hace obligatorio que cualquier enseñanza goce de una concordancia lógica con el significado histórico-gramatical, así como con todos los principios teológicos análogos a los demás textos bíblicos, que de manera conjunta guardarán la unidad de la Escritura; como más adelante tendremos la oportunidad de ver.

Dicho todo esto, advertimos que lo señalado hasta aquí se ignora con bastante ligereza cuando se valora una doctrina. Por lo general, la estrategia hermenéutica que se aplica en el «extremo carismático», es tan simple como escoger algunos versículos aislados para apoyar las consecuentes experiencias emocionales, que son, hoy por hoy, las que preceden y también determinan toda interpretación. El texto bíblico, en este caso, es sacado sin miramiento alguno del contexto en el que se sitúa, formulando así doctrinas y prácticas que, como iremos contemplando a lo largo de las páginas de este libro, muy poco tienen que ver con el auténtico mensaje bíblico.

LA ANALOGÍA BÍBLICA

Una manera fácil de comenzar a distinguir si una doctrina carece de fundamento bíblico, es realizando un examen comparativo de los textos, desde la propia coherencia bíblica. Así pues, cuando intuyamos que una doctrina es de carácter dudosa, se hará conveniente recurrir a lo que en términos teológicos se conoce como «analogía bíblica».

Para aplicar esta disciplina, deberemos comparar las enseñanzas que puedan ser oscuras, con todo el cuerpo doctrinal que existe en el conjunto de la Escritura, y que habla acerca del tema en cuestión. Es en esta forma, cuando empezaremos a reconocer si los otros pasajes bíblicos apoyan la doctrina, o bien se contradice con la enseñanza general de la Palabra, a la luz de sus verdades más fundamentales. Con este ejercicio, comprobaremos si dicha doctrina guarda unidad con todo el pensamiento global de la Biblia, conforme a los principios universales de la Revelación escrita que Dios nos ha dejado. Ejemplo de esta comparativa, lo hallamos en la doctrina del bautismo, que veremos con detalle más adelante.

Si estamos de acuerdo con que la Biblia se interpreta a sí misma, podemos entonces aplicar unas normas sencillas, practicando los pasos siguientes desde la propia lectura que hagamos de un texto bíblico. Con este método podremos saber si cualquier enseñanza está lo suficiente argumentada como para poder otorgarle el crédito necesario, y obtener así la seguridad de que estamos bien encaminados:

1º Debemos afianzar toda enseñanza doctrinal en su propio contexto inmediato (versículos anteriores y posteriores).

2º Contemplar esta doctrina en su amplio contexto (tener en cuenta todo el pasaje o porción bíblica).

3º Investigar la doctrina a la luz de la idea central del autor –enmarcada en el pasaje o bloque de contenido–, el cual define el principio y el fin del tema tratado.

4º Examinar la doctrina según todo el pensamiento general del libro o carta que estemos leyendo.

5º Descubrir la doctrina a la luz del propio testamento (AT o NT) en el que sitúa.

6º Reconocer la doctrina teniendo presente los principios generales (en materia de doctrina) de toda la Biblia, con los cuales deberá guardar una relación coherente.

7º Finalmente, aseguraremos la doctrina sobre la base de todos los pasajes paralelos y enseñanzas que mantengan una correspondencia entre sí.

8º Si hasta aquí no hemos concluido con suficiente claridad, examinando lo oscuro a la luz de lo claro, no tendremos más remedio que desechar toda enseñanza cristiana, que así se exponga como doctrina o norma de fe para la iglesia.

UNA VISIÓN GLOBAL DEL CONTINENTE BÍBLICO

El Antiguo Testamento

Antes de nada, resulta indispensable entender, con la máxima amplitud mental, que el Antiguo Testamento comprende el escenario profético donde se desarrollaron los acontecimientos históricos que apuntaban a la obra del Nuevo Testamento; teniendo como personaje central la persona y obra de Jesucristo. Entonces, para realizar una exégesis correcta de los antiguos documentos bíblicos, se hace necesario discernir con toda precisión esta representación mesiánica, cuyo amplio desarrollo podemos descubrir a lo largo de toda la Biblia.

Efectivamente, el Antiguo Testamento constituye la Revelación de Dios concedida al pueblo de Israel. Pero, sin embargo, tengamos en mente que hubo una finalidad histórica muy especial, claramente expresada en el Nuevo Testamento: que se cumpliese el plan de la Salvación provisto por Dios desde la eternidad en Cristo Jesús. Con este fin, la constancia de Dios en cuanto a la preservación del pueblo de Israel fue primordial, guardándolo y utilizándolo para tal propósito. Y muchas de las promesas son concedidas a Israel, así como mandamientos y estatutos, con el propósito de llevar a cabo, física e históricamente, la gran obra de Cristo en la cruz del Calvario, haciendo así posible la salvación de la propia Humanidad perdida. Y cuando este objetivo, predicho a lo largo de toda la Antigua Alianza, se cumplió en Jesucristo, también quedaron anulados los aspectos antiguos de la Ley, como pueden ser las normas de conducta dadas al pueblo, las leyes cívicas y rituales, o algunas promesas que fueron específicas para el pueblo de Israel como nación.

Una vez admitida esta ilustración, tampoco nos obligamos en ningún caso a eliminar el Antiguo Pacto, ya que estaríamos haciendo agresión a la recomendación bíblica: «*Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron*» (Ro. 15:4). Es verdad, con la lectura y meditación de los antiguos Escritos, podemos recoger abundantes enseñanzas y ejemplos prácticos para nuestra vida cristiana, así como principios esenciales del carácter de Dios, considerando –por comparación– la manera como Él sigue obrando hoy en la vida y en las circunstancias de muchas personas. Con todo, y aun siendo esto cierto, resulta completamente erróneo establecer doctrinas o prácticas para el cristiano de nuestro siglo sobre pasajes del Antiguo Testamento, máxime si no encuentran su amplio apoyo en el Nuevo Testamento.

Muchas de las dificultades o aparentes contradicciones que encontramos y que no entendemos, respecto de la intervención de Dios en la Antigüedad, como podría ser su estricta justicia o su gran permisividad, son fácilmente comprensibles (o por lo menos aceptables) cuando reconocemos que por encima de todas las cosas, la finalidad última de Dios fue la «salvación eterna» de la propia Humanidad; y ésta solamente podía hacerse efectiva en la persona de Jesucristo (en su muerte y resurrección), a través de la historia de un pueblo llamado Israel. Por tal motivo, la presentación genealógica era tan relevante para un judío. La descendencia pura, en la preservación de las familias, garantizaba el cumplimiento profético sobre la venida del Mesías (descendiente de Abraham; de la nación de Israel; de la tribu de Judá; de la casa de David...). De otra manera, la Salvación no se hubiera llevado a cabo con la fiabilidad histórica requerida por Dios desde la Antigüedad. Y con este sentir, podemos afirmar que la «perspectiva mesiánica» es de crucial importancia, tanto para interpretar el Antiguo Testamento, como para construir una visión correcta de la doctrina bíblica aplicable a la Iglesia en nuestra era contemporánea. Ahora bien, la obra ya se completó, y lo que no podemos hacer, en ninguna manera, es volver otra vez al escenario, al cuadro preparatorio, para asentar dogmáticamente cualquier postura teológica que no sea apoyada por el Nuevo Testamento.

A la hora de establecer una doctrina, haremos bien en considerar los diferentes momentos del panorama histórico: antes de la Ley; los distintos períodos proféticos; los dos grandes cautiverios del pueblo dividido (Asiria y Babilonia); la restauración de la nación posterior a la deportación babilónica; entre otros momentos relatados en cada libro. De esta manera habremos de contemplar los sucesos históricos, y descubrir si las enseñanzas o promesas bíblicas fueron solo temporales, o bien permanecen invariables hasta nuestros tiempos.

Los cuatro evangelios

Quienes escribieron los evangelios que aparecen en la Biblia, no pretendieron ofrecer la doctrina sistemática que la iglesia de Jesucristo tendría que practicar a lo largo de la Historia. Este no fue el propósito principal de los autores que redactaron los documentos evangélicos.

Los evangelistas, con sus escritos, quisieron darnos a conocer –guiados por el Espíritu Santo– una buena noticia (evangelio), y el desarrollo de esa noticia en la vida,

muerte y resurrección de Jesucristo; pero no una información doctrinal estática y permanente para la Iglesia. Ellos presentaron a la persona gloriosa de Jesús como el Señor y Salvador de la Humanidad; y a su perfecta obra, como el cumplimiento de las promesas comprendidas en el Antiguo Testamento. Y la motivación principal fue, sin duda alguna, la de expandir el Evangelio de Jesucristo, dando a conocer el mensaje de la Salvación, y presentando la ética del Reino de los cielos. Y a más de ello, también con sus escritos expresaron un deseo implícito de confirmación en la fe y de consolidación evangélica para las iglesias existentes, desde luego. Pero, visto con toda lógica, no podemos admitir que ellos trataron de ofrecer un compendio doctrinal y fundamental sobre eclesiología, y mayormente cuando lo que rondaba por sus mentes era la imagen de un inminente regreso de Jesucristo.

Si podemos aprender algo de los evangelios, a buen seguro, son pautas morales y espirituales; enseñanzas universales presentadas por el gran Maestro, que tienen que ver esencialmente con la salvación, la condenación, la esperanza, la fe, el amor, y lo que se deviene de todo ello: nuestra buena relación con Dios, y también con nuestro prójimo.

Lo que en ningún modo presentan los evangelios, son las formas doctrinales que hoy debe practicar la Iglesia. El Señor Jesús no nos dejó un manual escrito de liturgia eclesial. En todo caso, si queremos cumplir con la «doctrina» que se revela en los evangelios, ésta comprende abundantes enseñanzas y principios éticos comunicados por Maestro Jesucristo; pero en ningún caso el ministerio mesiánico, con los milagros y las señales que le correspondieron solamente a Él, y a los que Él estableció de acuerdo con su soberanía (como veremos más adelante).

Fueron, a este efecto, los apóstoles y discípulos, los que recogieron todas las enseñanzas de Jesús y las transmitieron a los cristianos del primer siglo; primero de forma oral, y seguidamente por medio de los escritos que encontramos en las epístolas. Y aunque los evangelios fueron redactados más tarde que muchas cartas del Nuevo Testamento, ello no significa que muestren una doctrina más desarrollada; es un problema de fecha en la redacción, y no de evolución en la enseñanza o doctrina.

Hechos de los Apóstoles

Como su propio título indica, el libro no intenta definir la doctrina apostólica, sino los hechos (los actos) que los propios apóstoles realizaron, como cofundadores de la Iglesia de Jesucristo. Y es de suma importancia reconocer, con toda transparencia, que en ningún lugar del Nuevo Testamento se nos insta a que repitamos todos los hechos que en aquel tiempo efectuaron los apóstoles.

El libro de Los Hechos de los Apóstoles, según v.1, es la narración escrita a una persona: Teófilo (posiblemente un cristiano). Pero Lucas, el autor, en ningún momento trató con sus escritos de instruir doctrinalmente a la Iglesia. «Los Hechos», en su concepción original, es la narración histórica del nacimiento, crecimiento, expansión y consolidación de la Iglesia de Jesucristo, y no un libro de doctrina.

Este documento bíblico recoge el periodo de transición que hubo entre el judaísmo y el cristianismo, el cual ya se había establecido y se encontraba en proceso de crecimiento, perfeccionamiento y consolidación. De tal forma, el libro de Hechos no permanece estático, pues mantiene todo un «desarrollo» en donde observamos que la Iglesia experimenta modificaciones en su contenido doctrinal.

Es cierto que este libro no expone una doctrina fija para la Iglesia. Pero al igual que en los evangelios, también podemos extraer enseñanzas aplicables para nuestros días. En esto, es preciso comprender que Hechos no posee una finalidad doctrinal, aun cuando estén presentes, claro está, los principales aspectos doctrinales que tienen que ver con la Salvación, en su concepto más amplio. En esta dirección, notamos que los hechos de los apóstoles (sus milagros, prodigios, señales...) fueron realizados como demostración palpable de que ellos (y no otros) fueron los enviados directos de Jesús, esto es, los que iban a conformar la doctrina cristiana para la Iglesia y, por ende, los únicos que habían

adquirido una autoridad especial de parte del Señor. Y esta autoridad delegada, fue en esos momentos demostrada por los hechos portentosos, los cuales ratificaron el advenimiento del Salvador.

Estas señales mesiánicas, pues, identificaron a los apóstoles como representantes del Mesías; y desde esta representación, se preparó el terreno, como convenía, para que posteriormente se consolidara la doctrina apostólica, por la cual debe conducirse hoy la Iglesia de Jesucristo.

Comprendamos que la Iglesia no está fundada en los hechos que realizaron los apóstoles, sino en su doctrina, que es la que Jesucristo les comunicó. Por esta causa, y en medio de la evidente confusión doctrinal del momento, el asentimiento hermenéutico del apóstol al joven Timoteo fue suficientemente claro y preciso: «*Pero tú has seguido mi doctrina* (no los milagros, sino la doctrina apostólica)» (2 Ti. 3:10). Como bien podemos observar a lo largo del libro, las experiencias transitorias de la joven Iglesia fueron evolucionando, por lo que no podemos pretender repetirlas hoy, y mucho menos si éstas no mantienen su apoyo seguro en el Nuevo Testamento.

En definitiva, estos hechos confirieron a los apóstoles la necesaria acreditación que les certificó (en aquel tiempo) como portadores del mensaje de Jesús, el Mesías, corroborando así el comienzo de una nueva era: el nacimiento de la Iglesia de Jesucristo, que irrumpió en la Humanidad como la renovada y definitiva comunidad del Reino de Dios.

Las cartas apostólicas

El objetivo de las cartas apostólicas fue, en términos generales, el de transmitir la doctrina bíblica para los cristianos de aquellas primeras iglesias establecidas, proveyendo así de las instrucciones prácticas que éstos debían seguir; y a la vez, suministrando las directrices necesarias para su correcto funcionamiento eclesial.

Las cartas, además, son el cumplimiento del mandamiento dado por Jesús a sus apóstoles, cuando dijo: «*Id, y haced discípulos a todas las naciones... enseñándoles* (lo enseñaron oralmente y por escrito) *que guarden todas las cosas que yo os he mandado*» (Mt. 28:19,20). Entonces, debemos preguntarnos: ¿Qué cosas les mandó Jesús a sus discípulos para que nosotros las guardásemos? Pues no son otras que las enseñanzas de Cristo explicadas y detalladas en las cartas apostólicas.

Igualmente, las epístolas del Nuevo Testamento, aparte de presentarnos la enseñanza apostólica, también intentaron corregir muchos de los errores que ya existían en aquellas primeras comunidades cristianas. Parece evidente, pues, que las enseñanzas generales proporcionadas por el Señor Jesús a sus discípulos, recogidas en los evangelios, se convirtieron en instrucciones específicas para nosotros en las cartas del Nuevo Testamento.

Es preciso saber que en el Nuevo Testamento existe un proceso que se ha procurado en llamar la «revelación progresiva», donde la doctrina se va desarrollando de forma creciente y gradual. De ahí que las cartas más tempranas del apóstol Pablo, como Gálatas, Tesalonicenses o Corintios, expresen una iglesia que se está constituyendo doctrinalmente. Y, las cartas más tardías, como pueden ser las pastorales (1 y 2 Timoteo, y Tito), exponen una doctrina de iglesia más formada y estable. Por ello, el contenido de las cartas que se redactaron más tarde, posee un mayor peso teológico y doctrinal, que aquellas que son de fecha más temprana.

Por lo visto, los documentos escritos a modo de cartas apostólicas, son de un valor incalculable para confirmar cualquier doctrina. En esta configuración bíblica, la verdadera Iglesia de Jesucristo adquiere su fundamento inamovible en la doctrina (no en los hechos) de los apóstoles (oficio) y profetas (función), tal como hace constar Efesios 2:20.

Ya se ha mencionado que la enseñanza bíblica se va desarrollando y transmitiendo con carácter progresivo (va creciendo, cambiando, madurando), aunque, como se suele afirmar, Dios sigue siendo el mismo. Es cierto que Dios no cambia (es inmutable), pero no obstante su programa en este mundo comprende un desarrollo que en cualquier caso puede ser variable. En cada periodo de tiempo determinado, el Soberano administra, de forma igual o distinta, los medios que considere oportunos; aun cuando Él siga siendo el mismo (la diversidad en las acciones no implica variabilidad en la persona). Es evidente

que Jesús actuó de una manera con los fariseos, y de otra manera muy diferente con la mujer samaritana; y Él no cambia. La actuación de Dios con su pueblo Israel –como nación–, en muchos aspectos no es la misma que con la Iglesia neotestamentaria (y Dios no cambia); y así podríamos añadir más ejemplos expresados en la multiforme gracia de Dios.

LAS COSTUMBRES ERRÓNEAS

Para concluir con este capítulo, se estima conveniente resaltar algunos hábitos erróneos que se suelen aplicar a la hora de leer la Biblia. Y estas insanas costumbres son las que deberemos evitar, en la medida de lo posible, si es que deseamos interpretar correctamente las Escrituras (en sus enseñanzas generales), para así poder hacer la voluntad de Dios correctamente:

No tener prejuicios

Es cierto que cuando una persona se convierte a Dios dentro de un círculo cristiano establecido, por lo general suele recibir la influencia de una línea doctrinal ya determinada. Y resulta muy fácil, debido a la lógica inmadurez espiritual, que por los menos en sus primeros períodos quede aferrada a ella como si se tratase de la «única verdad».

Toda instrucción bíblica inicial, sea correcta o incorrecta, suele permanecer arraigada en nuestra mente. Y así se corre el peligro –aun de forma inconsciente– de plasmar en nuestro pensamiento conclusiones de antemano respecto a la doctrina bíblica. O lo que también es peor, nos provee de una línea específica de interpretación por la que, posteriormente, filtraremos todos los datos bíblicos que recibamos.

Esta predisposición de la que hablamos, nos condiciona a la hora de comprender el texto bíblico, y no en pocas ocasiones distorsiona el mensaje natural que se desprende de la Sola Escritura. Como bien se sabe, y mejor se experimenta, resulta muy difícil despojarse de todos los prejuicios contraídos. Sin embargo, es necesario que cuando acudamos a la Biblia, lo hagamos sin dictámenes preconcebidos. Es preferible que primero ella nos hable directamente, y a continuación realizar nuestra humilde valoración, sin incurrir en actitudes dogmáticas.

Reconozcamos, pues, que muchas de las verdades divinas trascienden a nuestra estrepeada y no menos limitada comprensión humana: «*Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!*» (Ro. 11:33).

No adoptar una actitud dogmática

Para comprender de forma adecuada el mensaje bíblico, corresponde hacerlo como si realmente no supiéramos nada; manteniendo así nuestra mente abierta a cambiar aquellas cosas que, por su amplio y difícil contenido, son susceptibles de modificación o, en su caso, de ampliación informativa.

Aceptemos de buen grado, como hemos leído en el texto sagrado, que la sabiduría de Dios es inescrutable. Esta declaración es definitiva, y por ello debemos admitir la imposibilidad de alcanzar el conocimiento de la verdad absoluta en todas las disciplinas bíblicas.

Son muchas las ocasiones en las que deberemos abrir las puertas de nuestra mente y los cerrojos de nuestro corazón, para recibir las muchas enseñanzas que seguro desconocemos, y que Dios quiera mostrarnos; pues por más que sepamos, siempre podremos estar equivocados, en algo o en mucho (nuestra naturaleza humana sigue estando caída).

En este asunto, no son pocos los cristianos que mantienen por largo tiempo su mente en un estado de hermetismo absoluto, creyendo poseer la verdad en todo lo concerniente a la enseñanza bíblica. Y lo más grave es que la gran mayoría no ha investigado, con rigor bíblico y enseñanza contrastada, ni siquiera sus propias afirmaciones doctrinales.

Por otro lado, también es cierto que a veces los conocimientos bíblicos son mal comprendidos y así transmitidos a los demás, impidiendo el avance en la correcta comprensión de la doctrina cristiana, y provocando con ello una deformación en la vida espiritual de la iglesia.

Asimismo, se reivindican muchas cuestiones doctrinales que son de orden secundario, y en ningún caso vitales para la vida cristiana. Y por desgracia, nos son pocos los que otorgan demasiado valor a la «tradición», y descuidan lo realmente importante; incurriendo, en ocasiones, en una postura dogmática farisaica, la cual provoca una invalidación del mensaje de la Palabra divina, según la advertencia del mismo Señor Jesús recogida en Marcos 7:13.

De conformidad con lo dicho, estamos seguros de que una de las condiciones que se requiere para, por lo menos, obtener una percepción clara de la voluntad de Dios, es la humildad. Por ello, haríamos bien en tener presente la siguiente recomendación bíblica: «*Si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo*» (1 Co. 8:2).

No dar rienda suelta a la imaginación

Haciendo uso de la imaginación, se alcanza a manipular la Biblia de tal manera que podemos obtener enseñanzas donde en realidad no las hay (es como sacar agua del desierto). Si así dejamos volar nuestra mente, podremos confeccionar fácilmente cualquier doctrina o práctica extraña a la verdad bíblica. Solo resta insertar a la original creación, los varios versículos que aparentemente apoyen nuestra particular enseñanza.

Es cierto que en algunos ámbitos cristianos el sentido común (creado por Dios) es un bien poco utilizado, y un tanto descuidado cuando leemos las Escrituras. No son pocas las personas que, en vez de aplicar el sentido lógico del texto, lo que hacen es dejarse llevar por sus propias fantasías, cuando en el fondo carecen de razonamiento alguno; esto no debería sorprendernos, pues ya lo advertía el predicador: «*Donde abundan los sueños, también abundan las vanidades y las muchas palabras*» (Ec. 5:7).

No olvidemos la importante revelación del profeta Jeremías: «*Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?*» (Jer. 17:9). Si atendemos al texto leído, podemos afirmar que la doctrina bíblica no se debe basar en la experiencia del corazón, sino exclusivamente en la Palabra de Dios. Así, pues, no hacemos mal en desechar toda enseñanza que se extravíe del marco bíblico, pese a lo certera que sea la experiencia.

Resulta curioso escuchar las historias rocambolescas de algunos cristianos extremistas, que navegan con su imaginación hasta límites insospechados. Razonemos con inteligencia, porque si interpretamos la Biblia bajo la «experiencia», seguramente habrá muchas interpretaciones, pues muchas son las experiencias. Y dependiendo de la intensidad y del cariz que éstas posean, así se concebirán las «gafas» de observación bíblica a través de las cuales se contemplará cualquier doctrina.

Para llegar a vencer esta malograda inclinación, no hay nada mejor que tomar ejemplo de nuestro Maestro, el Señor Jesús, el cual se enfrentó con la tentación utilizando como escudo la frase: «*Escrito está*» (Mt. 4:4). Y todavía podemos seguir manteniendo la normativa bíblica, puesto que, si no «está escrito», entonces deberemos cuestionar seriamente toda propuesta bíblica presentada.

En conclusión, no parece prudente salirse del marco determinado por la Palabra de Dios, y de los límites que ella misma ha establecido.

No decir lo que el texto no dice

A veces encontramos que las posturas doctrinales que defendemos tan ardientemente, no se hallan realmente en el texto bíblico. Simplemente son conclusiones que nos han transmitido, que hemos deducido, o tal vez malinterpretado.

En otras ocasiones, y examinada la enseñanza desde el extremo carismático, la ausencia de instrucción bíblica es tan clara que el error cae por su propio peso. Sirvan las siguientes preguntas como ejemplo: ¿Dónde enseña la Biblia que debemos enfrentarnos directamente con Satanás? ¿Qué texto recomienda a los creyentes que realicen exorcismos? ¿Hay algún pasaje donde, de forma clara, enseñe que todos los cristianos deben hablar en lenguas? ¿En qué lugar se nos garantiza a todos los creyentes la sanidad física, en esta vida terrenal?

Como veremos en los capítulos posteriores, numerosas enseñanzas y prácticas carismáticas hallan su fundamento en el «vacío bíblico». Y no son pocas las doctrinas que se intentan camuflar en textos aislados, debido a que en la mayoría de las ocasiones no guardan ninguna relación con el contexto o pasaje bíblico en las que se sitúan. Además, las expresiones: *parece que lo dice!* *lo da a entender!* *se supone!* o *se deduce!* son muy imprecisas a la hora de establecer una doctrina. Si bien es cierto que el sistema alegórico puede tener su encuentro en este tipo de interpretación, la experiencia histórica nos demuestra que no es recomendable como método hermenéutico.

Lo mismo ocurre con el «literalismo» (tal y como se lee), el cual arranca las palabras textuales de su trasfondo histórico y gramatical; y con ello ocasiona no pocas contradicciones.

A tenor de lo ya mencionado, no es recomendable dejarse llevar por la primera impresión, o por las conclusiones doctrinales que se presupone ya conocemos. En esto, es aconsejable mantener un espíritu crítico que nos impulse a realizar toda clase de preguntas, a fin de descubrir el verdadero sentido del texto bíblico.

En resumidas cuentas, es conveniente cerciorarse bien de que nuestras afirmaciones sean demostradas de una forma clara y transparente sobre la base firme de los textos bíblicos. Para ello, es imprescindible fijarse muy bien en «lo que dice el texto» y también en «lo que no dice» (aunque los demás lo digan).

La indicación del apóstol Pablo a los confundidos corintios, contiene el reglamento de toda hermenéutica bíblica: «*Para que en nosotros (la doctrina apostólica) aprendáis a no pensar más de lo que está escrito* (anotación importante)» (1 Co. 4:6).

EL ESTREMADO ÉNFASIS EMOCIONAL

Una vez expuestas algunas recomendaciones hermenéuticas, vamos a considerar lo que podríamos llamar el «terreno» donde se planta, crece y reproduce el extremo carismático. O por decirlo de otra forma, vamos a ver cuáles son los cimientos donde, posteriormente, se fue construyendo todo el edificio doctrinal de dicho movimiento.

Partimos de una premisa cierta: Las emociones no son malas, naturalmente, pues son creación de Dios. Lo nefasto, en cualquier caso, está en el uso y abuso que se hacen de los sentimientos, y los extremos que se crean en torno a ellos. Queda claro que los sentimientos, o cualquier alteración de tipo emocional, no garantizan ni la conversión del pecador, ni tampoco la edificación del creyente; y mucho menos es muestra de santidad o madurez cristiana. Por el contrario, la Biblia nos enseña que nuestra relación con Dios no se rige por los sentimientos (algo ambiguo e inestable), sino por la fe. Según manifiesta la Escritura, la fe no es un sentimiento: es básicamente «convicción» y «certeza», como cita Hebreos 11:1.

Sobre este pensamiento, observamos que la doctrina carismática extrema halla su seguridad en los sentimientos, en la experiencia, y en los fenómenos de tipo extraordinario; pero muy poco en la Biblia. Y, cuando el extremo carismático utiliza algún texto bíblico, lo hace casi siempre de una forma aislada, aunque luego se intente hacer coincidir el texto –de manera forzada– con la doctrina o práctica en cuestión.

Debe tenerse en cuenta, que existen personas que no van a los cultos evangélicos a aprender de la Palabra de Dios, sino más bien a buscar experiencias animistas y trascendentales. Tanto es así, que en numerosas iglesias la enseñanza bíblica es elemento de último orden, o ni siquiera es apreciada. Así, la Biblia es reemplazada por experiencias de tipo sentimental, quedand relegada en el olvido. Y, esta discordancia cristiana, es muestra inequívoca de la gran contradicción espiritual en la que viven inmersos muchos creyentes.

Al fin y al cabo, podemos afirmar que la mayoría de los que difunden tales extremos, dirigen su objetivo hacia la búsqueda del placer y el bienestar personal; podría bien ser un derivado del llamado «hedonismo». Por ejemplo, la llamada Teología de la Prosperidad, que inunda de falsa esperanza el corazón del cándido asistente (además de quedarse con su dinero), es una evidencia palpable de esta propuesta cristiana. Y es cierto que la Teología de la Prosperidad funciona... en especial para los dirigentes, que llenan sus arcas hasta rebosar, aprovechándose del desconocimiento bíblico de algunos ingenuos; y lo que es aún más grave, también de su precariedad económica. Como se puede prever, el tema de la prosperidad en cuestión requiere un apartado especial. No obstante, para evitar demasiado comentario, solamente huelga destacar que la única verdad bíblica que está confirmada, en obediencia al Señor, es la prosperidad espiritual; no así la prosperidad económica, que, por supuesto, será aplicada en función de la providencia divina para cada creyente en particular.

IMPRESIONES DE UNA REUNION CARISMÁTICA

Voy a compartir, a modo de comentario, la impresión que recibí acerca de una reunión carismática a la que tuve la oportunidad de asistir –entre otras varias– con el fin de anotar todo lo que ocurriría en su transcurso, y de esta manera obtener un criterio más experimental sobre tales prácticas.

La campaña evangelística que se anunciable, prosiguió de la siguiente manera:

1º La reunión se inició con un elevado volumen de emotivos cánticos que, articulados bajo una gran instrumentación musical, imprimían un ritmo altamente pegadizo.

–Este preámbulo formaba parte de la preparación, y parecía tener un objetivo claro: empezar a remover las emociones del auditorio allí presente (servidor incluido). En estas reuniones no es inusual observar cómo la gente acude con gran predisposición, impresionada por el acontecimiento, la música, y la presencia del esperado «pastor» evangelista; abiertos plenamente a recibir toda clase de influencias extrañas.

2º Estos cánticos eran aderezados con un sinfín de aplausos, voceríos, y repeticiones constantes de palabras espiritualizadas. Entre las onomatopeyas desordenadas, se utilizaba el nombre de Jesús hasta la saciedad, el «amén» como una coletilla, y el «aleluya» para demostrar la súper espiritualidad del espectáculo. Así, notaba cómo las palabras intermitentes, repetidas machaconamente, y unidas a la música estridente, parecían provocar un efecto de pre-hipnosis en los participantes. Entre tanto, en medio de toda la algarabía, el nombre de Jesús resonaba de forma constante y repetitiva...

–Visto el asunto en su aspecto bíblico, desde la antigüedad la Escritura nos ordena: «*No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano*» (Ex. 20:7). Comprendamos que Jesús no es una palabra que se puede utilizar a nuestro capricho; es un nombre, el de nuestro Señor y Salvador, y por tanto requiere del máximo respeto. Él mismo ya nos advirtió: «*No uséis vanas repeticiones*» (Mt. 6:7).

3º A continuación, se pasó la ofrenda (esto que no falte), para recoger dinero del auditorio. Esta costumbre parece ser requisito indispensable para la posterior bendición espiritual que el ofrendante recibirá por parte del ministrador, como respuesta a su generosidad. La condición establecía que cuanto más se ofrende, mayor sería la bendición de Dios.

–Aplicando el sentido de la ética, entendemos que en un «acto evangelístico» (ya sea en reuniones, maratones radiales o televisivos) no se debe pedir dinero, pues los visitantes (como yo) pueden pensar, y con toda razón, que esto no es otra cosa que un «sacadineros» (suelta el rollo y recoge el dinero); y en la Biblia no se observa, ni a Jesús ni a los apóstoles, ni a los primeros cristianos, pidiendo dinero en sus actos evangelísticos. En sentido opuesto, el apóstol Pablo, cuando tuvo la ocasión, trabajó para cubrir sus necesidades básicas, y a la vez compartir con las necesidades ajenas (véase Hch. 20:34, 1 Ts. 2:9, 2 Ts. 3:8). Y, cuando recogió las ofrendas para la obra del Señor, lo hizo «en las iglesias», con el objeto de llevarlas a otras necesitadas, como se observa en Romanos 15:31. En contraste con esta clara enseñanza, se puede advertir que la práctica de pedir dinero públicamente, por desgracia está muy arraigada en algunos sectores cristianos.

Y con esta vocación monetaria exhibida en público, se concluye en que el propio acto quedó descalificado por sí mismo. Sepamos que la bendición de Dios no se puede en ningún modo comprar. En este caso, la conclusión de Pedro a Simón el mago resulta bastante definitiva: «*Tu dinero perezca contigo*» (Hch. 8:20).

4º Posteriormente se invitó a los jóvenes a recibir la bendición del Espíritu Santo, que al parecer se impartiría por medio del presunto pastor que estaba ministrando. Y tras insistir éste concienzudamente con gritos, voceríos y extravagancias varias, imponía las manos en las frentes de los asistentes ordenando al Espíritu Santo obsesivamente que toque, toque y toque... El ochenta por ciento aproximadamente de los que salieron al estrado cayeron derrumbados al suelo, como si de soldaditos de plomo se tratara.

-Francamente, la sensación que recibí es la de estar en un espectáculo infantil donde las «marionetas» son manejadas a voluntad del «titiritero». Me causa cierta perplejidad ver a las personas derribadas por el suelo y privadas de su sano juicio (borrachos en el Espíritu –como suelen decir–), sin tener en cuenta el decoro cristiano, y ofreciendo una imagen desvirtuada del cristianismo, cuando no patética. Resulta obvio que las Escrituras no presentan recomendaciones para hacer este tipo de prácticas desordenadas e irrespetuosas, que por otra parte no tienen sentido alguno, ni tampoco son para la edificación del creyente. Y si sirven para algo, en todo caso, es para confundir aún más a los presentes... ¡Y menos mal que no le dio por arrojar la chaqueta y derrumbar así al personal, como si estuviera jugando a «los bolos» (aunque pienso que para el «pastor» debe resultar más divertido)!

5º El pastor evangelista proseguía con su gran espectáculo, y ordenaba a todo el auditorio que hablara en lenguas. Y a las ordenanzas del líder, en obediencia absoluta, comenzaba la algarabía. Así fue como todos, o la mayoría de ellos, empezaron a exclamar con palabras ininteligibles y sonidos estrepitosos... Estas manifestaciones se produjeron en medio de un clima de confusión y desorden que, a mi juicio, lo único que ocasionó fue una absurda sensación de extrañeza y ridiculez; la propia que, con cierto sentido común, recibe toda persona ajena a estos círculos.

-Tanto en el caso anterior (imposición de manos), como en el de hablar en lenguas, se llevó a cabo de una forma alborotada y bastante desorganizada. Y como bien podemos comprobar, el tumulto, el criterio y la excitación, contrastan en gran medida con la paz, la mansedumbre y serenidad, que Dios imparte en el corazón de sus hijos, cuando existe verdadera comunión con Él.

6º Despues el supuesto pastor, con la autoridad de un «emperador», incitó a los convocantes para que reprendieran a Satanás y le ordenaran que se vaya.

-Volvemos a la misma cuestión. No existe esta malsana práctica entre los cristianos del primer siglo, ni se halla en la Biblia instrucciones explícitas para las iglesias (lo veremos en el capítulo 6, en la sección: Nuestra lucha contra el enemigo).

7º Tras una pausa musical, se daba comienzo a la correspondiente predicación del Evangelio; ciertamente esperada, al ser un acto evangelístico. Esta, para no privarla del ambiente deseado, se efectuó junto a una suculenta música de fondo, haciendo así la predicación más emotiva y trascendente.

-No era para menos, porque el contenido del mensaje carecía de sustancia alguna. El sermón, por llamarlo de alguna forma, consistió en un compuesto de palabras infladas que solo hacían énfasis en Satanás, enfermedades y liberación; adosadas con gestos extravagantes más propios de un guardia de tráfico, que de un pacífico cristiano. Qué podemos decir... que no hubo predicación del Evangelio alguna.

8º Seguidamente realizó la generosa invitación para «aceptar a Jesús» (sin haber predicado el Evangelio). Como respuesta, la cuarta parte del auditorio, aproximadamente, salió al estrado para mostrar su decisión de «aceptar a Jesús».

-¡Eso sí que es eficacia!, pensarían algunos. Está claro que la mayoría, por no decir todos los que acudieron a la plataforma, pertenecían al «grupo». Parece ser buena costumbre el responder a la invitación evangelística; por un lado, para motivar al inconverso en su decisión por Cristo –dicen–, y por el otro, porque muchos piensan que la salvación se pierde; entonces, cuantas más veces repitan la «función», más seguridad tendrán de su salvación.

9º A continuación el pastor comenzó a orar, y a hablar en «lenguas». Al mismo tiempo, un servidor apreciaba cómo sus facciones emitían un alto grado de empecinamiento. Al parecer, los allí congregados iban a recibir en breve el don del Espíritu Santo a través de él.

-El cuadro que se dibujaba, en todo el proceso, no podía ser más ilustrativo.

10º Finalmente el acto terminaba con una invitación generosa para todo el que quisiera recibir la unción del Espíritu o segundo bautismo. A la llamada salían más personas con el ávido deseo de calentarse en el ambiente de euforia emocional. El pastor volvió otra vez a hablar en lenguas y a repetir palabras, dando gritos y ordenando al Espíritu que toque, toque y toque, y ahora, ahora, ahora... Como si el Espíritu estuviera sordo, y para más infamia, bajo el sometimiento del autoritativo «pastor».

-Con esta escena tan dantesca, se recibe la triste impresión de que el Dios todopoderoso se ha convertido en un simple siervo, quedando a merced de las órdenes humanas. Sinceramente, resulta chocante observar a ciertos señores intentando manipular al Espíritu Santo, cuando en la práctica es el Espíritu quien debería mantener el control sobre todo aquel que se llame pastor o líder cristiano; y en este caso bien podemos dudarlo, porque «*¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido!*» (Is. 8:20).

Algunas consideraciones sobre el acto

Como bien pude contemplar, la reunión fue dirigida por un superfluo emocionalismo, a modo de distracción; motivado por la música alta, el escándalo, los sonidos extraños y el ímpetu irracional. Así que, el culto fue bastante completo, en cuanto a variedades carismáticas extremas se refiere.

Analizando este paisaje tan desdibujado, debemos hacer una comparación con los efectos que se producen en algunos grupos seculares. Y nos daremos cuenta de que estos actos se asemejan, en su esencia, a los festivales de Heavy Metal, a las danzas africanas, o a algunas sectas, cuyos ritmos y métodos provocan un gran estado de excitación. No es nada sorprendente que con estos procedimientos, todas las personas que ya vienen predispostas, sean vulnerables a cualquier clase de manipulación e influencia extraña.

Igualmente ocurre que, la melodía, el tono y el ritmo de la música, unido a las repeticiones constantes de palabras, inducen a la persona hacia una especie de alienación mental: la filosofía oriental lo denomina el efecto «mantra». Estas resultan ser técnicas comunes de preparación muy apropiadas para persuadir y manipular las conciencias de los confiados asistentes.

Siguiendo el hilo de esta idea, se sabe que ciertos métodos aplicados alteran en gran manera el estado emocional de las personas. Y una vez se obtiene la commoción, éstas quedan sin defensas, debido al cansancio físico y mental que se consigue ocasionar. Con este proceder se ejerce una mayor influencia sobre los presentes, y se alcanza a seducir la parte inconsciente de una manera más fácil y rápida. Posteriormente, y como consecuencia de todo ello, el grupo entero se integra en una especie de hipnosis colectiva. Es razonable pensar, por tanto, que muchos queden atrapados en una mentalidad fuertemente sectaria, y abiertos a toda clase de influencias doctrinales ajenas a la Palabra.

En dirección contraria a estos hábitos, encontramos que el apóstol Pablo rechazó ciertos métodos meramente humanos, por más que él mismo supiera cómo llevarlos a cabo: «*Ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría*» (1 Co. 2:4). Visto desde una perspectiva humana, Pablo nunca intentó persuadir, convencer, commover, cautivar, atraer o seducir, con sus formas de predicar: «*Porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica*», afirmaba Santiago en sus escritos (Stg. 3:15).

Como se distingue en la Escritura, el Espíritu Santo no edifica de manera fantasmagórica a través de fórmulas de seducción, sino que utiliza principalmente la exposición de su Palabra, pues para ello ha sido inspirada por Él. Y todos estos procedimientos son desecharables (según los datos bíblicos) para la edificación del creyente, y todavía con mayor razón si hablamos de la evangelización del incrédulo.

La verdad sea dicha, porque la impresión personal que recibí del líder no fue muy grata, que digamos. Sus gestos se hallaban impregnados de cierta soberbia, y la expresión de su rostro desprendía un evidente sentimiento de superioridad. También, su discurso me pareció más propio de un agente comercial ofuscado, que lo único que pretendía era vender artículos sospechosos a buen precio. Y, según mi observación, he podido apreciar que buena parte de líderes carismáticos poseen este mismo perfil, que en verdad muy poco se aviene al carácter manso y humilde que debe mostrar el verdadero siervo de Dios.

Indudablemente que la disposición de todo aquel que ha sido transformado por el Espíritu de Dios, es básicamente de insuficiencia personal, y no de prepotencia. Bajo esta condición el Espíritu Santo puede trabajar, y no de otra manera, ya que de lo contrario se le ponen barreras que Él no desea franquear; porque su deseo es que el hombre colabore voluntariamente en la extensión del Reino de Dios, pero haciéndolo con respeto, con sensatez, con serenidad, y lo más importante, con humildad.

Tampoco se puede admitir, a juzgar por la enseñanza bíblica, que alguien pueda recibir la bendición del Espíritu, o la llamada «unción», a capricho de un individuo que se atribuye poderes especiales (que en la mayoría de los casos es un personaje distante y desconocido para los fieles que asisten al evento o congregación donde concurren). Esta práctica, en suma, constituye una falta de respeto a la tercera persona de la Trinidad.

Recuerdo que escuché el testimonio de dos mujeres que –según su declaración– dijeron: *–Hemos sentido el gozo del Espíritu Santo, comenzamos a reír, cayéndonos al suelo, y empezamos a hablar en lenguas. Fue una experiencia muy bonita, estamos muy contentas...* Probablemente estas señoras eran fieles carismáticas que ya estaban familiarizadas con el ambiente. La verdad sea dicha, porque si el Espíritu hubiera tocado a estas cándidas mujeres (como pretendía el pastor), en vez de provocarles cosquilleos en los pies, y causarles risas convulsivas y descontrol emocional, más bien les hubiera producido cierta vergüenza, al no contemplar la vida espiritual con la devoción y seriedad que se requiere.

Una vez terminado el acto, la sensación que había en el ambiente es la que se produce cuando finaliza una obra de teatro. La gente volvía a la normalidad (del estado de excitación), como si desfilaran por la salida de un cine tras realizar el pase de película. Desde luego que durante la reunión no ocurrió nada que pudiese resultar de beneficio espiritual, así como tampoco enseñanzas provechosas. Además, la completa ausencia de instrucción bíblica fue de lo más notorio. Ahora, eso sí, el nombre de Jesús fue repetido hasta el exceso. Al parecer, la costumbre de mencionar el nombre de Jesús de forma repetitiva, para que se produzca el milagro, es muy usual dentro de la doctrina carismática extrema. Como ejemplo citamos al siguiente autor: *«Mas hay poder en el nombre de Jesús, hay autoridad en el nombre de Jesús. Al usar el nombre de Jesús en la batalla tienes que saber que Dios le ha dado autoridad sobre todo nombre. El nombre de Jesús nos abre las puertas del ámbito espiritual»* (Héctor Torres, *Derribemos fortalezas*. Ed. Betania, 1993, 213).

Algunos pueden pensar que este culto fue bastante excepcional, si lo comparamos con otras reuniones en el terreno carismático. Sin embargo, por lo que he podido constatar en diferentes países, gran parte de estos elementos se encuentran presentes en la mayoría de eventos relacionados con el movimiento mencionado. Y puede parecer exagerado, pero este es el cuadro que se pinta, por lo general, en muchas congregaciones carismáticas de nuestro mundo llamado cristiano. En lo que se refiere al extremo emocional, recogemos las palabras de la Dra. Rebecca Brown; que aunque personalmente no mantengo afinidad doctrinal con esta autora, reconozco que no va muy desencaminada en el dictamen que realiza: *«Demasiados cristianos cometan el fatal error de pensar que el Espíritu Santo vendrá y "tomará el control de ellos" de modo que no sepan lo que hacen o que no se controlen a sí mismos. Únicamente los demonios hacen tal cosa. El Espíritu Santo siempre exige nuestra colaboración activa y consciente con su voluntad. Cada vez que rindamos el control de nosotros mismos, les habremos abierto la puerta a los demonios para que entren a dominarnos»* (Rebecca Brown, *Vasija para Honra..* Whitaker House, 1993, 120). En cuanto a esta declaración, y vista desde una postura psicológica, se entiende que muchas de las prácticas realizadas en este ámbito pueden ser simples técnicas de manipulación psicológica (para sus líderes desconocidas, profesionalmente hablando), y en principio resulten inocuas. Ahora bien, no podemos negar que si jugamos con aquello que reside en «lo oculto», y nos rendimos a ciertas experiencias espirituales carentes de base bíblica, estaremos de alguna forma abriendo la puerta de nuestra vida a los demonios, que harán lo posible por atrapar y encadenar a todo aquel que se disponga a practicar cualquier método extrabíblico.

Resumiendo lo dicho, podemos afirmar que estos episodios carismáticos no los recoge la Biblia por ninguna parte que los busquemos. Solo hay que darse un paseo «tranquilo» por el Nuevo Testamento, principalmente, y analizar cómo predicó Jesús, los apóstoles, los primeros cristianos, y cuáles son los procedimientos reflejados en la Escritura. Y, si tenemos que aprender de los métodos de evangelización, estos son los que el gran Maestro Jesucristo nos enseñó, quien primeramente respetó a sus seguidores, y en ningún caso intentó dominar la voluntad de ninguno de ellos: «*Si alguno quiere (acto voluntario) venir en pos de mí*» (Lc. 9:23).

Nuestro Señor predicó el Evangelio (en sus campañas y a modo individual) de forma serena, tranquila, pacífica y discreta. Y la gente se maravillaba, no por los espectáculos, sino por la propia predicación, que iba acompañada de su sabiduría, inteligencia, humildad, bondad, y por encima de todo y lo más importante, del gran amor que mostraba por las almas.

Con el mismo espíritu analítico debemos investigar el modelo de predicación apostólica; y no veremos otra cosa que no sea una exposición serena y razonable de las Escrituras, hecha con claridad, sencillez, respeto, tranquilidad, comprensión, y con lo más elemental: un verdadero amor hacia las personas; y teniendo como centro de su predicación a Jesucristo, no al Espíritu Santo. No se observan aquí los otros elementos aparentemente evangelísticos. Y si la Biblia no los enseña claramente, la verdad es que no tenemos más opción que descartarlos.

Todavía podemos añadir el ejemplo de aquellos primeros discípulos de Jesús, como paradigma de un cristianismo equilibrado; y sin duda alguna notaremos la ausencia de todos estos elementos extremos: superficialidad, emocionalismo, euforia irracional... Lo que sí encontramos es una verdadera praxis cristiana, esto es, una manera de vivir que refleje el carácter de Jesús, y ponga en práctica sus enseñanzas.

Las palabras del predicador C.H. Spurgeon resumen, con suficiente precisión poética, lo hasta aquí expuesto: «*No me agrada una religión que necesita o engendra personas exaltadas. Dadme una piedad que florezca sobre el Monte Calvario, y no sobre el volcán Vesubio*».

EL BAUTISMO Y LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

LA EFECTIVIDAD BAUTISMAL

El bautismo del Espíritu Santo es una doctrina bíblica que parece hallarse bastante clara y definida, y no se entiende muy bien los esfuerzos que realizan algunos para complicarla. Cuando una persona cree en el mensaje de la Salvación, y entrega su vida a Dios, arrepintiéndose de sus pecados y recibiendo a Jesucristo como su Salvador y Señor, es entonces cuando el Espíritu Santo viene a morar dentro de su corazón. Y a esto se le denomina «ser bautizado con el Espíritu», según reza la enseñanza expresada en la Santa Biblia: «*El que cree en mí (Jesucristo), como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él*» (Jn. 7:38,39). He aquí encontramos las dos únicas condiciones para recibir el Espíritu Santo: 1º Depositar fe en la persona y obra de Jesucristo (no en una experiencia extática). 2º Confiar en las promesas de la Palabra de Dios (no en la imposición de manos de ningún seudo pastor). El resultado es: «ríos de agua viva». Y esta metáfora se concibe, en la práctica, como un estado inherente de satisfacción plena, juntamente con la vida espiritual que se ha recibido.

Bien se puede afirmar que, con la recepción del Espíritu, el corazón del creyente ha sido colmado de bienestar, y a la vez capacitado para comenzar a vivir la vida cristiana con auténtica energía espiritual. Para el verdadero cristiano ya no hay más «*sed*»; el vacío existencial de su corazón se ha llenado, y la sequedad de su alma ha sido inundada por la frescura del Espíritu de Dios. Y al igual que el río es fuente de vida que logra impulsar la existencia animal y vegetal, también toda vida espiritual debe ser impulsada por el poder del Espíritu Santo.

Así, en el bautismo, el Espíritu de Dios se sumerge (grg. *baptizo*) en el interior del cristiano: «*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros?*» (1 Co. 6:19). En esta infusión bautismal, el creyente en Cristo pasa a formar parte de la morada de Dios, siendo un templo santo: «*Porque vosotros sois el templo del Dios viviente*» (2 Co. 6:16). La declaración del apóstol Pablo es dirigida a todos los cristianos sin excepción, ya que todos los verdaderos convertidos a Cristo, son a la vez sumergidos en un solo Cuerpo, que es la Iglesia de Jesucristo.

Como veremos a continuación, solo existe un solo bautismo con el Espíritu Santo, no dos. En ese único bautismo espiritual, somos bautizados en la muerte y resurrección de Jesús, y al mismo tiempo bautizados en la iglesia, como el Cuerpo universal de Cristo.

Con todo, ser templo del Espíritu no significa que el bautismo confiera a la capacidad humana alguna especialidad. No es el poder del hombre, sino el del Espíritu, el que potencia las virtudes y asimismo santifica los defectos de todo creyente en Cristo. De forma paralela, el Espíritu Santo va encauzando el proceso de crecimiento espiritual, y dirigiendo todo servicio y ministerio cristiano, que es desde donde se proyectan los dones y sus diferentes manifestaciones a la iglesia.

SOLO EXISTE UN BAUTISMO

Según la doctrina carismática extrema, aunque la persona haya recibido el Espíritu Santo al convertirse, ésta no se encuentra completa, y por lo tanto necesita una segunda experiencia espiritual. Con este sentir, la mayor parte del sector carismático cree que el cristiano debe recibir un segundo bautismo del Espíritu, que le facultará para el servicio, dotándole, por este medio, de un poder especial. Y de forma simultánea, se supone que deberá emerger el don de lenguas y otras manifestaciones carismáticas. La presente doctrina enseña que aquel que no ha recibido esta experiencia bautismal, con la evidencia del don de lenguas, o no es un verdadero convertido, o no ha sido investido del poder de Dios para el servicio cristiano.

En el parecer carismático, solo a través de este segundo bautismo se obtienen los dones espirituales, por lo que en caso de no haberlo recibido, sería a lo sumo un creyente de segunda clase, o dicho de otra manera, de inferior categoría espiritual. En honor a la verdad, hay que decir que la doctrina del segundo bautismo, como una segunda experiencia extra, no posee sustento bíblico alguno. En la Escritura solamente se encuentra un bautismo en o con el Espíritu Santo: «*Seréis bautizados con...*» (Hch. 1:5), dijo el Señor, y nunca aparece la partícula «del» referida al Espíritu, pues en este caso hasta el mismo nombre «segundo bautismo del Espíritu», permanece ausente en el panorama bíblico.

Seamos en todo precavidos, porque la Biblia expresa, con determinación, la única realidad bautismal efectuada en el cristiano por el Espíritu de Dios. Y no se sugiere, ni en este texto ni en otro alguno, la posibilidad de ser bautizados otra vez. De esta manera, el mismo apóstol Pablo, escribiendo a los cristianos de Éfeso, les hace saber cuántos bautismos hay, o si deben practicar otra experiencia adicional a la que recibieron cuando fueron salvos, y por tanto «*sellados con el Espíritu Santo*» (Ef. 1:13). Les expone muy claramente: «*Un Señor, una fe, un (no dos) bautismo*» (Ef. 4:5).

Juan el Bautista, en el sentido análogo, se dirige a los judíos indicándoles: «*Él (Jesús) os bautizará con (no del) Espíritu Santo*» (Mr. 1:8). Aquí tampoco se menciona un segundo e imaginario bautismo de poder. Incluso la partícula «el» no aparece en la mayoría de versiones griegas, con lo cual identifica muy estrechamente el bautismo con el mismo Espíritu. En esto, comprendamos que el bautismo con el Espíritu Santo y la recepción del Espíritu en nuestra vida, es exactamente lo mismo, y se produce en el momento que obtenemos la Salvación por Cristo Jesús: «*Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo cuerpo*» (1 Co. 12:13).

El Espíritu nos bautiza con su presencia en nuestros corazones; nos bautiza en la muerte y resurrección de Jesucristo; y nos bautiza en un Cuerpo: la Iglesia. Estos tres aspectos del bautismo se producen en el mismo instante de la conversión a Cristo. Y todo se lleva a cabo en un único bautismo, provocado por la recepción del mismo Espíritu Santo en el momento de la conversión.

Hechas estas aclaraciones, reparemos en el peligro: Si un solo Espíritu (el Santo de Dios) ya nos ha bautizado, cabría preguntarse, ¿qué otro «espíritu» pretende bautizarnos de nuevo, si dice la Escritura que el cristiano ya ha sido bautizado? En fin, la enseñanza carismática de que debe haber dos experiencias, una en la conversión, cuando se recibe el Espíritu, y otra adicional, que se ha de buscar por medio de un pastor o reunión carismática: para recibir las lenguas, el poder, los dones, y demás sinrazones, no gozan en absoluto de base bíblica. Ni Jesucristo, ni los apóstoles, enseñaron que se haya de realizar este experimento, así como tampoco está expresado en la Palabra de Dios. Si consideramos el tema con seriedad, y queremos ser fieles a la Escritura, hacemos bien en descartar la doctrina del «segundo bautismo» de una vez por todas.

LA IMPOSICIÓN DE MANOS

La práctica del segundo bautismo se realiza habitualmente por medio de la «imposición de manos», llevada a cabo por un determinado personaje (pastor, líder...), que en este caso intenta transmitir, en el interior de la persona, ciertas influencias extraordinarias provenientes del Espíritu, que según parece, son inyectadas a través de sus manos.

Acerca de la imposición de manos y la recepción del Espíritu, solo los apóstoles poseyeron esta autoridad, que por otra parte mantenía un carácter doctrinal y transitorio. Debemos entender que en aquel tiempo la Iglesia debía sujetarse a la autoridad apostólica. Por este motivo, tal práctica comprendía una forma gráfica y gestual de identificación con la doctrina apostólica, la cual representaba el fundamento kerigmático de la Iglesia. Sin embargo, esta experiencia puntual no se menciona más en el Nuevo Testamento, ni es practicada por los cristianos del primer siglo, ni tampoco los apóstoles dan instrucciones al respecto. Por lo demás, hoy se concibe más bien como una práctica errónea, y que al mismo tiempo puede acarrear riesgos peligrosos en el terreno espiritual.

Insistimos en la restricción de esta enseñanza, pues notamos que los casos de «imposición de manos» son muy limitados, señalados en la Biblia muy contadamente, y practicados solo por los apóstoles. Por ejemplo, en Hechos 8:18 se encuentra el relato acerca del bautismo con el Espíritu Santo que recibieron los samaritanos. También en Hechos 19:6 vemos que los discípulos de Juan el Bautista, en la ciudad de Éfeso, recibieron el Espíritu como única experiencia bautismal. Asimismo, estas escenas precisas se sucedieron durante la transición judeo-cristiana (ya hemos hecho alusión en el apartado de Hermenéutica), siendo por entonces necesario que aquellos movimientos pre-cristianos quedaran plenamente identificados –por medio de la imposición de manos– con el cristianismo apostólico, es decir, con el mensaje de Jesucristo predicado a través de los apóstoles. Y este fue el motivo de aquella excepcional práctica, que expresó la vinculación de los convertidos del Antiguo Pacto con una nueva era: el cristianismo y la nueva vida en Cristo. De hecho, en la carta a la iglesia de Éfeso (ciudad donde se produjo la secuencia), Pablo no hace ninguna mención acerca de esta práctica transitoria.

Si alguien está pensando en la carta de Santiago para defender la imposición de manos, volvemos al mismo ambiente. El autor está escribiendo en el marco de una sinagoga judía, y por ello todavía existían prácticas que eran propias de la evolución judeocristiana; y se entiende que el autor no hace referencia al segundo bautismo. La imposición de manos, reiterando lo dicho, se encuentra en la Escritura en casos determinados, y aluden siempre a un acto de identificación. Pero, de ningún modo es aplicable hoy día, ni mucho menos se contempla como un suceso milagroso en el que se transfiera el Espíritu, así como tampoco capacidades o experiencias sobrenaturales. No olvidemos, también, que este procedimiento constituye un método muy extendido entre círculos no cristianos, y muchos de ellos de marcada tendencia espiritista...

LA GRAN CONFUSIÓN

Seguramente el ámbito carismático extremo confunde lo que denomina segundo bautismo, con el «ser llenos del Espíritu». La plenitud del Espíritu (ser llenos del Espíritu), mencionada en la Escritura, es el acto por el cual el Espíritu Santo mantiene un control especial sobre el cristiano, capacitándole de esta forma para poder servir a Dios con eficacia.

El ser «lleno del Espíritu», es ocasionado cuando el amor al Señor, a través de la entrega y la obediencia, es de primer orden en la vida del creyente. Y esta experiencia se produce, con la mayor expresión de poder, en ciertas situaciones de la vida cristiana, especialmente ministeriales. Por el contrario, es desconcertado pensar que la llenura del Espíritu sea producto de una experiencia mística, provocada por un acto determinado de culto, o transmitida por un individuo que a sí mismo se atribuye poderes especiales.

Esta doctrina equivocada tiene su base, como de costumbre, en algunos textos aislados del libro de Hechos de los Apóstoles. Y como ya hemos citado anteriormente, Hechos es un libro de transición sobre la doctrina cristiana, que avanza para la formación y consolidación de la Iglesia. Y de ahí no podemos extraer prácticas que se dieron en una Iglesia recién nacida, y querer imitarlas sin más, cuando los apóstoles no enseñaron que se haya de recibir una experiencia extra posterior a la conversión y recepción del Espíritu Santo. Esto no se encuentra ni en el propio libro de Hechos, ni en ninguna carta del Nuevo Testamento a las iglesias.

En cuanto a la plenitud del Espíritu, las siguientes porciones bíblicas parecen lo sobradamente explícitas como para despejar toda duda: «*Y fueron todos llenos del Espíritu Santo*» (Hch. 2:4). Aquí, el pasaje no señala que este acontecimiento resultó de una segunda experiencia bautismal. Al parecer, por el contexto, aquellos ciento veinte judíos acababan de recibir el único bautismo del Espíritu, el cual vino a morar de forma permanente en sus corazones, según la promesa que Jesús les había hecho. Y este suceso tan especial, identificó a los creyentes judíos como la verdadera Iglesia de Jesucristo. Aunque, si bien, posteriormente fue adquiriendo un cariz de tipo universal, y no tan solamente nacional.

Veamos algunos textos bíblicos concluyentes:

«*Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo...*» (Hch. 7:55). Leamos con sentido, porque el pasaje no revela que anteriormente Esteban haya recibido alguna unción especial o segunda experiencia trascendental. Lo que sí nos da a entender el contexto bíblico, es que Esteban era un hombre consagrado, obediente a Dios, y lleno de su Palabra; nada más. Por consiguiente, interpretamos que estar «lleno», es estar bajo el «control» del Espíritu, al igual que cuando una persona está llena de alcohol, se encuentra en consecuencia bajo su influencia y control.

«*Porque era varón bueno* (Bernabé), y *lleno del Espíritu Santo y de fe*» (Hch. 11:24). Tampoco aquí hay mención de una previa experiencia bautismal de poder sobrenatural. El texto dice que Bernabé era bueno (no poderoso), y lleno de fe (no de lenguas). No resulta nada extraordinario, pues, que con tan buena disposición el Espíritu Santo tuviera un control especial sobre él.

«*Antes bien sed llenos del Espíritu*» (Ef. 5:18). El apóstol Pablo no recomienda ningún procedimiento especial para ser llenos; sino que en el pasaje (véase el contexto) está hablando de una forma de vida agradable a Dios, y de un sometimiento voluntario a Él y a su Palabra. Las otras cuestiones no aparecen en ninguna de las epístolas del Nuevo Testamento. Por lo tanto, debemos pensar que si la imposición de manos fuera requisito necesario para servir a Dios, con toda seguridad los autores bíblicos, que escribieron inspirados por el mismo Espíritu, lo hubieran mencionado en sus cartas.

Definitivamente, el «ser lleno del Espíritu» se produce cuando el cristiano, en actitud sincera, realiza una entrega completa de su vida a Dios, cediéndole las riendas de su voluntad, para que pueda ser controlado y dirigido por Él. En ese preciso momento, el Espíritu, sin haber dejado de morar en el creyente, toma el pleno control de su vida. A partir de ese instante comienza a producirse el crecimiento espiritual, el cual impregnará la vida del discípulo en la medida de su consagración y obediencia al Señor. Desde esta experiencia vital, se manifestará la plenitud espiritual, o el ser llenos del Espíritu, en múltiples ocasiones de la vida, y en particular en el ministerio cristiano.

LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Las sospechosas expresiones del Espíritu que se producen en algunas reuniones carismáticas: estados de embriaguez, saltos paroxísticos, rigidez corporal, derrumbes, risa santa, sudoraciones, temblores, pérdida de la conciencia, y demás síntomas misteriosos, comparadas con la verdadera acción del Espíritu, reflejada a través del fruto: «*amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza*» (Gá. 5:22), descubren, a todas luces, que la diferencia entre unas manifestaciones y otras, son verdaderamente contrapuestas. Y este marcado contraste, logra descubrir, como parece evidente, la falta de coherencia bíblica que existe en las prácticas carismáticas extremas.

Entrados ya en materia, cabe sentar las bases de la intervención del Espíritu Santo. Y si observamos con detenimiento la acción del Espíritu a lo largo de la Escritura, comprobaremos que es todo lo opuesto a las extrañas maniobras que se realizan en el extremo carismático. Diez reflexiones nos bastarán para darnos cuenta de ello:

1^a El Espíritu Santo siempre actúa bajo el marco de su Palabra escrita, y nunca sobre presupuestos extrabíblicos. Aquel que viene a la luz, deberá ceñirse al contenido certero de la Palabra de Dios; pues siendo que el Espíritu Santo la inspiró, parece dudoso que esté de acuerdo con doctrinas o prácticas que Él mismo no ha revelado en su Palabra. La actuación del Espíritu, en todo caso, se hace visible mediante la ética cristiana, la cual tiene que ver no tanto con los hechos «extraordinarios», sino con los «ordinarios», esto es, con la vida cotidiana expresada por medio de nuestro amor al prójimo, fundamentalmente; y siempre bajo las claras instrucciones bíblicas, que son las que prevalecen. Por lo visto, no hay cabida alguna para las manifestaciones, del carácter que fueren, que se muevan entre la sombra y la oscuridad doctrinal.

2^a El Espíritu Santo interviene en el proceso de evangelización por la vía de la iluminación de la mente y el convencimiento del corazón: «*Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio*» (Jn. 16:8). La salvación, pues, se hace efectiva cuando las personas depositan su fe en la obra de Cristo, después de haber sido convencidas por medio del mensaje bíblico. En cambio, los exorcismos, la algarabía, los derribos, la imposición de manos, las triples unciones del Espíritu, y demás invenciones, no suponen garantía alguna de salvación, ni tampoco de santificación. Y si algo se consigue, con todo ello, es importunar la labor que el Espíritu pueda realizar.

3^a El Espíritu Santo edifica al creyente a través de la meditación y el estudio serio de la Escritura, que es viva y eficaz; sirviéndose, para tal propósito, de la comunión práctica del pueblo de Dios. En sentido opuesto, el cristiano no encuentra su edificación espiritual en el emocionalismo extremo, el jolgorio, los espectáculos, las manifestaciones extáticas, o las excitaciones de propina. Igualmente resulta inservible escuchar palabras y mensajes ininteligibles, que solo crean confusión mental y aturdimiento. Contrariamente, el Espíritu desea guiarnos hacia una comprensión de su Palabra que sea clara, profunda y verdadera, y sobre todo práctica.

4^a El Espíritu Santo proporciona una liberación completa, lejos de ataduras humanas o eclesiásticas. Y el cristiano que es controlado por Él, camina en este mundo con verdadera libertad y autonomía; condicionado por la Palabra, claro está. Pero ni mucho menos se dejará manipular, ni esclavizar, por ningún líder o movimiento religioso. Así es como el Espíritu de Dios, respetando la decisión del ser humano, ofrece la auténtica libertad: «*Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad*» (2 Co. 3:17). Por el contrario, donde opera otro «espíritu», que no es el de Cristo, se procura una manipulación de la conciencia que, lo único que consigue, es anular por completo el sentido práctico de la libertad cristiana.

5^a El Espíritu Santo genera gozo y paz en el corazón de los verdaderos creyentes. En cambio, la intranquilidad, el tumulto, la exaltación, las sensiblerías, el desbordante entusiasmo, los jaleos, el bullicio y los griteríos, no concuerdan con el sosiego y la tranquilidad interior que proviene del Espíritu; que, por otra parte, es notoriamente compatible –y resultante– con la abundante alegría y el fervor espiritual que, al tiempo, puede experimentar cualquier cristiano; pero sin perder un ápice, desde luego, del espíritu apacible y sereno que debe aportar la acción divina.

6^a El Espíritu Santo utiliza a sus siervos cuando éstos asumen una actitud de humildad, la cual se acompaña de paciencia y benignidad. Pero ni la prepotencia, ni la soberbia, se conforman al testimonio del Espíritu de Cristo. Así que, cuando existe jactancia o engreimiento, podemos decir que un «espíritu» oscuro planea sobre el escenario.

7^a El Espíritu Santo engendra la virtud de la templanza –dominio propio–, y ésta encuentra su forma de expresión a través del decoro personal, el orden y la reverencia. Y así el amor cristiano se demuestra, tanto de forma particular como en todos los actos o reuniones, por medio del respeto, la moderación y el buen juicio.

Por lo general, la extravagancia que manifiestan algunas reuniones, utilizando el desenfreno, el exceso, la incontinencia verbal, el descontrol emocional, los desórdenes, los alborotos, etc., se corresponde en muy poco con la mansedumbre y docilidad que nuestro buen Señor expresó en su vida terrenal. Inversamente a estas exhibiciones, el siervo de Dios que en verdad es controlado por el Espíritu, debe ser benigno con los demás, delicado en su trato, y cálido en sus expresiones.

8^a El Espíritu Santo restaura automáticamente la salud espiritual del convertido y, según lo promete en Romanos 8:28, todo lo que acontezca –si ama a Dios– le ayudará para bien. Pero, estamos seguros de que el Señor nunca instará a un siervo suyo a realizar promesas propagandísticas de esplendor físico, ni conducirá a su pueblo hacia una búsqueda frenética de la prosperidad económica. En cambio, el Espíritu quiere enseñarnos, por medio de las oportunas pruebas, que nuestra vida aquí en la tierra depende por completo de la providencia divina.

9^a El Espíritu Santo guía a su pueblo hacia la adoración del Padre y la exaltación de la Persona de Cristo, según Juan 16:14. Y aunque sabemos que el Espíritu es el mismo Dios, no encontramos base en la Escritura donde el Espíritu se glorifique a sí mismo. Tampoco la adoración, o las peticiones de oración, deben ser dirigidas al Espíritu Santo. Y si bien no resulta incorrecto el hacerlo, pienso que no hay necesidad, puesto que el Espíritu es uno con el Padre.

10^a El Espíritu Santo instruye al creyente sobre la base de la Sola Fe (fe es convicción y certeza de lo que no se ve), y no de los sentimientos. El ejercicio de nuestra fe no se obtiene por seguir el entramado emocional que se produce en los extremos carismáticos, ni tampoco por ver las enigmáticas sanidades o los dudosos milagros; sino que la fe viene «*por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios*» (Ro. 10:17).

Todas estas manifestaciones extras, nos condicionan a creer en lo que se ve o en lo que se siente; y, en cualquier caso, solo ayudan a reducir o anular la poca fe que se pueda poseer: «*Porque por fe andamos, no por vista*» (2 Co. 5:7). Luego, sin desmerecer los sentimientos sanos y equilibrados que se puedan originar en el seno del corazón humano, el texto se revela de la siguiente manera: «*Y todo lo que no proviene de fe, es pecado*» (Ro. 14:23).

EL ESPÍRITU SANTO Y LAS EMOCIONES

Habiendo ya hecho referencia sobre el extremo de las emociones, destacaremos aquí algunos detalles que nos ayudarán a completar el tema en relación con la vida espiritual.

En primer lugar, debemos admitir que las emociones en sí no son perjudiciales. Muy al contrario, bien utilizadas pueden resultar de gran beneficio para cualquier cristiano. Por lo cual, gozar de una saludable armonía emocional, comporta un asiento adecuado donde la estabilidad espiritual se mantendrá sólida y equilibrada. En este punto, lo pernicioso resulta del énfasis tan excesivo que se suele hacer en los extremos carismáticos. Los sentimientos, en estos círculos, se utilizan de forma abusiva y bastante forzada, ocupando en muchas ocasiones el lugar que le corresponde a la fe.

La emoción, indiscutiblemente, halla su lugar en nuestra vida personal, familiar y eclesial. Pero, aun considerando la importancia de las emociones en el orden natural, éstas no deben constituir el motor que promueva nuestra existencia física, y mucho menos nuestra vida espiritual (sin realizar una separación). Las sensaciones, vistas desde la parte orgánica (originadas en el alma), se contemplan como la expresión de una alteración bioquímica del cuerpo. Y esta modificación de nuestro estado psico-físico, no necesariamente ha de ser producto exclusivo del Espíritu. Las personas se emocionan por tantas cosas: el nacimiento de un hijo; el reencuentro de un familiar querido; una canción que nos trae recuerdos; el casamiento de un familiar... ¡Al ver una telenovela se derraman tantas lágrimas! Al fin y al cabo, la mayoría de propuestas que el mundo nos presenta, están concebidas y desarrolladas con el objeto de que la gente se «sienta» lo mejor posible. Muy al contrario, la Biblia nos enseña en muchos pasajes que el cristiano experimentará sufrimiento y aflicción; y estas, desde luego, son sensaciones confrontadas con la búsqueda del bienestar emocional.

Saquemos conclusiones, porque muchas preguntas quedan sin respuestas. Por ejemplo: ¿Dónde se indica en la Biblia que el cristiano necesariamente deba sentir la presencia de Dios? ¿Dónde dice, además, que el gozo sea igual que un sentimiento? ¿En qué lugar se exaltan las emociones como la base de nuestros cultos? Es menester adquirir una perspectiva bien definida acerca de nuestros sentimientos en relación con la vida cristiana. Cabría preguntarse, entonces, ¿cómo podemos reconciliar nuestro sistema emocional con la acción del Espíritu? Pues muy sencillo: situando la experiencia siempre en el lugar que le corresponde. El creyente vive por fe, y aun cuando la emoción exista o bien esté ausente, la fe permanece arraigada en el corazón como una profunda e inamovible convicción interna, que sobrepasa incluso a los sentimientos.

Siguiendo esta misma idea, debemos aceptar que las emociones, sean gratas o ingratis, no deben presidir el rumbo de nuestra existencia. Es nuestra fe en la Palabra de Dios, la que debe gobernar todas las áreas de nuestra vida. Es cierto que, desde el punto de vista biológico, el sistema sensitivo es creación de Dios, y por ello puede ser utilizado por Él, e incuestionablemente su actividad puede conllevar sentimientos placenteros para nuestra vida personal. Pero... esto no es doctrina, y como tal muy poco se revela en la Biblia. Toda esfera emocional pertenece más bien a las experiencias subjetivas de cada creyente (con Dios, consigo mismo y con los demás), intransferibles a otras personas... De modo que, las manifestaciones emocionales no son señal de que el Espíritu Santo intervenga especialmente, porque para el cristiano la fe es la medida de todas las cosas: «*Más el justo por la fe vivirá*» (Ro. 1:17)

Por otro lado, ocurre que la «paz», según la Escritura, no se descubre como un sentimiento, sino como un estado: de tranquilidad espiritual, de confianza en Dios y de serenidad ante la vida, que está por encima de las emociones y sobre las adversidades que puedan sobrevenir; aun cuando, naturalmente, alcance a incluir el sentimiento. En cierta ocasión Jesús dijo: «*La paz os dejo, mi paz os doy*» (Jn. 14:27). Notamos que el texto no dice «la paz sentiréis». Por lo que, aun considerándose paradójico, podemos sentirnos tristes y al mismo tiempo disfrutar de un estado de paz. Fue el mismo Señor quien exclamó: «*Mi alma está muy triste*» (Mr. 14:34). Vemos que, aunque en algunos momentos Jesús experimentó tristeza y pesadumbre, entendemos que en todo momento conservó la paz en su espíritu, ya que Él mismo es el autor de la paz, como hemos leído en el versículo anterior (Jn. 14:27). La conclusión es bíblica: en primer término, la paz se asienta en el corazón, y después, según la voluntad divina y dependiendo de la experiencia de cada persona, se sucederán las emociones.

Lo mismo ocurre con el gozo: término que frecuentemente se confunde con «la alegría». El gozo, como fruto del Espíritu Santo (Ga. 5:22), es un estado de plena satisfacción que surge de una adecuada relación con Dios. Por lo cual, el gozo es, en primer lugar, un «estado» y no un sentimiento o experiencia emocional. Así, los sentimientos pueden variar y tener altibajos, pero el gozo se contempla como una condición interna de profundo contentamiento, el cual permanece inalterable en el corazón de aquel que se somete al control del Espíritu.

Es cierto que el Espíritu Santo también puede ejercer su acción a través de las emociones (el gozo puede interaccionar con los sentimientos), y ello constituye una experiencia enriquecedora para todo creyente. Sin embargo, estamos seguros de que cualquier experiencia emocional no debe marcar la regla general en nuestro andar diario, y mucho menos debe conceder el soporte de nuestra doctrina bíblica.

Ante esta perspectiva, podemos imaginar la contradicción que se origina en la vida de muchos carismáticos, debido a que todas sus «experiencias espirituales» vividas en este ámbito, no contienen principios aplicables a la vida cotidiana. Y por lo tanto, éstos se convierten en lo que la Biblia llama «*hombre de doble ánimo*» (Stg. 1:8), que van al culto a vivir una irracionalidad emocional, pero a la vez no obtienen los elementos de discernimiento para poder vivir la vida cristiana con verdadero sentido práctico.

Como norma bíblica, entendemos que el Espíritu Santo nos guía hacia una detenida reflexión acerca de nuestra vida personal: de cómo va nuestra relación con Dios; de cómo transcurre el mundo en su problemática; de cuáles son nuestros errores; de cómo ha de funcionar nuestra relación personal, familiar, eclesial; entre otras cuestiones de orden

primordial. Y esto, en algunas ocasiones, no es para bailar ni dar saltos de alegría. En muchos casos es para vergüenza nuestra, por no estar cumpliendo con la voluntad de Dios en toda su exigencia bíblica.

Pongamos atención ante la presente situación, porque si salimos siempre muy contentos y eufóricos de los cultos, en pro de una emoción pasajera, tal vez con esta actitud nos hallemos creando muros al Espíritu Santo, e impidiendo la comprensión del serio mensaje que Él desea comunicar a nuestro corazón. El Espíritu, en el aspecto eclesial, se encarga de transmitir instrucciones bíblicas, y en buena medida prácticas, que conducirán al cristiano a buscar el modelo de Cristo y no tanto la experiencia. Seguramente su iluminación nos hará ser más conscientes de nuestro pecado delante de Dios; al revés, precisamente, de sentirse lleno y rebosante de irresponsable alegría.

Aquí debemos hacer una pausa y preguntarnos: ¿Cuál es nuestro proceder en la vida cristiana? ¿Dónde asentamos nuestra experiencia espiritual? ¿Son las emociones la base de cualquier doctrina cristiana? ¿Cómo se llevan a cabo las reuniones eclesiales, y qué es lo que prevalece en ellas?

A partir de lo expuesto, parece acertado el pensar que los que viven frustrados en su corazón descontento, acudan a ciertos métodos extras para modificar su estado actual de insatisfacción. Porque lejos de buscar sinceramente la voluntad de Dios, lo que predomina es el deseo superficial e intrascendente de buscar nuevas y refrescantes vivencias, cambiando la emoción por la fe, y a Dios por la experiencia.

EL DON DE LENGUAS

EL DON Y LA CIUDAD DE CORINTO

La práctica de hablar en lenguas extrañas, constituye una experiencia bastante común en este colectivo. Para el extremo carismático, el don de lenguas supone una manifestación de la salvación de toda persona convertida a Dios. Aquellos cristianos, por tanto, que no practican este don, son tratados bajo sospecha, y cuestionada su espiritualidad, cuando no su salvación personal.

Inicialmente, para comprender el llamado «don de lenguas» que se menciona en la epístola a los Corintios, deberemos tener en cuenta todo el contexto histórico en el que habitaban los ciudadanos de la ciudad de Corinto, desde el enfoque hermenéutico al que nos hemos referido anteriormente. Solo así podremos recoger algunos datos, ciertamente necesarios, que nos ayudarán a realizar una interpretación más acertada de la doctrina que nos ocupa en el presente capítulo.

Como ya hemos indicado en el apartado sobre hermenéutica, comprendemos que nuestra Cristiandad y sus doctrinas no se conformaron en el cielo estelar, a modo de nebulosa cósmica, sino que nacieron y se desarrollaron en medio de un ambiente histórico, en el cual fueron adquiriendo la forma determinada. A partir de aquí, deberemos extraer los detalles de esos elementos históricos: sociales, culturales y religiosos, que influenciaron a la iglesia de aquella época; e indudablemente estos datos aportaran claridad para llegar a un acercamiento exegético adecuado sobre dicho tema.

Debemos señalar que Corinto era una ciudad cosmopolita, y como tal formaba una colonia romana, con sus variopintos dioses y diversas prácticas animistas. Sepamos que la ciudad de Corinto fue una de las más afectadas por los movimientos filosóficos y religiosos de la Grecia antigua, incorporados en la moderna Roma. Las religiones de misterio estaban a la orden del día en aquella ciudad, y la iglesia de Corinto no se resistía precisamente a recibir sus negativas influencias. Por la impresión que se desprende de todo el contexto bíblico, y también de la Historia, se intuye que muchos de los conversos provenientes de estos sectores, habían adoptado ciertas prácticas y las introdujeron de forma natural en aquella congregación. Descubrimos que uno de los problemas principales de esta iglesia, fue la importancia que se le otorgaba a la sabiduría humana (primeros capítulos de la epístola). Por entonces era muy común la búsqueda de la sabiduría de palabras y las sutilezas de la dialéctica; y en la comunidad se movía un cierto afán por destacar en las pláticas. Con esta motivación, no es de extrañar el particular énfasis sobre el don de lenguas.

En aquel tiempo, la cultura pagana de aquellas religiones concedía cierta importancia a las experiencias extáticas. Como se sabe, los practicantes de estos círculos místicos hacían cualquier cosa por alcanzar el trance, hablando así en diferentes idiomas (aparentemente), y proclamando distintas profecías. Para ello, era obligatorio mantener una comunión mágica y sensual con las deidades, expresada a través del «éxtasis», que a su vez provocado por varios métodos utilizados para tal propósito: por la vigilia, por el ayuno, por las danzas exaltadas, por el efecto de la música estimulante, por la inhalación de gases, por el vino, por la autosugestión... Los datos que nos ofrece la Historia son

paralelos: «*Con el fin de impresionar la imaginación y de atacar los nervios, no se vacilaba en recurrir a medios truculentos: en ciertos locales donde se iniciaba en los misterios, las estatuas articuladas o parlantes, los juegos de luces, las puertas abriéndose y cerrándose solas; en las ceremonias la teatralidad de los vestidos abigarrados, de las músicas estridentes, de los cantos y los gritos exaltados...*» (Historia General de las Civilizaciones, Vol.II. Ed. Destino, 1974, 407). Además, la costumbre de ingerir grandes cantidades de alcohol, les procuraba una comunión especial con Dionisio: el dios de la fertilidad (recordemos que uno de los problemas en la congregación de Corinto, era el abuso de alcohol). Así, la palabra corinto se convirtió en sinónimo de borracho, y no resulta ilógico que en plena embriaguez se dieran fenómenos extraños, entre ellos el de hablar toda clase de lenguas ininteligibles. «*Las sectas místicas siguieron guardando la tradición dionisiaca, y este dios desempeña todavía un importante papel en la época imperial...*» (Grimal Pierre, Diccionario de Mitología Griega y Romana. Ed. Paidos, 1990, 141).

No parece absurdo, entonces, pensar que las lenguas que se practicaban en la ciudad de Corinto, entre las religiones paganas, se infiltraran de forma espontánea en la iglesia. Y estas, seguramente, no eran otras que las lenguas órficas, que provenían de la adoración al dios Orfeo, y que fueron introducidas y adaptadas al cristianismo de aquella congregación; al igual que otras prácticas y abusos cometidos en la iglesia que tenían mucho que ver con las influencias espirituales de su entorno, y de las cuales hace referencia el apóstol Pablo en su carta, como veremos más adelante.

En fin, recogiendo los aspectos históricos que influyeron en la iglesia de Corinto, conseguiremos aproximarnos hacia una interpretación apropiada acerca del don que ellos practicaban.

EL DON DE LENGUAS Y LA HISTORIA

Es cierto que algunos apelan a la historia de la Iglesia para defender el don de lenguas. Pero esto no parece muy recomendable, pues la Escritura no se interpreta desde la experiencia de otros creyentes, sino desde la misma Escritura. Y de querer recoger la experiencia de la historia eclesial, podemos observar que los casos que se produjeron dentro del cristianismo histórico, hasta el siglo XX, fueron bastante cuestionables. Motivo por el cual no se considera prudente apoyar una enseñanza sobre la base de la historia del cristianismo, tan lleno de contradicciones, pues la doctrina bíblica no debe fundamentarse en la experiencia, sino en la Biblia.

Por lo demás, la Historia nos puede ofrecer elementos de criterio para apoyar o rechazar una enseñanza; pero en el caso que nos ocupa, no tenemos el suficiente apoyo, ni bíblico, ni histórico, ni eclesial, para otorgarle suficiente crédito a esta particular doctrina.

Tratando de ofrecer una conclusión histórica muy resumida, hacemos mención de un personaje llamado Montano, creador del Montanismo (siglo II). Él mismo dijo hablar en lenguas, y tener diversas revelaciones de tipo apocalíptico. Montano afirmaba ser el delegado directo del Espíritu Santo, junto con sus dos profetas: Priscila y Maximila... Si bien es cierto que este movimiento tuvo un enfoque renovador y puritano, oponiéndose a la reciente jerarquización de la iglesia oficial, por lo general sus prácticas extáticas, de extremado rigor, no se hallaban acorde con lo que hoy conocemos como doctrina bíblica. Es cierto que este movimiento tuvo su repercusión en el cristianismo, y permaneció por muchos años, pero como tal desapareció alrededor del siglo VI. Como podemos observar, el testimonio que existe de los Padres de la Iglesia, en los primeros siglos del cristianismo, no parece muy fiable; pues se incurre en numerosas contradicciones –en esta y en otras muchas cuestiones doctrinales-. Y es del todo comprensible, ya que los pilares de la «doctrina cristiana» permanecían todavía en su periodo de formación. De todas formas, la gran mayoría de ellos no estaban de acuerdo con el don de lenguas, y no lo consideraban necesario para la extensión del Evangelio. Por ejemplo, San Agustín, en el siglo IV, confirmó que las manifestaciones de las lenguas habían terminado. Durante la

Edad Media surgieron por entonces algunos grupos esporádicos que decían hablar en lenguas. Así se hizo evidente entre los Cátaros (Albigenses) en el siglo XI: un movimiento de influencia maniquea, que negaba la encarnación y resurrección corporal de Cristo, entre otros puntos doctrinales considerados como no bíblicos.

También debemos tener presente que el avivamiento durante el periodo de la Reforma –a partir del siglo XVI–, así como en los siglos posteriores, no fue precedido de estos fenómenos extra lingüísticos. Y que se sepa, de los grandes predicadores (Jonathan Edwards, Spurgeon, Whitefield, entre otros muchos) y participantes de los distintos avivamientos que se produjeron en la Historia, ninguno habló en lenguas. En cualquier caso, el avivamiento espiritual siempre fue provocado por la exposición clara y poderosa de la Palabra de Dios, y por la intervención del Espíritu a través de ella.

Después de la Reforma y hasta el siglo XX, florecieron algunos sectores religiosos que afirmaron hablar en lenguas: como los Jansenistas (grupo reformador católico, que se oponía a la reforma protestante), o alguna comunidad sectaria vinculada al movimiento cuáquero (como los Shakers), además de otros círculos enmarcados fuera del cristianismo más conservador.

En definitiva, los grupos que han surgido a través de la Historia, hasta el siglo XX, y que dijeron hablar lenguas, no son en ninguna manera representativos de la verdad bíblica, ya que debido a sus elementos heréticos no gozan hoy de autoridad alguna para apoyar cualquier doctrina; parece ser lo contrario. Con el mismo espíritu, reiteramos que no podemos fundamentar hoy una enseñanza cristiana solamente por la historia de la Iglesia, pues ésta se halla plagada de dogmas que no son en ninguna manera bíblicos. Y si tenemos en cuenta ejemplos de personajes que hablaron en lenguas, tampoco poseemos la seguridad de que sea cierto lo que se dice, dado que el escritor puede contar los hechos según su versión, a veces llevado por intereses políticos, religiosos, etc. Y suponiendo que sea verdad, habremos de investigar qué tipo de lenguas eran, como veremos a continuación.

Y llegados a este punto, los movimientos que emergieron a partir del siglo XX, los cuales se extienden a marchas forzadas, se habrán de analizar, en todo caso, a la luz de la Sola Escritura, que es la única que posee autoridad sobre dicho tema. En este asunto, podemos considerar que si Dios quiso otorgar el don de lenguas en los inicios de la Iglesia, para la divulgación del Evangelio, no podemos nosotros cuestionarlo hoy, porque al parecer la Biblia así lo contempla. Pero lo que también queda claro, es que estas manifestaciones no deben constituir doctrina para la Iglesia, debido, por encima de todo, a su falta de apoyo y argumentación bíblica; y mucho menos debe ser normativa para todos los cristianos.

En lo que se refiere a las expresiones típicas del don de lenguas, éstas se consideran de orden universal, pues las encontramos en algunas religiones o sectas cristianas, o incluso fuera de los círculos cristianos. Se habla en lenguas entre los católicos, los mormones, las religiones orientales, las tribus indígenas del África y Centroamérica; sin olvidar que este fenómeno es muy frecuente entre aquellos que practican ocultismo, principalmente los médiums.

EL DON DE LENGUAS EN LA BIBLIA

El estudio de las lenguas requiere un tratamiento de ardua investigación bíblica, que debe realizarse a partir del Antiguo Testamento, por lo que no entraremos en materia. Pero solo cabe decir que las lenguas, generalmente, han sido una señal de juicio por parte de Dios, y no de bendición. A este respecto puede leerse Génesis 11:7, e Isaías 28:11.

Observando la Escritura bajo una perspectiva hermenéutica, el don de lenguas aparece, al margen del libro de Hechos, solo en la epístola a los Corintios; y por si fuera poco, el apóstol no estaba muy de acuerdo con este hábito. Asimismo, el don de lenguas no se propone en ninguna de las veinte cartas restantes que hay en todo el Nuevo Testamento.

Reflexionemos detenidamente, porque si las lenguas son una señal de la recepción o bautismo del Espíritu, o una experiencia que todos los cristianos han de practicar como

algo útil y necesario para su edificación espiritual, o para la extensión del Evangelio, sin lugar a dudas que los escritores del Nuevo Testamento –teniendo esto muy en cuenta– lo hubieran reflejado en sus cartas a las iglesias. Sin embargo, la completa ausencia de mención bíblica, indica necesariamente que los autores contemplaron este don a modo de práctica transitoria.

En la Escritura, el término lenguas no significa jerigonzas, o palabras desarticuladas y sin sentido, sino que en el original griego el término «*glosais*» se traduce por idiomas o lenguaje. ¿Qué idiomas, por tanto, se hablaban en el primer siglo: hebreo, arameo, griego, árabe, latín...? En el caso de que hablar en otros idiomas se concibiera como un don, la Escritura enseña que no todos los cristianos serían portadores del mismo don: «*El Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere*» (1 Co. 12:11). «*Teniendo diferentes dones*» (Ro. 12:6). «*Cada uno según el don que ha recibido*» (1 P. 4:10). Y aunque el apóstol Pablo aceptaba la existencia de este don, al incluirlo en su lista de dones (tenemos algunas referencias en Hechos de que existió como una manifestación del Espíritu), ello no significa que estuviera de acuerdo con lo que los corintios practicaban, sino más bien parece ser todo lo opuesto: muestra su clara disconformidad con esas prácticas (lenguas extáticas). Y este desacuerdo se desarrolla de forma contundente desde el capítulo 12 al 14 de 1^a a los Corintios.

A continuación, examinaremos a través de algunos textos claves, la gran oposición del apóstol hacia las «habilidades lingüísticas» de la iglesia en Corinto:

«*Os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús*» (12:3). Al parecer, según el texto, algunos corintios pronunciaban anatema (la palabra más original es blasfemias) contra Jesús, creyendo al mismo tiempo que eran manifestaciones del Espíritu Santo. No obstante, tendríamos que preguntarnos de qué espíritu serían estas manifestaciones... pues seguramente del mismo espíritu que gobernaba las religiones paganas del momento.

«*Cesarán las lenguas*» (13:8). Debido al énfasis que ellos hacían sobre dicho tema, el apóstol les avisa de su error con esta declaración, especialmente para que se vayan concienciando. Es cierto, los idiomas no son necesarios en el reino de Dios, por lo cual no pretendamos volver otra vez a la torre de Babel.

«*Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque por el Espíritu habla misterios*» (14:2). Es como si el apóstol dijera: El que habla en un idioma diferente del comprensible, dentro de la iglesia, anda desorientado, porque en tal caso el único que le puede comprender es Dios. Por eso afirma que habla misterios, debido a que las formas extáticas de expresión, como los idiomas extraños, no se pueden comprender, y en consecuencia se reducen al ámbito de «lo desconocido» o «misterioso». Ahora bien, que alguien hable a Dios, no significa que Dios esté de acuerdo con la oración, ni tampoco que la oración sea correcta. Aquí, la expresión «por el Espíritu» en muchas versiones de la Biblia se ha traducido «en el espíritu». Pienso que esta traducción es la correcta, puesto que corresponde en el texto griego al dativo singular del término «*pneúmati*» (alma, soplo, vida); y teniendo en mente la línea de pensamiento de todo el pasaje, es más apropiado traducirlo «en el espíritu», haciendo referencia al espíritu humano y no al Espíritu Santo. Igualmente, los versículos paralelos así lo demuestran (teniendo presente el contexto, que es el que ha de interpretar al texto), por ejemplo: 14:14,15,16,32.

«*El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica; pero el que profetiza (enseña) edifica a la iglesia*» (14:4). El propósito de los dones, según el Nuevo Testamento, es para edificación de la iglesia, para su crecimiento y desarrollo espiritual, y nunca para la autorrealización del individuo. Por ello, entendemos que la expresión «a sí mismo se edifica» resulta una ironía, utilizada en muchas ocasiones por el apóstol en sus escritos. Así que, esa misma autoedificación personal, es contemplada por el mismo Pablo con muchas reservas.

«*Si yo voy a vosotros hablando en lenguas (dijo Pablo), ¿qué os aprovechará?...*» (14:6). Indudablemente el autor de la carta a los Corintios, tenía toda la razón. Esta práctica en la iglesia es verdaderamente inservible; y efectivamente, de su uso no se obtiene ningún beneficio espiritual. El texto bíblico muestra el desacuerdo de Pablo, que es unánime en todas sus recomendaciones bíblicas.

«Así también vosotros, si por la lengua no diereis palabra bien comprensible, ¿cómo se entenderá lo que decís? Porque hablaréis al aire» (14:9). Parece ser que el hablar en lenguas –al modo de los corintios– era igual que hablar al aire, es decir, una pérdida de tiempo. Desde luego que en esta frase observamos claramente la disconformidad del apóstol Pablo con estas prácticas inoportunas.

«Por lo cual, el que habla en lengua extraña, pida poder interpretarla (traducirla)» (14:13). A la verdad, este mandamiento se pasa por alto en las iglesias carismáticas de una manera bastante generosa. Parece del todo razonable que Pablo les pusiera una medida de precaución, esto es, la traducción de esas lenguas en la iglesia, para que, en cualquier caso, no se produjeran expresiones blasfemias; ya hemos visto que así ocurrió. Y podríamos añadir, como el mismo apóstol indicará posteriormente, que si esto no se cumple (la traducción de esas lenguas), mejor que tal persona se calle.

«Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento» (14:15). La disposición bíblica parece bastante precisa. Así, en la oración siempre se deben coordinar las palabras correctamente para que el orador sea plenamente consciente de lo que dice, y los demás también puedan entenderlo. Por consiguiente, si en las oraciones no se utiliza el entendimiento, tales oraciones, desde un punto de vista bíblico y según reza el texto leído, no deben aceptarse como válidas.

«Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros; pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida» (14:18,19). Pensamos que las lenguas que conocía Pablo podrían haber sido muchas, porque al margen de ser buen conocedor de la Ley, fue un hombre de gran erudición académica, por lo que seguramente aprendió varios idiomas; sin cuestionar, por supuesto, que pudiera realmente tener el don de «idiomas» al modo que ocurrió en Hechos. Ahora, según su declaración, desecha ciertos métodos de autoedificación, que para él son ilegítimos, en favor de la edificación de la iglesia. Y este es otro texto que se añade a la discrepancia que Pablo mantuvo con la práctica del don de lenguas en esta iglesia.

«Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar» (14:20). Este versículo nos enseña, además, que las manifestaciones de las lenguas corresponden al periodo infantil de la Iglesia naciente, que se produjo en el contexto de la ley judía, la cual pertenece al Antiguo Pacto. Luego, querer repetir la misma experiencia, es sumergirse en un estado de retroceso a la Ley y de infantilismo espiritual, propio de una iglesia inmadura, como en buena medida lo era la iglesia de Corinto.

«Así que, las lenguas son por señal, no a los creyentes (importante declaración), sino a los incrédulos» (14:22). Aquí es necesario destacar la expresión «no a los creyentes», recalando que esta práctica en la iglesia, entre los creyentes, queda completamente descalificada. Y él mismo apóstol llega a una conclusión que se contempla en el Antiguo Testamento: «En la ley está escrito» (v. 21). Así que, el concepto bíblico se desprende de ahí, pues como ya mencionamos, las lenguas son señal de juicio para los incrédulos.

«Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indociles o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos?» (14:23). Razón tenía el hermano Pablo. Y bien podemos unirnos al sentir del apóstol, puesto que hoy día se podría aplicar perfectamente el calificativo de «loco», al espectáculo que se observa en muchas reuniones de extremada espiritualidad. Y es que, entre la algarabía de las lenguas y los demás enredos, lo único que se consigue es despertar un «sentimiento de ridiculez» al que, en su sano juicio, entra por primera vez a un culto de estas características.

«Y si no hay intérprete, calle en la iglesia, y hable para sí mismo y para Dios» (14:28). La palabra «intérprete» significa traductor. El mandamiento resulta explícito, es decir, toda persona que hable en la congregación con idiomas que no sean traducidos, tiene la orden apostólica de que permanecer callado. Y también, en un tono bastante condescendiente, e irónico a la vez, les dice que en caso contrario hablen para sí mismos (recomendación absurda si lo aplicamos literalmente), y para Dios... que a lo mejor es el único que puede entender tales jeroglíficos.

«Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas» (14:32). Aquí les recuerda que, si existen exposiciones verbales que no se pueden controlar, tales

expresiones –según el texto– no son válidas ni provienen de Dios. Como en todas las cosas, el cristiano ha de dominar sus manifestaciones espirituales, y nunca debe permitir que ellas le controlen a él. Recordemos que una de las virtudes del fruto del Espíritu Santo es el dominio propio: de lo que decimos y de lo que hacemos. Y esta virtud en ninguna manera conlleva descontrol del habla, como tampoco de las acciones.

«*Si yo hablase lenguas humanas y angélicas* (en el supuesto de que se pudiera) *y no tengo amor... nada soy*» (13:1,2). Pablo sigue cuestionando las prácticas realizadas por aquella iglesia, llegando a la firme conclusión de que lo que realmente necesitaban cultivar, en contra de sus extraordinarias aspiraciones, era el verdadero amor. Dios es amor, y su Espíritu no desea derramar sus ricas bendiciones entre los cristianos, si no es a través del ejercicio de tan extraordinario don (el amor). La formulación de Pablo es matemática: lenguas (que estaban practicando) sin amor, según el texto leído, equivalen a «nada»; por lo cual, podemos deducir que aquel don que estaban desempeñando los corintios, era completamente inservible.

Como hemos podido observar, en las palabras absolutamente clarificadoras del apóstol, existe un total desacuerdo con el don de lenguas que estaban practicando los corintios. Y si algunos acuden al libro de Hechos de los Apóstoles para reivindicar esta práctica, también se va por camino torcido; porque tanto en esos momentos precisos de la Iglesia primitiva, como en otras menciones de la carta a los Corintios, el término lenguas no se traduce por sonidos extraños, o palabras desarticuladas (que es lo que se suele escuchar), sino que, como ya hemos mencionado, en las distintas transcripciones del original griego, el término se traduce por idiomas o dialecto (Hch. 2:11). Entonces, ¿cómo se explica que Pablo incluyera el don de lenguas e interpretación de lenguas en su lista, y que permitiera unas prácticas con las que no estaba de acuerdo? Para responder a la pregunta, debemos entender la actitud de Pablo al denunciar pecados de tal magnitud en esa congregación, que no se mencionaban ni aun entre los gentiles (1 Co. 5:1), y que afectaban de forma muy directa a su testimonio cristiano; y teniendo presente la gravedad del pecado, antes de prohibirles el don de lenguas, tiene como máxima prioridad el prohibirles los más graves que se estaban dando en la misma congregación, como por ejemplo: alcoholismo, fornicación, incesto, partidismos, idolatría... Además, como dijo él: «*Sois niños en Cristo*» (1 Co. 3:1), y bien se sabe que a los niños hay que dispensarles un trato especial. A ello añadimos, que aunque el apóstol Pablo no les prohíbe hablar en lenguas, ya hemos visto que no está de acuerdo con las lenguas que practicaban, y por ello les ofrece medidas de prudencia, como el deber de interpretarlas.

Siguiendo la línea argumental, son pocos los casos en el Nuevo Testamento donde el don de lenguas tuvo un efecto positivo, y utilizado por Dios con el propósito de expandir el Evangelio. Encontramos tres referencias muy puntuales: entre los gentiles, en Hechos 2:1-4, y 10:44-46, que en cierta medida se pudo reproducir el mismo fenómeno que en Hechos 2:11: «*Les oímos hablar en nuestro propio dialecto las maravillas de Dios*». Aun con todo su efecto evangelizador, si aquellos que escuchaban el Evangelio –a través de este fenómeno–, lo rechazaban, daba como resultado lo que antes hemos indicado: juicio. Y así ocurrió en aquellos momentos: «*Mas otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto (vino)*» (vs.13). Por tal razón Pablo menciona ese don como algo válido, porque en aquellas circunstancias históricas el fenómeno fue real, a la vez que sobrenatural, y todavía se mantenía vigente. Pero ni mucho menos el apóstol estuvo conforme con lo que los corintios practicaban, pues el don de lenguas, según Hechos, no son palabras incomprensibles, sino todo lo contrario: los apóstoles hablaban y los demás entendieron perfectamente el mensaje, cada uno en su propio idioma; de tal forma que el milagro ocurrió no tanto en las expresiones de los apóstoles, sino más bien en los oídos de aquellos que los escuchaban.

Téngase en cuenta que en el tiempo de los corintios todavía no estaba escrito ni recopilado el Nuevo Testamento, y este «don» pudo ser una herramienta útil para la extensión del Evangelio. Sin embargo, ahora tenemos la Revelación escrita y difundida por casi todo el mundo; y tanto la salvación de los incrédulos, como la edificación de los creyentes, se obtiene únicamente por fe en la Palabra de Dios.

Vistas las costumbres de Corinto, el intentar hablar otros idiomas a través de una experiencia extática, para destacar según la sabiduría humana, probablemente hubiera

constituido solo un proceder inofensivo en la iglesia de Corinto, a la par que inservible. Pero, para evitar el peligro de estas prácticas, el apóstol les propone que haya un intérprete (traductor), como medida preventiva, debido a lo que había ocurrido: que algún «inspirado», hablando en lenguas, llamaba anatema (pronunciaba blasfemias) a Jesús. Podemos aceptar de buen grado la mención que el apóstol hizo sobre el don de lenguas en su lista, pero en ningún caso de las lenguas que se practicaban en la iglesia de Corinto, sino del verdadero don de Dios, apreciado de forma positiva en Hechos.

Como hemos apuntado, Corinto era una ciudad cosmopolita, y tal vez Pablo consideró necesario el don de idiomas para esta ciudad, debido a su diversidad cultural, y a la necesidad de que el mensaje de Cristo se extendiera lo más rápido posible. De todas maneras, tampoco poseían la Palabra de Dios traducida a los idiomas vernáculos; motivo suficiente para aplicar este don, según el modelo de Hechos.

En conclusión, aquello que los corintios practicaban, era una forma de imitar el don de idiomas; aunque, claro está, trayendo consigo las verborreas ininteligibles y extáticas que se ejercían con asiduidad en las religiones paganas de Corinto. Y no es nada extraño pensar esto, pues una iglesia infantil (según el calificativo de Pablo), busca las experiencias y los dones espectaculares para llamar la atención... Y como niños, lo que consiguieron no fue otra cosa que traer consigo las mismas prácticas extendidas en su entorno, introducirlas en la iglesia, y hacer una adaptación sincretista de la espiritualidad cristiana. Y parece bastante probable, pues entonces no poseían todas las instrucciones del Nuevo Testamento, como las tenemos nosotros hoy. De hecho, lo que ellos expresaban, con excepción de algunas blasfemias, eran palabras sin sentido alguno. Obviamente una cosa es querer hablar en otros idiomas, y otra muy diferente es provocar el habla de esos idiomas sin saberlos, y por métodos ilegítimos (éxtasis, movimientos bruscos y repetitivos, alteración del inconsciente, etc.); lo cual solo ocasiona una encadenación de términos, sonidos y demás locuciones discordantes, que en palabras de Pablo constituye una postura de infantilidad.

El gran desacuerdo apostólico

Resulta evidente que a través del capítulo 14 de Corintios, que hemos analizado anteriormente, el apóstol traza una línea de pensamiento en el que se destaca, con determinación, el gran desacuerdo con la práctica del don de lenguas en esta iglesia. Asimismo, tampoco observamos en ninguna parte de la Escritura que Jesús hablara en lenguas. Ni siquiera lo observamos en los apóstoles, o escritores del Nuevo Testamento, y mucho menos que ofrezcan instrucciones a la Iglesia para que se efectúe esta malsana práctica.

Al igual que en los demás apóstoles, tales experiencias extáticas no se hallaban en la dinámica cristiana del propio Pablo, como cita en 1 Corintios 14:19. Pensemos con lógica, puesto que, si queremos recurrir a algún modelo ejemplar de congregación para aprender de sus procedimientos eclesiales, desde luego que el de la iglesia de Corinto es el peor de todos. Y aun cuando el apóstol les permitió ciertas costumbres, con las que no estaba de acuerdo, también les propone una serie de condiciones como medida de prevención: que guarden el orden, que haya un intérprete, etc.

En definitiva, pretender utilizar la carta a los Corintios para fundamentar la doctrina de las lenguas, es establecer una base muy pobre y llena de afirmaciones contradictorias, en las cuales no existe ni peso teológico ni hermenéutico alguno, para sostener esta doctrina. Muy al contrario, Pablo está plenamente disconforme, ya que al parecer las lenguas en aquella iglesia solo servían para problemas y confusión. Así que, el apóstol, como no podía ser de otra manera, les tiene que indicar un camino mejor (en el capítulo 13). ¿Cuál? Sin ningún género de dudas: el Amor.

Atendamos a la razón, porque si el apóstol Pablo hubiera dado por buenas estas prácticas, entendiendo que provenían de parte del Señor y que eran auténticas manifestaciones del Espíritu Santo, en verdad que no se hubiera atrevido en ningún momento a cuestionarlas tan claramente. Lo que sí deja suficientemente claro, como hemos visto, es que en la iglesia se prohíbe hablar en lenguas, a no ser que haya un traductor: «*Y si no hay intérprete, calle en la iglesia*» (1 Co. 14:28). Suponiendo, pues,

que hoy existiera el don de lenguas, deberíamos guardar muy estrictamente el presente mandamiento bíblico. Además, si este don resultara ser hoy tan necesario, con toda seguridad el apóstol lo hubiera recomendado cuando dictó mandamientos, acerca de los requisitos pastorales, a los líderes de la iglesia: cartas a Timoteo y Tito.

Es muy probable que el don que practicaban los corintios (lenguas de sabiduría humana), procedieran de las religiones paganas de aquel ambiente religioso. De ahí precisamente el conflicto en la iglesia, las advertencias, y el gran desacuerdo de Pablo, que tiene a bien, como mínimo, proporcionarles unas instrucciones de carácter preventivo.

Finalmente, el don al que se refiere Pablo en su lista, es el don de «idiomas», necesario para la extensión del Evangelio en aquel tiempo; por este motivo cita que no es señal para el creyente, sino para el incrédulo, según 1 Co. 14:22.

UNA EXPLICACIÓN DE ESTE FENÓMENO

El fenómeno de hablar en lenguas extáticas (palabras desarticuladas y sin sentido), tan extendido en nuestros días, es en la mayoría de los casos una manifestación puramente psicológica, producto de la manipulación emocional (sea colectiva o individual). Es una capacidad –por llamarlo así– inconsciente, que en sí misma podría ser inocua (no se sabe), pero que por lo visto es innecesaria. Este método se logra a modo de práctica, por la cual, cuando se llega a un estado de euforia emocional, se altera el inconsciente, y durante unos momentos surgen sonidos o palabras distorsionadas. A saber, son expresiones verbales que emergen sin comprensión alguna, por la influencia psico-emocional que se ha recibido, autoprovocado o aprendido. Cuando se ha adquirido la costumbre, entonces puede practicarse como algo natural.

Por ello Pablo no erradica esta costumbre, pero establece un orden, y como medida prudencial ordena que otro interprete (por si acaso). Hoy día son muchos los que integran este don en sus ejercicios espirituales. Unos por el deseo de vivir nuevas experiencias. Otros, por no quedar marginados del grupo, o para no ser mirados con desprecio. Y también los hay que se suman para no pertenecer a un nivel de inferioridad espiritual en la iglesia; entre otros motivos.

Deberíamos de ser prudentes en todos los procedimientos espirituales que no contengan apoyo bíblico explícito. Y aunque el Señor pudo conceder el «don de idiomas» para la extensión del Evangelio, en su momento, la Escritura no contempla en ningún lugar que la práctica de lenguas ininteligibles se tenga que procurar en la iglesia, ni mucho menos como una experiencia normativa para todos los cristianos. Ahora bien, el Señor puede permitir (como permite tantas cosas) cualquier práctica improcedente en ciertos círculos cristianos. Sin embargo, debemos tener sumo cuidado, porque también hay otro «señor» que puede llamar anatema a Jesús, como lamentablemente vemos que ocurrió en la congregación de Corinto.

En sentido análogo, y examinando la práctica del don de idiomas sin haberlos nunca aprendido, recuerdo un caso en el que una traductora de lenguas indígenas, guiada por la curiosidad, acudió a una reunión carismática. En medio de las manifestaciones de lenguas, ella detectó que las palabras pronunciadas correspondían a un dialecto tribal, por lo que se propuso escribir las frases en su cuaderno. A continuación, cuando tradujo las palabras, la sorpresa fue grande al comprobar que éstas eran maldiciones dirigidas hacia la persona de Jesús. No nos sorprenda el resultado, pues la práctica de hablar en idiomas que el individuo no ha aprendido (griego, latín...), estando en situación de trance hipnótico, es habitual dentro del ámbito espiritista. No pasemos por alto, entonces, que en un estado de éxtasis y descontrol de la personalidad, se puede abrir la puerta fácilmente a cualquier influencia espiritual negativa. La propia Escritura nos advierte: «*Sed sobrios (moderados), y velad (estad alerta y no en estado de inconsciencia) porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor (de los cristianos) buscando a quien devorar*» (1 P. 5:8).

MILAGROS Y SANIDADES

EL ORIGEN DE LAS ENFERMEDADES

Las señales, milagros o sanidades, aun no siendo lo mismo, constituyen básicamente el motor de la doctrina que impulsa el extremo carismático. Según hace constar esta doctrina: lo bueno es de Dios y lo malo del diablo; y aunque esta afirmación pueda parecer lógica, no deja de guardar ciertas reminiscencias «dualistas».

Partiendo de esta proposición, una postura extrema pero muy extendida, supone aceptar que cada enfermedad es resultado de la intervención de un demonio en particular. Según esta fórmula, las enfermedades –como algo malo en sí– son resultado de una intervención diabólica; y cada enfermedad es la versión de un demonio escondido detrás de dicha enfermedad; por lo que a toda dolencia, desajuste psicológico, problemas de carácter, etc., le llaman el «demonio de...». Curiosamente he encontrado en algún libro hasta 55 agrupaciones de demonios (con sus diferentes enfermedades corporales y desarreglos psíquicos), algunos tan absurdos como: olvido, tardanza, inferioridad, broma, timidez, dolor de cabeza, tristeza, legalismo, autoconciencia, rebeldía... (Frank & Ida Mae Hammond, Cerdos en la sala. Ed. UNILIT, 130,132-136).

Atendamos bien, porque si es verdad que todas las enfermedades son causadas por los demonios, deberíamos pensar que los países tercera mundistas habitan plagados de espíritus malignos, puesto que son los que sufren más enfermedades, respecto a otros países industrializados. Ahora, si nos preguntamos por las causas que provocan las enfermedades de los pueblos más desfavorecidos, deberíamos responder que los demonios mantienen un complot especial sobre las clases sociales marginadas, y por eso sufren tantas enfermedades... Respuesta al parecer bastante inadmisible. ¿No será que esta problemática resulta de la carencia de una buena alimentación, los medios higiénicos necesarios, y los recursos sanitarios más indispensables? Los demonios, en tal situación, residirían más bien en la negligencia del propio capitalismo. Y a quien tendríamos que demonizar, pues, son a aquellos que gestionan el poder, esto es, a las personas que se han apropiado indebidamente de los recursos económicos del país, y hacen una injusta distribución de los bienes materiales. Y, ¿quién sufre las consecuencias de todo ello: pobreza, enfermedad, marginación? La respuesta es clara: *los pobres, que están «endemoniados»!* Cabe también admitir que los países ricos tendrían que estar más endemoniados, ya que muchos de sus ciudadanos se mantienen tan aferrados al materialismo, que el empacho de autosuficiencia no les permite ver su indiferencia ante las necesidades ajenas.

Si buscamos la verdad de lo mencionado, no debemos ir muy lejos, pues la Escritura explica que, en términos generales, la enfermedad es una consecuencia general del pecado, el cual se introdujo en el mundo a partir de la desobediencia de Adán. Y aun

hallando personas con enfermedades por causa de sus propios pecados, la Biblia no nos sugiere que todas las enfermedades sean producto de la actividad demoníaca personalizada... ¿Cómo explicar, entonces, la salud tan estupenda de la que gozan algunos individuos (sean creyentes o no) y, en cambio, sus vidas manifiestan una evidente pecaminosidad? La conclusión bíblica se brinda natural: no podemos atribuir a los demonios todas las enfermedades que padece el hombre, porque simplemente esto no lo enseña la Palabra de Dios.

UNA SOLUCIÓN FÁCIL Y RÁPIDA

Debido a la impaciencia propia del ser humano, normalmente se suele buscar la respuesta fácil y rápida a los problemas que esta vida nos plantea, y mayormente cuando existen graves enfermedades que pueden causar desmoralización personal. Alcanzamos a entender, desde la obstinada lógica, que la enfermedad lleva a la gente a la desesperación, y con ello, a hacer cosas extremas que de otra forma no haría. Satanás lo sabe, y sería ingenuo si no se aprovechara de la ocasión. ¿Por qué pensamos que es tan atractivo el extremo carismático? Sencillamente porque ofrece la «solución» a diversos problemas físicos o psíquicos, o el remedio a las circunstancias adversas. En cierta manera es la adaptación de las antiguas corrientes filosóficas que solo buscan un presente bienestar personal.

En verdad, todavía son muchas las personas que se impacientan por encontrar la solución a sus angustiados problemas; y algunos son capaces de hacer lo que sea, y de creer en lo que haga falta, con tal de resolver sus contrariedades. No resulta sorprendente, por tanto, que el enemigo de nuestras almas se valga de estas actitudes, que están plantadas más en el terreno del interés personal, que no en la voluntad de Dios. Por supuesto, el deseo de curación de cualquier enfermedad resulta legítimo. Y aunque no tengamos derecho, ya que nada merecemos, siempre podemos acudir a Dios con nuestras peticiones, y el buen Padre celestial nos responderá (en función de la obra de Cristo); pero siempre y cuando pidamos conforme a su voluntad, claro está, pues como cita Santiago: «*Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites*» (Stg. 4:3).

Ahora bien, cuando el milagro no aparece, que es en la mayoría de los casos, los afectados se hunden en el desconsuelo, sintiendo que algo no funciona en sus vidas; pensando que carecen de fe, a la vez que brotan sentimientos de culpa por imaginar que esconden algún pecado desconocido, y por ello Dios no les sana.

No son pocos los que después del fracaso engendran un resentimiento grande contra Dios; acogiendo en sus corazones cierta hostilidad, al considerar dudosas las promesas bíblicas, generando así desconfianza en la Palabra divina. El siguiente autor, en su ofuscación teológica, se pregunta: «*¿Por qué los cristianos cuando se enferman no se ponen a gritar también delante de Dios y se levantan sanos dando igloria a Dios! y reprenden un diablo mentiroso y traidor?*»... Y concluye afirmando, que se si esto no es así, «*quiere decir que falta fe*» (Yiye Ávila, Sanidad Divina. Ed. Carisma, 1995, 11). Esta solución rápida y fácil de la que hablamos, es un gancho perfecto para muchas sectas y movimientos seudocristianos. El autor carismático Yonggi Cho, hace constar lo siguiente: «*Los sokkakakai (una secta japonesa no cristiana) tienen millones de seguidores. Es que ellos han sabido aplicar la ley de la cuarta dimensión, y han realizado milagros. Pero los cristianos solo han hablado de teología y fe... Dios es un Dios de milagros. Por lo tanto, sus hijos nacen con el deseo de ver milagros, de realizar milagros. Si no ven milagros, no creen que su Dios sea tan poderoso... Leyendo la Biblia usted puede ampliar y profundizar sus sueños y visiones. Luego sostenga firme esos sueños y visiones, y ore, y espere con fe que el Espíritu Santo los haga realidad*» (David Yonggi Cho, La cuarta Dimensión. Ed. Vida, 1994, 53). Aquí podemos apreciar que el autor recurre a una secta para confirmar la existencia de los milagros. Aunque, después, para disimular, utiliza la Biblia como elemento mágico, y al Espíritu Santo como el maravilloso «talismán» dispuesto a ejecutar todos nuestros deseos o ensueños. Si logramos leer entre líneas, observaremos que el principio por el que se rigen estos movimientos, no es por fe en la Palabra de Dios, sino por la necesidad de resolver un problema personal (físico o psíquico).

Como bien podemos notar, muchas veces la actitud egoísta atenta contra la normativa bíblica: «*El que quiera salvar su vida la perderá*» (Lc. 9:24). Contemplando el paisaje mundial, observamos que cada día son más numerosos los movimientos carismáticos extremos que incluyen elementos de los círculos paganos. Y entre otras corrientes, es el «misticismo oriental» el que parece estar de moda... En cualquier caso, podemos declarar que las visiones, el éxtasis, las fantasías, el pensamiento positivo o la visualización, son solo meras técnicas de psicología barata. Admitamos que por mucho que utilicemos nuestra imaginación, poseamos una mentalidad positiva, o una ingenua súper fe (fe en nuestra fe), no es motivo para que se produzca el milagro, puesto que en el ser humano no hay ningún poder sobrenatural. Y tampoco pretendamos utilizar al Espíritu Santo a nuestro antojo, puesto que Él es Dios y no el mago Merlín. Estos reglamentos de ensoñación ya los contemplaba el predicador en la antigüedad: «*Donde abundan los sueños, también abundan las vanidades*» (Ec. 5:7).

Es cierto que no debemos negar las sanidades instantáneas (muchas de ellas inexplicables) que hoy se están produciendo en algunas reuniones carismáticas. Y aunque es verdad que no podemos cuestionar la sanidad evidente y sobrenatural, no obstante, sí que deberíamos de investigar concienzudamente los acontecimientos que envuelven a tales milagros: las instrucciones bíblicas mencionadas, los procedimientos por los que se ha efectuado la sanidad, el trasfondo espiritual de la mediación (Satanás hace maravillas), y luego las consecuencias que ello pueda acarrear. No parece una postura sabia atribuir todo a Dios, sin primero discernir los espíritus, según 1 Juan 4:1.

La providencia divina

En esta línea, y aun creyendo con firmeza que Dios opera sobrenaturalmente, es necesario definir bien los milagros y el proceder de nuestro Señor a través de ellos. Para comprender bien la doctrina de los milagros o sanidades, en ningún caso hay que confundir el «milagro» (acto sobrenatural) con la «providencia divina». En esto, la Escritura nos enseña que nuestro buen Padre ve de antemano, y según su voluntad provee para cubrir nuestras necesidades, o en su defecto promete guiarnos en la necesidad. Así, la providencia divina incluye la dirección y el control que Dios ejerce a través de los acontecimientos normales de la propia vida, de manera que sus propósitos se cumplan en el ser humano. Ahora, si ocurre el milagro, éste se sucede por medio de la providencia, pues la actuación milagrosa hoy por hoy no constituye una señal mesiánica, ni confiere autoridad apostólica a nadie; se rige solo por la voluntad de Dios para la persona en particular. Entonces, si el Señor quiere, se producirá el milagro, pero siempre bajo su providencia; y a lo mejor utilizando los recursos naturales que Él mismo ha creado, que puede ser en la mayoría de las ocasiones.

En lo que se refiere a la vida espiritual, por lo general el extremo carismático parece fundamentar su doctrina y práctica cristiana en los milagros y las sanidades, sin tener en cuenta la providencia divina. Así lo manifestaba el mago de las finanzas Benny Hinn: «*Cuando los milagros comienzan a pasar en su vida, usted empezará a afectar e influir en las personas para Dios*». Y sigue diciendo, en esta arrogante declaración: «*La unción va a ponerse tan grande que nosotros veremos señales y maravillas como los encontrados en Hechos. Ésa es mi oración hoy, que cada uno se sanará*» (Benny Hinn, *Rise & Be Healed. Celebration Publishers, 1991, 45,46*). Pongamos especial atención, pues, en aquellos líderes que promocionan sus promesas milagrosas, porque no son pocos los que basarán su cristianismo en promesas ilusorias, prosperidad, milagros y sanidades, sin importarle la sana doctrina; haciendo creer que estas señales pertenecen a Cristo, cuando el mismo Señor les dirá: «*Nunca os conocí (nunca fueron salvos); apartaos de mí, hacedores de maldad*» (Mt. 7: 23).

Esta orientación doctrinal, se ajusta al perfil de generación que predijo el Señor Jesús: «*La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada...*» (Mt. 12:39). Como ya hemos considerado, nuestra fe se halla fundada en la doctrina apostólica, no en los hechos, los milagros, o las visiones proféticas. Y no debemos pensar que hoy estas señales deban acompañar a la predicación del Evangelio, porque a Jesús le vieron hacer muchos milagros, pero la gran mayoría no creyó en Él (lo crucificaron). Por ello, visto en términos generales, el Evangelio no

necesita ser reforzado por sanidades o milagros, que correspondieron al periodo mesiánico; máxime cuando la Palabra de Dios está hoy tan extendida. Recibamos el principio bíblico, pues el incrédulo no se convierte por ver los milagros, sino por la fe; este es el requisito, como ya venimos reiterando: «*Bienaventurados los que no vieron, y creyeron*» (Jn. 20:29).

LAS SEÑALES APOSTÓLICAS

A continuación, destacaremos algunos versículos escogidos, si bien no incluiremos comentario alguno, ya que por sí mismos arrojan la suficiente luz como para aceptar que estos dones fueron las SEÑALES mesiánicas que confirmaron la autoridad apostólica en los tiempos del nacimiento y expansión de la Iglesia de Jesucristo, el Mesías; y por lo tanto, la acreditación necesaria de los apóstoles (apóstol significa enviado) para inaugurar y presentar una nueva época de gracia en la historia de la Humanidad.

«*Y estableció a doce (APÓSTOLES), para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar demonios*» (Mr. 3:14,15). «*Y muchas maravillas y señales eran hechas por los APÓSTOLES*» (Hch. 2:43). «*Y teniendo asidos a Pedro y Juan (APÓSTOLES) el cojo que había sido sanado...*» (Hch. 3:11). «*Y por la mano de los APÓSTOLES se hacían muchas señales y prodigios*» (Hch. 5:12). «*Pedro (APÓSTOL) se puso de rodillas y oró; y volviéndose al cuerpo, dijo: Tabita, levántate. Y ella abrió los ojos, y al ver a Pedro, se incorporó (resucitó)*» (Hch. 9:40). «*Dijo a gran voz (APÓSTOL): Levántate derecho sobre tus pies. Y él se levantó y anduvo*» (Hch. 14:9,10). «*El cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos (APÓSTOLES) señales y prodigios*» (Hch. 14:3). «*Contaban cuán grandes señales y maravillas había hecho Dios por medio de ellos (APÓSTOLES) entre los gentiles*» (Hch. 15:12). «*Se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo (APÓSTOL) y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían*» (Hch. 19:12). «*Y aconteció que el padre de Publio estaba en casa, enfermo de fiebre y de disentería; y entró Pablo (APÓSTOL) a verle, y después de haber orado, le impuso las manos y le sanó*» (Hch. 28:8,9). «*Y le dijo Pedro (APÓSTOL): Eneas, Jesucristo te sana*» (Hch. 9:34). «*Con todo, las SEÑALES DE APÓSTOL han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros*» (2 Co. 12:12). «*Testificando Dios juntamente con ellos (APÓSTOLES), con señales y prodigios y diversos milagros y repartimiento del Espíritu Santo según su voluntad*» (He. 2:4).

Como se puede apreciar en los textos mencionados, el horizonte bíblico es más que concluyente. No hay ninguna mención en el Nuevo Testamento, acerca de otros cristianos, aparte de los apóstoles de Jesucristo, que realizaran curaciones, milagros, y demás prodigios.

En lo concerniente al autor, Lucas, quien recopiló y asimismo redactó el libro de Hechos, se sabe que fue un historiador riguroso, y sobre todo imparcial. Y es de esperar que si estas señales se produjeron entre los demás cristianos, sin duda alguna él lo hubiera escrito en su documento al noble Teófilo (destinatario de sus escritos). Por otra parte, Lucas fue médico, y el apóstol Pablo le presenta a sus colaboradores como médico, por lo que entendemos que siguió ejerciendo su profesión, y aplicando de tal manera sus conocimientos médicos. Además, existe un detalle que debemos tener presente: Si las sanidades o prodigios eran realizados a través de la práctica habitual entre los cristianos (sin ser apóstoles) del primer siglo, parece incoherente que Pablo hubiera apelado a los milagros que él efectuó para demostrar su apostolado, como se observa en 2 Corintios 12:11,12. Si así lo hizo, fue porque estos milagros se manifestaban solo entre los que adquirieron la autoridad apostólica, incluyendo a algún colaborador directo del apóstol Pablo, como fue el caso de Bernabé, al cual también se le llama apóstol (Hch. 14:4). En definitiva, no hay referencia alguna en las cartas del Nuevo Testamento, por parte de los creyentes del primer siglo (con la excepción de los apóstoles) que efectuaran prácticas sanadoras. Igualmente vemos que no existe prescripción bíblica alguna para que los líderes de las iglesias realicen milagros o curaciones. Tampoco este requisito se presenta para el nombramiento de ancianos o pastores.

Recordemos: «*Las SEÑALES DE APÓSTOL han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros*» (2 Co. 12:12).

TEXTOS BÍBLICOS SOBRE LAS SANIDADES

Parece oportuno mencionar que el extremo carismático utiliza ciertos textos bíblicos aislados, que normalmente se manipulan para confirmar la enseñanza de las sanidades. Sin embargo, estas porciones bíblicas, como se demuestra desde una correcta hermenéutica, son seleccionadas arbitrariamente, y extraídas de su contexto para utilizarlas en apoyo de esta doctrina. Veamos algún ejemplo:

«*Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades»* (Is. 53:4). Aquí bien podríamos mencionar que Cristo no llevó algunas, sino todas nuestras enfermedades. Podemos pensar que si en la salvación recibida a través de la conversión, se puede aplicar esta promesa en su totalidad, el creyente no debería de padecer ninguna enfermedad. Y bien sabemos que muchos cristianos, a lo largo de la Historia, han sufrido de diversas y graves enfermedades. Y aceptamos que algunos de estos hermanos fueron pilares de grandes avivamientos cristianos, y no eran personas menos piadosas que aquellas que no padecieron enfermedades. Por lo tanto, esta gran contradicción unida a la ausencia de mención en el Nuevo Testamento, nos lleva a considerar que el texto está hablando en principio de una realidad espiritual, pero que a la verdad tendrá su perfecto cumplimiento en la eternidad, cuando nuestros cuerpos resuciten y sean glorificados

«*Por sus llagas fuimos nosotros curados»* (Is. 53:5). Al igual que el anterior, este es un texto muy utilizado para hacer apología de las milagrosas curaciones. Y aunque el único versículo paralelo se menciona en 1 P. 2:24, ni los apóstoles, ni los primeros cristianos, lo emplearon para promocionar las curaciones físicas. Así, la interpretación carismática que se suele hacer, no se fundamenta en los escritos apostólicos, y por consiguiente no posee ninguna credibilidad doctrinal.

La Escritura enseña que la sanidad es, principalmente, espiritual; y la física está garantizada en un futuro –no muy lejano–, en el estado de glorificación perpetua, en la eternidad. En muchos casos no podemos cuestionar que Dios continúe hoy haciendo milagros y sanando enfermos; pero antes bien, esto no es doctrina, sino el milagro obrado desde la providencia divina para su pueblo, según el propósito que el Padre ha diseñado para cada uno de sus hijos.

«*Y por cuya herida fuisteis sanados»* (1 P. 2:24). Vemos aquí la declaración del apóstol Pedro, que muchos usan para defender las sanidades físicas en forma milagrosa. Interpretando el texto exento de prejuicios, se podrá observar que no dice: fuisteis sanados de enfermedades. De igual manera, si aplicamos la norma del contexto inmediato, el autor no menciona las sanidades corporales. Por lo cual, el versículo leído (según texto anterior y posterior) no ofrece el apoyo suficiente para defender esta doctrina. El autor apunta hacia el Antiguo Testamento (Is. 53:5), entre otros motivos, porque el Nuevo todavía no había sido escrito, y para expresar esencialmente la sanidad espiritual. Y aunque no descarta la sanidad física, ésta comprende una proyección de marcado carácter futuro, como veremos más adelante. Así, y no de otra manera, pareció interpretarlo el apóstol Pedro, atendiendo a todo el contexto de su carta.

«*Mas a Jehová vuestro Dios serviréis, y él bendecirá tu pan y tus aguas; y yo quitaré toda (no algunas) enfermedad de en medio de ti* (pueblo de Israel). *No habrá mujer que aborte, ni estéril en tu tierra* (pueblo de Israel); y yo completaré el número de tus días (propósito histórico)» (Ex. 23:25,26). Como ya hemos aclarado, Dios mantuvo promesas específicas en el Antiguo Testamento que fueron exclusivas para la nación de Israel; y con un propósito muy determinado: llevar a cabo su proyecto salvífico, utilizando la historia de un pueblo con el fin de que naciera el Mesías, Jesucristo, el Salvador del mundo. Solo así se pudo efectuar la acción más importante en la Historia: morir en la Cruz por el pecado del ser humano. Para ello, se hizo necesario preservar al pueblo de enfermedades, evitando de esta forma que se extinguiera y así los planes divinos se vieran afectados en su cumplimiento profético. Aunque, como medida de prudencia, les determina unas condiciones para el servicio, pues quiere que su pueblo colabore en este proyecto. A partir del concepto expuesto, entendemos que cuando los planes de Dios se cumplieron en Cristo y en relación con su pueblo, ciertas promesas, así como también algunos aspectos de la Ley, quedaron invalidados.

En nuestra referencia anterior, destacamos que el Antiguo Testamento corresponde al cuadro preparatorio –al escenario–, y por lo general de ello no se puede sacar aplicaciones doctrinales para la Iglesia de nuestros tiempos.

«*De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre»* (Jn. 14:12). Nos preguntamos si alguien ha realizado milagros mayores que los que hizo Jesús... Si observamos el acontecer de la era cristiana post-apostólica, advertiremos que no existe constancia alguna de que alguien haya resucitado muertos, multiplicado panes y peces, convertido el agua en vino, mostrado autoridad sobre las fuerzas de la naturaleza, entre otros evidentes hechos portentosos... Entonces, bien podemos preguntarnos: si este versículo no es aplicable a los milagros o sanidades que Jesucristo hizo, ¿a qué equivale, entonces, la idea de «mayores obras»? Pues tiene que ver esencialmente con la salvación, esto es, con las obras de evangelización y su efecto positivo en la historia de la Humanidad. Sin ir más lejos, podemos acudir aparte de la Biblia, también a la Historia, y contemplar las grandes obras de la antigüedad. Después de la partida de Jesucristo, observamos la gran labor evangelística, instructiva y pastoral, que hicieron los apóstoles –al margen de los milagros–, sin precedentes en el transcurrir de la historia cristiana. De la misma manera ocurre con la generación de miles de convertidos por la Iglesia Primitiva: una verdadera obra milagrosa. Sin perder de vista que el avivamiento de la Iglesia, a partir del s. XVI, se desarrolló por medio de eficaces obras de evangelización, llevadas a cabo por fieles creyentes en Cristo. Y no podemos olvidar, tampoco, las grandes obras efectuadas por hombres y mujeres comprometidos con el Evangelio, en ciertos períodos y lugares del mundo, las cuales repercutieron favorablemente en beneficio de la Humanidad. Valga mencionar, como botón de muestra, la fundación de la Cruz Roja en 1864 por el suizo Jean Henri Dunant, motivado por sus convicciones evangélicas más profundas. O la abolición del comercio de esclavos, impulsado por la fe y compromiso cristiano de Willian Wibelforce. Como parece evidente, nadie puede poner en duda los orígenes y la importancia de tan extraordinarias obras cristianas.

«*Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir... sanad a los enfermos (les mandó)... y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios»* (Lc. 10:1,9). Puede leerse todo el pasaje de Lucas. 10:1-12, para una mejor asimilación de su enseñanza general. En el v.1 se recoge la verdad de que Jesús escogió solo a 70. Y si lo hizo, fue porque había más (una multitud le seguía) y solamente les dio autoridad a ellos (los 70). ¿Esta decisión trascendía a todos los demás discípulos? Por el contexto vemos que no. ¿Y a nosotros, los cristianos? El texto no lo dice. Como norma exegética, no se puede decir lo que el texto no dice. A saber, el mandamiento o ministerio dado por Jesús a los 70 discípulos, fue a 70, no a 200. Si el Señor quiso darles la autoridad solo a estos 70, no podemos cuestionar, en modo alguno, la acción de Jesús en aquel momento. En ninguna ocasión observamos que Jesús dijese que podríamos transferir esta autoridad, ni a los demás discípulos, ni a los cristianos de nuestra época, como tampoco lo menciona Lucas. Además, si los escritores del Nuevo Testamento no se apropiaron de este pasaje para enseñar la doctrina de las sanidades, no caigamos en la imprudencia de hacerlo nosotros.

¿Cuál fue el propósito de este particular ministerio? La segunda parte del v. 1 lo aclara: «*Les envía (a ellos) delante de él (Jesús) a toda ciudad y lugar adonde él (Jesús) había de ir»*. Y aquí debemos establecer un punto final. Parece comprensible que en aquel momento histórico se hiciera imprescindible un ministerio especial para preparar los lugares donde posteriormente Jesús tendría su ministerio. Los 70 funcionaban como precursores del Mesías, anunciando la venida del Reino, y preparando así el terreno donde el Mesías iría posteriormente. El ministerio era similar al de Juan el Bautista (preparar el camino); aunque, a la verdad, la persona de Juan el Bautista hoy no despierta ningún interés, debido a que no echó demonios, ni hizo sanidades...

Los 70 anunciaron al pueblo de Israel un mensaje de preparación, anteponiéndose al mensaje que Jesús venía a predicarles, hablándoles acerca del Reino prometido. Y, como los judíos de aquel tiempo eran un tanto escépticos, ¿por qué iban a hacer caso a un simple anuncio? Por ello, se hacía casi obligatorio demostrar con evidencias mesiánicas

lo que estaban proclamando; y ¿cómo? Pues efectuando curaciones físicas, ya que éstas eran las señales mesiánicas que los judíos estaban esperando, y por eso Jesús les mandó: «*Sanad a los enfermos*» (v.9), pero nada más.

Es cierto que para el pueblo de Israel las sanidades acompañarían al Mesías; pero en ninguna parte de la Biblia se afirma que deban acompañar a la Iglesia de nuestros tiempos. Ellos (los 70), en aquel momento, necesitaban unas credenciales, como representantes del Mesías judío, para que su testimonio verbal se viera rubricado por unos hechos (curaciones) que los identificara –según el contexto histórico– con el Mesías profetizado al pueblo de Israel. Pensemos que Jesús les otorgó autoridad a los doce, antes de hacerlo con los 70.

«*Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará...*» (Stg. 5:15). Aquí encontramos otro versículo más, que tratado de forma aislada, puede parecer que en sí mismo apoye la doctrina de las sanidades. Estamos de acuerdo en que el Señor sana, pero como bien señala el texto lo hace a través de la oración, y no por medio de ningún don específico. En efecto, Dios puede curar enfermedades, y pensamos que hoy día lo sigue haciendo, pero no bajo el brillo de los espectáculos, en fechas señaladas, o en función de individuos que reciben la gloria; por lo menos el versículo no lo refleja de esta manera. Más bien, la curación (siempre que sea voluntad de Dios para la persona) se realiza como resultado del humilde ruego de la iglesia ante su Señor, y no se halla en la Biblia todo el montaje que se suele ofrecer en los círculos carismáticos extremos.

También hay que saber que la carta de Santiago se escribió en un contexto judío (tengamos presente lo dicho anteriormente –las promesas al pueblo de Israel–), por lo que el método de «*ungir con aceite*» (Stg. 5:14) suponía una práctica habitual en el Antiguo Testamento, y por tal motivo no se menciona en los demás escritos del Nuevo Testamento. La pregunta es: ¿Dónde se hallan los otros procedimientos extrabíblicos?

«*Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán*» (Mr. 15: 17,18). Seguramente muchos habrán pensado en este pasaje para desacreditar lo hasta aquí indicado. Y es cierto, este versículo es el punto de encuentro donde confluyen la mayoría de carismáticos para fundamentar estas doctrinas: el don de lenguas, echar demonios, sanar enfermedades, y demás enseñanzas... El texto bíblico mencionado se encuentra situado en el pasaje de San Marcos 16:9-20, y para muchos eruditos este pasaje es considerado como una añadidura en los manuscritos bíblicos más tardíos, y por lo tanto ofrece ciertas dudas en cuanto a su inspiración. Ahora bien, en el caso de que la Crítica Textual no tuviera la razón (cosa que es bastante probable), y aceptásemos por tanto el pasaje como Palabra inspirada, pienso que tampoco hallamos ningún problema al respecto. El evangelio de Marcos es un documento de fecha muy temprana, y este mismo texto, con sus promesas mencionadas, ya se cumplió al pie de la letra entre los apóstoles (que son los que hicieron las señales), como lo indica no solo el final de Marcos, sino también los abundantes versículos que señalamos anteriormente acerca de las señales apostólicas, relatada en Hechos, principalmente.

EJEMPLOS QUE INVALIDAN ESTA DOCTRINA

La enfermedad para gloria de Dios

Partimos de una premisa bíblica importante: la enfermedad no es algo malo en sí mismo, ni producto de los demonios, como algunos defienden. Muy al contrario, el Señor puede utilizar todos los desajustes de la vida para su propia gloria, encauzando las aflicciones como elemento de gran bendición para sus siervos. El agujón de Pablo parecía una muestra palpable de ello. Él mismo acudió varias veces a Dios para librarse de su problema personal. Lejos de recibir sanidad, la divina respuesta fue más que contundente: «*Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad*» (2 Co. 12:9). El caso más significativo lo encontramos en la grave desventura que tuvo que experimentar el incomprendido Job. Aun con toda su tribulación, observamos en el relato que la prueba repercutió finalmente en gran beneficio espiritual para su vida (y también

material). La enfermedad, así como las circunstancias catastróficas que padeció, no fueron producto de ningún pecado, o de varios demonios que instigaban las carnes del pobre Job. Lo que verdaderamente experimentó este gran héroe de la fe, fue una intensa prueba, y Dios utilizó a Satanás para así probarle; con lo cual, la enfermedad y su tragedia fueron originadas con el permiso divino. Y el resultado de pasar por aquella profunda lección, resultó en la glorificación del Creador, y en la perspectiva correcta que el mismo Job adquirió de su propia persona delante de Él. Añadiendo que la posterior bendición física, material y espiritual, fue mejor que el anterior.

Así es, aquellos cristianos que pasan por pruebas importantes (incluida la enfermedad), alcanzan la posibilidad de adquirir una perspectiva más adecuada de Dios y de ellos mismos. Una vez superada la prueba, el creyente se apercibe de la grandeza del Señor y de su propia pequeñez, al tiempo que resalta el contraste entre la perfecta santidad divina y la gran imperfección del cristiano, por muy virtuoso que éste sea.

Por otro lado, el apóstol Pablo, dirigiéndose a los gálatas, les recuerda lo siguiente: «*Pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio*» (Gá. 4:13). Aquí, la contradicción resulta del todo manifiesta. Si entendemos que las enfermedades las causan los demonios, no tendríamos más remedio que aceptar a los demonios como colaboradores en la extensión del Evangelio... Así pues, observamos que el mismo apóstol Pablo sufrió enfermedades y no pocas penalidades, pero no utilizó sus dones para librarse; más bien pareció asumir toda situación de conflicto con plena serenidad. De tal manera, la enfermedad de Pablo, según texto leído, no poseyó ninguna connotación negativa; todo lo contrario, fue un medio utilizado por Dios para la bendición de su propia persona, así como de su ministerio cristiano.

El caso de Timoteo (colaborador de Pablo), quien tuvo que padecer varias enfermedades, resulta aleccionador. En esta ocasión, el apóstol se limita a ofrecerle un remedio de tipo casero: «*Bebe un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades*» (1 Ti. 5:23). Y Pablo no le recomienda que realice una reunión de milagros o exorcismos para su posible curación, ni apela a ningún versículo de la Escritura para enseñarle dicha doctrina. Leamos con sentido, porque si Timoteo padecía de varias enfermedades, podemos bien preguntarnos, ¿cuántos demonios tenía Timoteo...?

Epafrodito (fiel hombre de Dios) también estuvo gravemente enfermo, y al parecer fue el Señor quien le sanó directamente: «*Pues en verdad estuvo enfermo, a punto de morir; pero Dios tuvo misericordia de él...*» (Fil. 2:27). Notemos cómo aquí tampoco se utilizaron personas «ungidas» con dones para la sanidad de Epafrodito.

Padecimiento complicado fue el del fiel hermano Trófimo, colaborador en los viajes de Pablo, que tuvo que permanecer en la ciudad de Mileto a causa de una enfermedad, y no pudo seguir acompañando a Pablo: «*A Trófimo dejé en Mileto enfermo*» (2 Ti. 4:20).

Con la lectura de estos versículos, ya comenzamos a observar que en la Iglesia creciente no todos los enfermos eran sanados. Al parecer, las señales mesiánicas ya no eran tan necesarias para la propagación del Evangelio, y éstas van siendo remplazadas por la «predicación apostólica». Al igual que estos ejemplos, reconocidos siervos de Dios (Martín Lutero, Carlos Spurgeon, Richard Baxter, Juan Bunyan, y otros muchos), a lo largo de la historia de la Iglesia, han sufrido dolencias físicas y desajustes psicológicos; y nunca los han atribuido a los demonios personalizados, y en tales casos tampoco a pecados particulares. En sentido inverso, las enfermedades han constituido una prueba «en la debilidad», y han proporcionado principios de maduración espiritual en el creyente fiel; contribuyendo en gran medida a la propia glorificación de Dios. No son pocos los que han sobrellevado la enfermedad con toda paciencia y dignidad, y no han recurrido a ningún evangelista sanador para ser curados. ¿Por qué, entonces, reprender a la enfermedad y a los demonios que la producen? ¿No es mejor poner en manos del buen Padre celestial todas las enfermedades, y demás infortunios, para que pueda guiar nuestros pasos según sus sabios e infinitos designios? Una vez más recordemos el texto bíblico: «*Porque mi poder se perfecciona en la debilidad*» (2 Co. 12:9).

La restauración final

Parece correcto, además de bíblico, admitir que la curación de las enfermedades, sean físicas o mentales, está plenamente garantizada para un futuro, esto es, cuando Jesucristo regrese para poner fin al presente estado de cosas. Es, en esa nueva era, y no ahora, que nuestra salvación será completada de una forma integral; ya no habrá muerte, ni dolor, ni enfermedad de ningún tipo. En el retorno de Jesucristo, nuestros cuerpos experimentarán una especial transformación, conforme a la imagen de su cuerpo: «*El cual (Jesús) transformará (futuro) el cuerpo de la humillación nuestra* (incluido enfermedades), para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (Fil. 3:21). «*El que levantó (Dios) de los muertos a Cristo Jesús vivificará (futuro) también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros*» (Ro. 8:11). «*Esperando (futuro) la adopción, la redención de nuestro cuerpo*» (Ro. 8:23). «*Y ya no habrá (futuro) muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron*» (Ap. 21:4). Una vez leído los versículos, no hay lugar para la confusión acerca de nuestra futura restauración física. Aunque, no obstante, como venimos recalando, tampoco se pone en duda las sanidades que el buen Padre pueda hacer hoy (Él es omnipotente) bajo su providencia divina. Ahora, lo que bíblicamente comprendemos, es que Dios obra de forma directa y solo en casos cuando la curación forme parte de sus propósitos concretos para la persona que la recibe. Es cuestionable la intermediación humana, puesto que, como hemos visto en la Escritura, tales prácticas sanadoras no se demuestran entre los cristianos (con la excepción de los apóstoles).

Por lo demás, debemos aceptar, ante todo, a una iglesia que actúa por fe y no por vista; que humildemente busca a Dios en oración, con ruegos, con lágrimas, y sobre todo, con la confianza absoluta en sus fieles promesas (sin desesperación).

A juzgar por los acontecimientos que nos rodean, estamos seguros de que si algo hoy necesita ser sanado, y de manera urgente, son los extremos de las prácticas carismáticas, que no hacen otra cosa que enfermar espiritualmente al pueblo de Dios, y corromper la verdadera doctrina revelada una vez y para siempre en su Palabra eterna.

La contradicción carismática

Resulta significativo descubrir, que cuando Jesús sanaba una enfermedad, les mandaba a sus discípulos «que nadie lo supiese» (Mr. 5:42). En cambio, según la doctrina carismática, cuanta más gente lo sepa mejor, pues las curaciones milagrosas deben acompañar a la predicación del Evangelio –según declaran–, para que de esta forma la gente obtenga más fe y así pueda aceptar el mensaje... Pero, esta afirmación parece muy alejada del espíritu bíblico, que se manifiesta de forma contraria: la salvación es por fe, y no por vista. Cabe preguntarse, ¿por qué el apóstol Pablo menciona el don en la carta a los Corintios? (1 Co. 12:31). Quizá los corintios entendían, en su afán de protagonismo, que el don de sanidades (todavía vigente entre los apóstoles) era uno de los más espectaculares, y por lo tanto, de mejor consideración entre los creyentes... En contra de este pensamiento, dicho don correspondía más bien al nacimiento y configuración de la Iglesia. Y así es como a partir de Pentecostés, se exhibía solo entre los apóstoles, como evidencia mesiánica de la venida del Reino. De hecho, los prodigios, las sanidades o los milagros, se relacionaban siempre con las señales mesiánicas; por lo que en una iglesia madura ya no son necesarias para la exposición del Evangelio, como parece indicar la ausencia de estos dones en las otras listas: véase Romanos 12 y Efesios 4.

¿Cómo explicar, que al igual que el don de lenguas, 1 Corintios sea la única carta donde se menciona este don? Cabría pensar que si estos carismas se hallan en la lista de 1 Corintios 12, entonces todos los cristianos podríamos tener acceso a ellos. En el sentido opuesto, observamos en el Nuevo Testamento que el don de sanidades no se conoce a modo de práctica efectuada en las iglesias, por parte de ningún pastor o hermano con dicho carisma. Es comprensible pensar que la iglesia en Corinto, como niños en Cristo –según Pablo–, necesitaba ver y palpar, pues al parecer todavía no habían desarrollado su discernimiento eclesial lo suficiente.

Definitivamente, hoy día la Iglesia no precisa de manifestaciones visibles ni espectaculares; así como tampoco los escépticos al mensaje bíblico necesitan ver el «milagro» para creer en el Evangelio. Tanto la salvación del incrédulo, como la santificación del creyente, deben ser aplicados por la fe; pues el llamamiento bíblico se revela así: «*Mas el justo por la fe vivirá*» (Ro. 1:17).

Finalmente debemos preguntarnos: ¿Por qué verdaderos hombres de Dios, que han sido columnas y baluartes en la historia de la Iglesia, y de gran beneficio para el pueblo de Dios, no hablaron en lenguas, ni hicieron sanidades, y demás prácticas adicionales? ¿Acaso debemos dudar de su espiritualidad? ¿Eran creyentes de segunda clase? ¿Tal vez es que no tenían suficiente fe? ¿Por qué no se producen estos dones y manifestaciones en cristianos que son sinceros y que pertenecen hoy a denominaciones no carismáticas? ¿El Señor reparte los dones por sectores evangélicos? De cualquier forma que lo veamos, estos fenómenos de los que hablamos ya se producían en tiempos de Jesús; se realizaban en su nombre, y no eran el resultado de ningún don espiritual, sino que más bien constituían una estafa, y el Señor les calificó de «hacedores de maldad», como se relata en Mateo 7:21-23.

No parece nada sorprendente el hecho de que a mitad del s. XX comience a extenderse el movimiento carismático por todo el mundo. A este respecto, es preciso entender que el siglo XX inaugura una época donde la explosión de conocimientos es masiva; no solo tecnológicos, sino de la propia psicología humana... A partir de este siglo es cuando las sectas han proliferado con gran fuerza, y se han esparcido movimientos filosóficos y religiosos que antes no existían. Y no es de extrañar, como ya ocurrió en la iglesia de Corinto, que en muchos sectores evangélicos se hayan infiltrado ciertos elementos pertenecientes a estos ámbitos, y como resultado estén corrompiendo la sana doctrina con sus falsas enseñanzas y prácticas extrabíblicas.

EXPLICACIÓN DE ALGUNAS SANIDADES

Consideramos que si las milagrosas curaciones que se realizan en los ambientes evangélicos extremos, producidas en reuniones o congresos especiales, son realmente de origen divino, entonces deberemos investigar bien si los procedimientos que se siguen son acordes con las enseñanzas generales de la Palabra de Dios. De no ser así, quizás estos supuestos milagros resulten ser solamente el producto de la sugestión mental; o quizás la consecuencia de un fraude; o, en los casos más graves, milagros de origen demoníaco.

El origen divino

Podemos contemplar en los textos de la Escritura, y en períodos históricos concretos, diversas sanidades realizadas directamente por intervención divina. Pero, lo que efectivamente no encontramos, es el montaje extremista que se produce en ciertos sectores carismáticos. Visto el panorama, para muchos el milagro de la sanidad no se plantea como una cuestión de fe, sino más bien de «suerte». Y no pocas personas acuden a estos actos con gran inquietud, esperando que la «fortuna» les acompañe. Y si se habla de Dios, es más bien como si fuera una especie de amuleto que trae suerte. Es como si aguardasen que el truco de magia que va a realizar el «milagrero» funcione con ellos... Y es más, se olvidan del pasaje bíblico: «*Jehová es mi pastor; nada me faltará... Aunque ande en valle de sombra o de muerte, no temeré mal alguno...*» (Sal. 23).

Nos preguntamos, ¿por qué Dios debería de sanar en una campaña de milagros, a una hora específica, en un lugar establecido, y bajo las formas arbitrarias de un individuo en particular? ¿No es esto arrogancia y presunción? Si Dios es nuestro Pastor, no nos preocupemos tanto, pues Él mismo irá en busca de sus ovejas para sanarlas y confortarlas espiritualmente; y si así lo decide, también incluirá la curación física... Esta, y no otra, es la verdadera experiencia de fe que todo cristiano debe aceptar en su devenir cotidiano.

Una vez más volvemos a repetir que Dios puede sanar enfermedades, y de hecho lo hace (según su propósito), y sin necesidad de espectáculos o por medio de individuos determinados, que por cierto se llevan la gloria, aunque ellos digan que no o digan *igloria a Dios!* Para buena muestra de ello, sirva la siguiente declaración de una familia: «*Cada noche tenemos nuestra hora familiar. Mis hijos le aman a usted y nunca la olvidarán. Nunca dejan de hablar de la señorita Kuhlman*» (Kathryn Kuhlman, Yo Creo en los Milagros. Ed. CLIE, 1987, 41). Nos resulta altamente llamativa la frase «nunca dejan de hablar de...». Pese a que muchos «sanadores» afirman lo contrario, ellos son objeto de constante gloria por parte de las multitudes que asisten a sus reuniones; y esto, indudablemente, resta gloria al Dios eterno, que es el único merecedor de ella.

Para comprender la sobrenaturalidad de las curaciones, debemos recordar el concepto de providencia, ya explicado en este capítulo; y entender que si el Señor realiza curaciones físicas hoy, no es para demostrar la venida del Mesías por medio de las señales mesiánicas, ni para conferir autoridad apostólica a nadie. Simplemente Dios sana, bien sea de forma sobrenatural, o por medio de los procesos naturales, en función de sus determinados decretos para cada individuo.

Como hemos visto, la enfermedad puede ser utilizada en muchas ocasiones y circunstancias especiales, sobre todo para probar el amor del creyente y su fidelidad a Dios; como, asimismo, también juega un papel decisivo en su maduración espiritual. Y aunque ahora no comprendamos este necesario proceso, y así tengamos que sufrir todo tipo de dolencias, no debemos en ningún caso desesperar; pues estamos seguros y confiados de la presencia de nuestro buen Pastor, ya que Él está pendiente de todas nuestras necesidades. Así lo enseñó Jesucristo en Mateo 6:8.

Curación aparente

Hemos de advertir, además, que existen numerosos casos donde el engaño resulta evidente; en los cuales se preparan personas (aparentemente enfermas) para que, en campañas o cruzadas de sanidades, reciban el esperado milagro. Y esto se realiza con la excusa de que el espectáculo no fracase, dado que la gente tal vez puede perder la fe si no ve los hechos portentosos que demuestren el poder de Dios. Igualmente, el desespero con el que algunos acuden en busca del milagro que solucione su problema personal, se percibe más bien como un acto de cierto egoísmo, que no de confianza en Dios. Y esta disposición frenética, que desea adelantarse a los propósitos eternos del Creador, lo único que favorece es la puesta en marcha de verdaderas estafas. Así pues, pretender que «*las piedras se conviertan en pan* (aquí y ahora)» (Mt. 4:3), representa una actitud que resta fe en el Todopoderoso, y en cualquier caso se desplaza hacia el «ungido sanador», creando así la esperada ocasión para que éste pueda aprovecharse, sin piedad alguna, de las necesidades del corazón afligido.

A parte de la gloria personal y del reconocimiento que estas reuniones conllevan para el «personaje» en cuestión, también es importante señalar que detrás de todos estos fraudes está el señor «dinero», que utiliza la charlatanería siempre dispuesta a engordar el bolsillo de sus representantes... a costa de empobrecer el bolsillo ajeno, claro está. Por ello existe la costumbre de pedir oración a cambio de una ofrenda, creyendo que la oración del «milagrero» goza de un poder mágico que obra el prodigo, o que Dios atenderá de forma especial al citado sanador porque resulta ser más santo, o porque al parecer goza de una conexión pontífica de parte del Altísimo. No nos engañemos, solo Jesucristo es nuestro Sumo Pontífice, esto es, el único puente entre Dios y el hombre, como cita Hechos 4:12.

Siguiendo el hilo de lo hasta aquí expuesto, recuerdo que en cierta ocasión estaba contemplando un vídeo sobre cierta campaña de milagros y sanidades, realizada por uno de los carismáticos de referencia en Norteamérica: Benny Himm, el cual ya hemos nombrado. El suceso al que quiero aludir, ocurrió cuando un niño sordo de nacimiento, por herencia del padre, pudo escuchar con toda claridad a causa de la milagrosa curación que se efectuó en dicha campaña. Esta familia, por su procedencia, atuendo y aspecto físico, parecía ser bastante pobre y con gran necesidad (la situación de precariedad

económica ofrece una buena oportunidad para comprar las supuestas curaciones de las personas). Ya me parecía un tanto sospechoso, pero al ver la escena, y observar meticulosamente todos los detalles, comprendí el mayúsculo fraude que se estaba produciendo. En este caso, si analizamos la dolencia desde el ámbito médico, comprobaremos que es poco frecuente la transmisión heredada de la mencionada enfermedad. Pero, lo más interesante resultó cuando el evangelista-sanador puso sus manos sobre los oídos del infante... Después de hacer unos aspavientos y dar por finalizado el milagro (sanidad), se situó detrás del niño y comenzó a dar palmadas en ambos oídos. El pequeño asentía con la cabeza –con cierta sonrisa– queriendo decir que oía las palmadas. Seguidamente, lo más asombroso fue contemplar el rostro del niño cuando recibió la aparente curación, en el cual no había ninguna expresión de cambio o alteración; cosa muy extraña, pues si realmente hubiera sucedido el milagro, desde el acto de no oír absolutamente nada –desde el nacimiento–, a pasar a escuchar en un instante los gritos de júbilo y de *igloria a Dios!* manifestados tras la sanidad, se hubiera ocasionado una conmoción psicológica tremenda, pues se deduce que el subconsciente del niño no reconoce las voces o los sonidos (al no haberlos escuchado nunca), y se habría producido, como es normal, una lógica y significativa reacción; con lo que, de alguna manera, la inocente criatura hubiera reflejado en su cara cierto estado de asombro, de cambio o de estupefacción. Si bien, aceptando que los niños son básicamente ingenuos, parece comprensible que el pequeño no tuviera la capacidad para realizar teatro, sino que actuó con toda naturalidad, siendo prueba de que ese milagro no fue sino un fraude en toda regla.

Resulta curioso observar que, en todas estas reuniones, las sanidades son realizadas de una manera escondida, entre bastidores, con muy poca evidencia; y si hay alguna, nunca mostrada de forma clara y transparente. Los episodios transcurren entre la verdad y la mentira, entre lo milagroso y lo psicológico, lo creíble y lo increíble; entre las enfermedades imaginarias y las aparentes sanidades. Y todo ello revestido de duda, sospecha e incertidumbre. Con razón dice el texto: «*Aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas*» (Jn. 3:20).

Es cierto, los sanadores y milagreros del movimiento de Señales y Prodigios, realizan sus portentos de una forma muchas veces casi ridícula. Leía en algún artículo: Billetes de dólares que se convierten en 20 dólares; paños milagrosos que son ofrecidos a cambio de ofrendas; animales muertos que resucitan; lavadoras estropeadas que vuelven a funcionar... entre otros dudosos prodigios, que en definitiva son absurdos y difíciles de creer.

Por otra parte, es preciso resaltar la «única esperanza» que estas jornadas milagreras representan para muchos, que acuden a ellas buscando una urgente solución a su problemática personal. Y puede ocurrir, además, que si estas promesas propagandísticas de sanidad quedan incumplidas, el propio acto no solamente sea inútil para los asistentes, sino que también genere en ellos una gran decepción contra Dios, que en muchas ocasiones resulta irreparable. Y esta contrariedad puede comportar, como es de esperar, un endurecimiento en lo que respecta al mensaje de la Palabra. Es de suponer que de no producirse el tan esperado milagro, el consiguiente sentimiento de culpa, desconsuelo y rebeldía que ello puede conllevar, alcance unas repercusiones verdaderamente trágicas... En tal caso, la primera ilusión que se ha originado en el espectador, solo desemboca en desilusión, fracaso y frustración; y lo más grave es que a ello se le puede añadir un resentimiento amargo contra el mismo Creador.

Sanidad psicológica

Visto desde una perspectiva médica y psicológica, debemos saber que la mente adquiere un poder extraordinario sobre el cuerpo. Así, el 100% de las enfermedades poseen un claro componente psicológico, y se estima que más de un 50% de las dolencias físicas son causadas por desajustes de origen psíquico. Este particular fenómeno se conoce con el nombre de «enfermedades psicosomáticas»; muchas de ellas son tratadas en el ámbito médico, y la mayoría se solucionan sin recurrir a ninguna sesión de milagros.

Se presume que cuando la enfermedad tiene su origen en la «psique» de la persona, y así se aplican unos métodos psicoterapéuticos adecuados, la enfermedad del cuerpo (que solo es una proyección del problema psicológico) desaparece, y no porque se haya obrado ningún milagro, sino sencillamente porque se ha resuelto la razón principal del problema, que estaba radicado en la psique.

También, debemos señalar que toda persona con una enfermedad de causa psíquica que deposite su confianza en algún método o curandero, y crea firmemente que va a ser sanada (sea un tele predicador o la virgen de Lourdes), obtendrá posibilidades de conseguir la curación, debido a la propia fe que ha depositado en ese método o persona. Y el maravilloso resultado que se produce, no es otra cosa que la consecuencia de aplicar lo que en términos psicológicos se denomina la autosugestión mental. El «efecto placebo» está suficientemente probado en el ámbito médico experimental. Así, cuando existe un problema interno, el cerebro segregá una serie de sustancias especiales que estimulan las endorfinas naturales de nuestro cuerpo. Estas son sustancias bioquímicas que se producen por una estimulación de los neurotransmisores cerebrales. Y tal estimulación se puede provocar por alteraciones mentales y otros métodos que consigan modificar el estado psíquico de la persona. Así, las llamadas endorfinas gozan de una extraordinaria capacidad para re establecer cualquier desequilibrio psico-físico de nuestro organismo. Este proceso natural está demostrado en el ámbito de la investigación científica, y desde luego no se atribuye a ningún milagro, en todo caso al milagro de la vida que Dios ha implantado en nuestra propia psico-biología humana.

En lo que se refiere a las sanidades, por desajustes esencialmente físicos, pudiera suceder que, en unos momentos de euforia o de éxtasis emocional, el cuerpo obtenga fuerzas extras (excesivo aumento hormonal), y entonces, debido a que la mente es sobre estimulada a tal fin, sucede que el que está paralítico puede andar momentáneamente, el que está mudo casi le escuchamos hablar, y el que está ciego por momentos parece que ve. Sin embargo, cuando ha pasado el periodo de sobreexcitación, estas personas vuelven a su estado anterior, con la confusión correspondiente...

El origen demoníaco

Abordando el tema desde un planteamiento ocultista, es bíblicamente cierto que existen fuerzas diabólicas con poderes sobrenaturales para originar toda clase de prodigiosas curaciones. Y no es sorprendente, porque el mismo Satanás «se disfraza como ángel de luz» (2 Co. 11:14). Él es falsificador de la Verdad, y debemos saber que la mayoría de los milagros que se presentan como si proviniesen de Dios (la Luz), y que se realizan en el nombre de Jesús, en realidad provienen de las tinieblas más oscuras: «*Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor... en tu nombre (en el nombre de Jesús) hicimos muchos milagros... Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*» (Mt. 7:22,23).

En cierta ocasión escuché el testimonio de una mujer sobre la curación de su marido, la cual se produjo en una campaña de milagros. Ella contaba que posteriormente a la sesión milagrosa, el esposo (que había sido sanado de unos tumores) se veía sometido a unos fuertes cambios de carácter. Esta señora decía: «*Es como si una fuerza superior se apoderara de él, como si el demonio le poseyera; se vuelve muy agresivo, hasta tal punto que queda exhausto y tiene que permanecer convaleciente en cama...*». No pensemos que este fue un suceso aislado, pues existen muchos otros casos en los que, después de haber recibido la sanidad física, las consecuencias psicológicas han sido mucho peores que la propia enfermedad. Y bien podemos preguntarnos, ¿a qué es debido? Pues a que Satanás es muy astuto, y sus servicios no son gratuitos, naturalmente; por el contrario, los hace pagar muy caros. En muchas ocasiones, lo que consigue es trasladar la enfermedad de la parte física a la parte espiritual (con lo cual sale ganando), ya que la esfera espiritual es trascendente, y contiene implicaciones eternas. En cambio, la esfera física, tal y como la poseemos ahora, no alcanza una proyección eterna, según cita 1 Corintios 6:13.

Por lo tanto, en las enfermedades y sus curaciones fáciles, examinadas desde una concepción psicológica, hasta poder llegar a una intervención satánica, está en juego la relación espiritual del hombre con Dios y sus consecuencias eternas. Satanás ofrece sus rápidas soluciones, pero con la condición de encadenar a los incautos que caen en sus garras, provocando con ello gran dependencia de ciertas prácticas y creencias antibíblicas, que asimismo roban la confianza en Dios (aumentándola en el sanador), falsifican la verdadera doctrina bíblica (fomentando la apostasía doctrinal), animan a los creyentes a buscar la experiencia (no la fe), y favorecen la glorificación del hombre (no de Dios): «*Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, para engañar...*» (Mr. 13:22).

Después de todas estas reflexiones, nos preguntamos: ¿De dónde provienen los milagros o extrañas prácticas que se producen en estos ámbitos? Aun sin ofrecer una respuesta absoluta a la pregunta, con todo, podemos llegar a una conclusión razonable: Ante la duda, abstenerse.

No debemos ignorar, pues, las maquinaciones del enemigo, y reconocer que hoy más que ayer se producen auténticas sanidades, pero que, no obstante, muchas de ellas son realizadas bajo el dominio de «las tinieblas» más profundas: «*Inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos*» (2 Ts. 2:9). No son pocos los que conozco personalmente, dentro del ámbito carismático, que han admitido una sanidad, o cierta experiencia trascendental, y a la vez he podido apreciar con claridad cómo su esfera psicológica y espiritual han resultado gravemente afectadas. Unos han quedado desequilibrados psicológicamente; otros continúan atados a doctrinas y prácticas bíblicamente impropias; algunos sufren importantes perturbaciones mentales o cambios de carácter; y también a muchos de ellos les suceden experiencias extrañas, y son objeto de fenómenos paranormales, que los mantienen viviendo en constante temor e inquietud.

Estimado lector: confiar en ciertas reuniones, sanadores o métodos extrabíblicos, es jugar con «lo oculto», y ello puede acarrear consecuencias graves e imprevisibles... Si usted padece alguna enfermedad, sea prudente y no caiga en la desesperación. Dios es su Pastor personal, y todavía prevalece su especial cuidado para con todos sus hijos. Él es fiel, y así lo promete en su Palabra. Por consiguiente, si nuestro buen Padre así lo desea, usted sanará de la enfermedad; y si no es así, deberá seguir confiando en Él. Aceite de buen grado cualquier padecimiento, recibiéndolo como una prueba que al tiempo fortalecerá su fe y amor hacia el Salvador; siempre contemplada con un propósito de eternidad. Y no olvide de expresar un sincero agradecimiento, en sus oraciones, por las buenas cosas que seguramente Dios le ha concedido en su divina providencia.

SATANÁS Y LOS DEMONIOS

Tanto la acérrima incredulidad en la existencia de Satanás, como la creencia obsesiva acerca de su persona y actividad en este mundo, han creado los dos extremos donde se balancean las opiniones, bien sea en el ámbito secular como en el cristiano. Es, fundamentalmente, en estos polos opuestos donde el diablo logra su incesante actividad. A unos para mantenerlos en la ignorancia, y a otros para aprisionarlos en el error.

UN ÉNFASIS DESMESURADO

Satanás es el gran imitador de Dios, y como dice el refrán, «sabe más por viejo que por diablo», y por ello conoce muy bien las estrategias bíblicas más eficaces para confundir a los cristianos. No olvidemos que por algo es el segundo más poderoso, después del Creador, y por lo tanto no debemos mantener una idea simplista acerca de su maléfica intervención. Si consideramos con detalle la operación de Satanás en este mundo, huelga decir que su actividad es en todos los casos controlada por Dios. Y aunque la Biblia enseña que el diablo se encuentra rugiendo como un «león», la verdad es que no posee ningún derecho sobre los verdaderos cristianos; porque, como enseña la Biblia, somos pertenencia del Señor (1 Co. 6:19,20). Así, su dominación está ciertamente restringida, y solo puede actuar bajo el radio de acción que Dios, el Soberano, le permita, dado que Satanás no tiene parte en el reino de Cristo. También es verdad que su molesta intervención en nuestra vida tendrá la intensidad en la medida que le demos lugar (voluntariamente). Si la Escritura aconseja a los cristianos: «*Ni deis lugar al diablo*» (Ef. 4:27), nos preguntamos: ¿No es posible darle lugar con todas las prácticas extrabíblicas mencionadas anteriormente? Satanás puede rugir en su jaula... pero en ningún modo debemos nosotros abrirla.

Normalmente cuando se habla mucho de una persona, aunque sea para mal, quien se lleva la gloria es la propia persona; con lo que se consigue obstaculizar buena parte de nuestro precioso tiempo, y llevar cautivo todo pensamiento hacia el objeto deseado. Pero, la Biblia dice que nuestra atención debe estar puesta en Jesús, no en Satanás; ya que esto es lo que él quiere: que desviemos nuestra mirada hacia el Salvador y hacia sus fieles enseñanzas.

Ahora bien, Satanás está muy interesado en que se busque la experiencia y se le reste importancia a la Palabra de Dios. Y una manera de conseguir este fin, con la mayor efectividad, es que la persona establezca vínculos espirituales con los demonios. Y cuanto mayor sea la obsesión, mayores serán también los puentes de pensamiento que se establecerán con los participantes, y todavía mucho más fuertes los estrechos lazos que se crearán entre ambas partes. De esta manera, pues, Satanás consigue involucrar a los interesados en los peligrosos pasatiempos que él tiene preparados.

El fragmento del siguiente relato, nos ofrece una pincelada de las ideas que se propagan en estos ambientes. Cuenta el autor: «*Mary Ann estaba gravemente demonizada por muchos demonios sexuales asociados con el abuso de que había sido víctima en su infancia por parte de su abuelo. Un grupo aún mayor de demonios sociales (ira, rabia, rebeldía, rechazo y resentimiento) eran los más importantes, con el resentimiento a la cabeza*» (Ed. Murphy, Manual de Guerra Espiritual. Ed. Caribe. 1994, 516). Leído el texto, nos fijamos en el disparate que logra pronunciar este escritor, al

calificar a la víctima de «gravemente demonizada». Según esta declaración, si debemos buscar aquí algún demonio es, sin duda alguna, en el sinvergüenza del abuelo, y no en la pobre mujer, que lo único que tenía era una lógica herida infantil derivada de su propia experiencia traumática. ¿Logramos ver cómo se producen los extremos...? Y claro que se tendría que haber liberado a la pobre mujer, pero principalmente de la satánica inmoralidad del abuelo; y ahora, por desgracia, de las secuelas psicológicas que le produjo este grave incidente. En este caso, la liberación no se realizaría por medio de exorcismos; entre los varios métodos, necesitaría de un procedimiento psicoterapéutico adecuado, y por descontado, el Evangelio como primer agente sanador. Con este ejemplo y otros, vemos que Satanás engaña y confunde con sus mentiras supuestamente bíblicas, con el sugerente argumento de la guerra espiritual. Y utilizando las artimañas del error, consigue desviar a los ingenuos de la Verdad; sobre todo a los que todavía no han ejercitado el discernimiento bíblico... Este suceso nos muestra que, si en nuestras doctrinas y prácticas nos apartamos de los parámetros establecidos por Dios en su Palabra, no nos quepa la menor duda de que le abrimos una puerta grande a Satanás.

Visto el asunto en términos generales, bien podemos pensar que el hambre que este mundo tiene de nuevas y excitantes experiencias, predispone al incrédulo a creer en cualquier cosa: en los horóscopos, en las cartas del tarot, y también en otros muchos oscuros laberintos donde se produzcan el deseo concedido. Al parecer, para muchos el fenómeno del extremo carismático solo es una variante más de esta gama de posibilidades, aunque al mismo tiempo revestida de cristianismo. Es preciso, por tanto, reflexionar sobre las extrañas manifestaciones que se producen dentro del extremo carismático... ¿De dónde proceden?

Llegados hasta aquí, no debemos obviar el tema, ni tampoco afrontarlo con superficialidad, dado que las implicaciones son demasiado serias. Buena medida sería que cada cristiano revisara minuciosamente sus creencias, y advirtiera si éstas contienen el suficiente apoyo bíblico como para creerlas y llevarlas a la práctica con toda fiabilidad.

MINISTERIO DE LIBERACIÓN

Es cierto que, al igual que en los relatos bíblicos, también hoy existen personas endemoniadas; y por supuesto que necesitan ser liberadas, aunque no por imposición del exorcista, como se tiene por costumbre, sino fundamentalmente haciendo uso del mensaje liberador de la Palabra divina.

A veces, se percibe que las manifestaciones de posesión diabólica, son muy distintas de las que se suelen observar normalmente en los extremos carismáticos. De hecho, podemos hallar individuos poseídos, o directamente influenciados por los demonios, que son extremadamente inteligentes, y asimismo están dotados de una excelente audacia y gran capacidad; y por qué no decirlo, muchos gozan de una salud impecable. A la verdad que el perfil de estas personas no coincide con las imágenes que se pueden contrastar en algunos «exorcismos», en las cuales los aparentes endemoniados caen al suelo en un estado de rigidez, manifestando diversas convulsiones... Antes bien, estos cuadros clínicos que se producen, lejos de ser expresiones demoníacas, son en muchos casos simplemente ataques de convulsión histérica, que se ocasionan debido a una especie de prehipnosis involuntaria, donde el exorcista de turno fuerza elementos del subconsciente; y como resultado de ello, la persona interior (el inconsciente) se rebela con brusquedad y manifestaciones corporales descontroladas.

Como siempre Satanás inventa enseñanzas que no se fundamentan en la Biblia, y que, en todo caso, son recubiertas con versículos aislados e interpretaciones forzadas y oscuras... Sin embargo, cuando éstas son analizadas a la luz de todo el contexto bíblico, nos damos cuenta del engaño infernal. Y no parece nada extraño tal procedimiento, pues la artimaña que Satanás utilizó con Adán y Eva en el huerto del Edén, fue tergiversar la Santa Escritura. Volvemos a la misma cuestión planteada: nuestra labor no consiste en realizar exorcismos, puesto que la Biblia no lo recomienda. Lo que sí enseña es que «*si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres*» (Jn. 8:36). Así que, la verdadera libertad

se produce por la intervención directa del Espíritu Santo en el corazón del ser humano. En el momento que la persona se convierte a Cristo, la liberación se sucede en forma instantánea; y aquí no hay intermediarios, ni métodos adicionales. Jesús es la Verdad, y cuando recibimos su gracia, Él nos libera de todo influjo maligno. Y por el conocimiento de esa misma verdad (su Palabra), también nos libera de las influencias del pecado, de nuestro yo, y del mundo que nos rodea... Así lo expresó el mismo Señor: «*Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres* (liberación)» (Jn. 8:32). Es con la aceptación del mensaje redentor de la Palabra, que comienza la intervención poderosa del Espíritu de Dios, produciéndose auténtica liberación en el corazón de todo aquel que acepta la gracia salvadora de Cristo.

Reparemos en el peligro, porque con la recepción de los procedimientos carismáticos mencionados, se está yendo en pos de los falsos cristos, y cayendo en las trampas que, con no poca astucia, el Maligno ha preparado para hacernos tropezar. Y para no incurrir en errores doctrinales, o prácticas insensatas, es necesario conocer bien la Palabra de Dios, y estar ejercitado en su manejo (la espada del Espíritu). De lo contrario, cualquiera es presa fácil para el diablo, que es lobo vestido de «oveja».

Al igual que hemos hecho constar en las sanidades, el ministerio eclesial de liberar a las personas de los demonios, no aparece en el Nuevo Testamento. Es decir, no existe ninguna instrucción bíblica para los creyentes, en la que se nos inste a llevar a cabo estas prácticas ciertamente escandalosas.

Sepamos distinguir las doctrinas, ya que si nos desviamos de la verdad bíblica, lo único que conseguimos es que Satanás se aproveche de todas las artimañas mencionadas, es decir, de los métodos que no son bíblicos en manera alguna. Métodos que, por otra parte, hacen que cada vez más personas se introduzcan en este juego peligroso. Valga una muestra de la errónea conducta plasmada por el autor carismático, con la siguiente confesión: «*Yo nunca llamo demonio a nada hasta que en realidad haya hablado con él. Utilizo varios criterios para evaluar si estoy hablando con un demonio...*» (Jhon Wimber, Sanidad poderosa. Ed. Caribe, 1987, 264). En contraste a esta declaración, la Escritura no presenta ninguna enseñanza que nos otorgue licencia para hablar con los demonios, ni tampoco para evaluar nuestra relación verbal con ellos. La única relación que promueve la Biblia es con Dios, y no con el diablo. Como veremos a continuación, la Palabra advierte que la lucha del cristiano consiste en resistir la tentación, y mantenerse firme en obediencia a las directrices bíblicas. Lo demás son complicaciones, que si en algo contribuyen, es a entorpecer nuestra buena relación con Dios, y a debilitar gravemente nuestra vida espiritual.

NUESTRA LUCHA CONTRA EL ENEMIGO

La guerra espiritual es un tema que parece hallarse muy de moda hoy día, y avalado por una especie de actitud triunfalista en muchos sectores cristianos. Pero, a la verdad, esta inquietud enfermiza por la guerra espiritual, no se corresponde con el verdadero llamamiento bíblico a la lucha. El creyente, en este sentido, está llamado a proclamar la verdad de Dios y no tanto a detectar la mentira de Satanás. Por la vía del contraste, la mentira se descubre de forma espontánea en la medida que estamos más empapados de la Verdad divina. Nuestro combate contra el Reino de las tinieblas debe hacerse siempre desde el Reino de la luz, y nunca al revés. De la misma forma, el engaño se logra descubrir cuando se conoce bien la verdad revelada en la Escritura.

Para obtener un criterio acertado sobre la guerra espiritual, es preciso preguntarse: ¿Cuáles son las instrucciones que se hallan en la Biblia para ejercer nuestra lucha contra el diablo y sus huestes de maldad? Con el objeto de responder bíblicamente a esta pregunta, destacaremos algunos textos claves, comenzando por el pasaje en Efesios 6:11-18. En esta porción de la Escritura, se expone de forma clara, concisa y gráfica, la manera como debe actuar el cristiano frente a las asechanzas del diablo: «*Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes...*» (6:11). Al parecer, el texto indica que el tipo de lucha que se requiere, no se contempla como una batalla campal o guerra

encarnizada contra el enemigo. Más bien lo que se considera es la posición de estar firmes (vs. 11 y 14), y después resistir (v.13), para que, desde esa condición, podamos apagar los dardos que el maligno lanza sobre los cristianos (v.16).

Las armas que se exponen en este pasaje: la verdad, la coraza de justicia, el apresto del Evangelio, el escudo de la fe, el yelmo de la Salvación, y la espada (esta era la espada pequeña que poseía el soldado romano para defenderse) del Espíritu, junto con la oración, son exclusivamente para la «defensa» y no para el «ataque». Y como podemos observar, no se encuentran los otros métodos que estos sectores utilizan hoy día para luchar contra Satanás. No se mencionan, como hace constar Peter Wagner –el promotor de la Guerra espiritual–, reprensiones, palabras agresivas, imposiciones de manos, soplos, repeticiones verbales, manifestaciones apoteósicas, ni demás entuertos. Tampoco se identifica el nombre de los demonios, ni se dialoga con ellos, o se les ataca, como ya apuntamos en apartados anteriores.

Si pensamos que todos los síntomas que se muestran en el extremo carismático, son producto del Espíritu Santo, vamos por camino errado, pues el fruto del Espíritu es «*amor* (no egoísmo), *gozo* (contentamiento), *paz* (no excitación), *paciencia* (no desenfreno), *benignidad* (carácter afectuoso), *bondad* (buen hacer), *fe* (fidelidad a Dios), *masedumbre* (docilidad), *templanza* (control de sí mismo); *contra tales cosas no hay ley*» (Gá. 5:22,23). Y como cita Santiago, la sabiduría de lo alto es «*pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre* (palabra clave) *ni hipocresía*» (Stg. 3:17).

El mismo Santiago, inspirado por el Espíritu Santo, nos recomienda un arma poderosa para hacer retroceder al diablo: «*Someteos, pues, a Dios, resistid al diablo, y huirá de vosotros*» (Stg. 4:7). Si observamos bien el texto, la comisión para toda clase de liberación, consiste en «someterse a Dios». Esta prescripción bíblica es bastante explícita, puesto que exige una forma de vida en obediencia a Aquel que nos ha creado. La segunda prescripción es comprensible: «resistid al diablo». Vemos que dicha encomienda, ciertamente bíblica, no significa en ningún caso que hayamos de amenazarle o enfrentarnos con él. Parece tener un sentido completamente opuesto, es decir, evitarlo a toda costa, no cediendo a la tentación de involucrarse en los extraños juegos de malabarismo extrabíblico. Y como resultado de todo ello (de resistir al enemigo y someterse a Dios), el diablo no alcanza sus objetivos, y por consiguiente, según cita el texto, huirá de nosotros.

Como bien habrá notado el lector, el tema parece bastante sencillo, y no existen las otras maniobras complicadas que se suelen presentar. Aquí no se observan imposiciones de manos mágicas, gritos, reprensiones, enfrentamientos; como tampoco se identifican nombres demoníacos, ni se reclama autoridad alguna. Lo único que estamos apreciando, hasta ahora, es que la obediencia a Dios, junto con la resistencia a la tentación, produce la adecuada liberación de toda intervención diabólica.

El apóstol Pablo, escribiendo a su discípulo Timoteo, en cuanto a los requisitos pastorales, prescinde de todos los procedimientos extremos que se han citado. Solamente recomienda que el anciano, o pastor, no sea un recién convertido, puesto que el envanecimiento es, básicamente, el arma predilecta que utiliza Satanás: «*No un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo*» (1 Timoteo 3:6). De la misma forma que el hambriento león busca el animal más débil de entre la manada, para atraparlo con más seguridad y rapidez, también en la vida cristiana ocurre lo mismo: el que en su orgullo cree ser el más fuerte, resulta ser el más débil. ¿Con qué pensamos que asocia el apóstol la influencia de Satanás? Pues no con las manifestaciones convulsivas, propias de una película de terror, sino más bien con el «orgullo» del hombre. Este es el horrendo pecado que Satanás cometió, y a la verdad, está muy interesado en fomentarlo, mayormente entre los círculos cristianos. Y desde luego que va a hacer todo lo posible, utilizando sus mentiras, para que la arrogancia brote en todo corazón predisuelto; y, sobre todo, en aquellos que así mismos se atribuyen el poder de dominar el desconocido y peligroso mundo de los demonios.

Es cierto, algunos pretenden hacer creer que poseen grandes poderes, pero lo que ignoran es que su engreimiento, es decir, la jactancia en admitir que pueden dominar a

Satanás, es precisamente lo que les hace más vulnerables; y, envanecidos por su propio ardor guerrero, lo único que consiguen es enredarse de una forma lamentable en los lazos del adversario. Contrariamente a lo que ciertos individuos practican, la manera más efectiva de combatir con el enemigo, en todas las áreas de la vida cristiana, consiste en aplicar la humildad, puesto que ésta constituye requisito indispensable para recibir la bendición de Dios. Por lo cual, si en la vida del llamado siervo de Cristo no se halla humildad, ¿de dónde provienen todas las aparentes bendiciones?

Por otro lado, la actitud de arrepentimiento es necesaria para adquirir el conocimiento de la verdad, que es lo que a su vez produce la auténtica liberación: «*Por si quizás Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él*» (2 Ti. 2:25,26). Un verdadero arrepentimiento, por tanto, dispone nuestro corazón hacia una vida de humildad y mansedumbre, siendo receptores de la constante gracia divina. De hecho, el cristiano en sus propias fuerzas, se encuentra indefenso, y solamente Dios puede protegerlo de toda influencia demoníaca. Así lo hace constar el mismo Señor en el «Padre nuestro» (Mt. 6:13). La formulación bíblica es del todo precisa: Dios humilla a aquel que a sí mismo se exalta, y en cambio exalta a todo aquel que se humilla. Esta última disposición ofrece la protección divina contra el diablo, y la liberación del pecado que nos asedia. Pero la verdad sea puesta a la luz, porque la humildad y la mansedumbre brillan por su ausencia en la «actuación» de buena parte de los líderes ultra carismáticos. Y por lo que cita el texto, aquellos que en su arrogancia pretenden liberar a los demás del diablo, son los que se hallan más esclavos: «*Cautivos a voluntad de él* (de Satanás)» (2 Ti. 2:26).

Siguiendo con los textos bíblicos, examinemos 1 Pedro 5:6-10. El primer paso en el procedimiento que debe aplicar, es paralelo al anterior: «*Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios*» (1 P. 5:6). Observemos que el texto no dice *exaltaos contra el diablo*, sino: *humillaos ante Dios*. ¡Ven ustedes la diferencia! Entonces, adoptar una actitud de humildad, es el principal requisito para un ministerio eficaz en la obra de Dios.

El segundo paso consiste en mantener la confianza plena en el cuidado y la protección del Padre celestial: «*Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros*». Nuestra fe en el Dios todopoderoso es la que vence al mundo, según cita 1 Juan 5:4.

Seguidamente el texto de 1 Pedro, en el verso 8, nos invita a conservar la serenidad, la cual se consigue con el dominio propio (sobriedad): «*Sed sobrios*», que es lo contrario al descontrol mental o corporal. Y a continuación, el consejo no se presta a confusión alguna, y así recomienda: «*velad*», es decir, estad atentos, vigilantes, despiertos y no aturdidos; para que, desde esta condición, podáis distinguir con nitidez todo engaño del enemigo:

Por último, solo nos queda resistir sin ceder a la tentación: «*Resistid firmes en la fe*» (vs. 9). Con esta actitud de resistencia habremos de perseverar en toda paciencia, y así mantenernos firmes, con la plena convicción de que Dios, nuestro Protector, nos guarda de todo mal. La Escritura se vuelve a confirmar una vez más: no son necesarios los ataques, las provocaciones, los embates pendencieros, las agresiones verbales... La enseñanza se subraya en los textos con gran reiteración: ser humildes, resistid, velad, estad firmes, someteos a Dios. Estas herramientas de lucha nos están diseñadas para combatir en el campo del enemigo, sino mantenernos fuertes en nuestro propio campo.

He aquí el resultado final de este proceso de lucha: «*Él mismo os perfecciones, afirme, fortalezca y establezca*» (vs. 10). Hemos de entender que todas estas facultades espirituales: perfección, firmeza, fortaleza, estabilidad, no son en ningún caso el producto del esfuerzo humano, sino que lo hace el mismo Dios de gracia cuando disponemos nuestra voluntad para cumplir con la suya: «*Él mismo os perfeccione...*».

Como hemos observado con suficiente claridad en el pasaje bíblico leído y comentado de 1^a de Pedro, estas indicaciones constituyen el armamento de la espiritualidad efectiva, y contribuye gratamente a nuestra madurez personal. Luego, solo a través del cumplimiento de estos preceptos, estaremos capacitados para, lejos de procedimientos extremos, mantener intacta nuestra estabilidad espiritual frente a los ataques del adversario.

Consideraciones varias

Después de haber considerado los pasajes bíblicos, es necesario preguntarse dónde se encuentran en la Biblia, expresado de forma clara y concisa, todos los demás métodos carismáticos: exorcismos, diálogos con el diablo, reprensiones, retos, insultos, enfrentamientos, y demás sinrazones... Lo que realmente hemos visto hasta ahora sobre las instrucciones bíblicas, acerca del armamento para la guerra espiritual, es: conocimiento de las Escrituras, práctica de la oración, someterse a Dios, ser humildes, resistir al diablo, estar firmes, ser sobrios y velad... Todo lo demás, se puede considerar definitivamente antibíblico.

Por lo general, debemos admitir que en cierta medida Satanás influirá en nuestras vidas y circunstancias... pero siempre y cuando Dios se lo permita. Y todas sus maniobras, ataques o tentaciones, mantendrán siempre una finalidad provechosa para aquel que ama a Dios, pues la promesa no se tarda: «*A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien*» (Ro. 8:28). De tal forma, el resultado positivo está asegurado para el creyente fiel, por muy duras que sean las tentaciones.

Ajustando nuestra mirada hacia el modelo bíblico, apreciamos que solo Jesucristo y los que recibieron su autoridad, ejercieron su poder sobre los demonios: «*Habiendo reunido a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades*» (Lc. 9:1). El único caso verídico de expulsión de demonios, es el de Felipe el evangelista (Hecho 8:7), donde se nos dice que echaba fuera demonios (a Felipe se le confirió la autoridad apostólica) y no hay más ejemplos de cristianos que ejerzan esta autoridad en el Nuevo Testamento. Por lo demás, en tiempos de Jesús también algunos profetizaban y echaban demonios, y Jesús les advirtió que en el día final «*les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*» (Mt 7:23).

Vista la enseñanza, ¿por qué, entonces, queremos asignar a todos los cristianos esta autoridad, si el Señor se la confirió solo a ellos? De todas formas, el Nuevo Testamento no parece indicar otra cosa: «*Llamando a sus doce (no más) discípulos les dio autoridad*» (Mt. 10:1). «*Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios*» (Mr. 3:14,15). Como podemos comprobar, los versículos bíblicos limitan la práctica de estos hechos a los que recibieron la autoridad a apostólica, y circunscrita solo para aquel periodo de preludio mesiánico, antes del establecimiento y consolidación de la iglesia de Jesucristo. Consideramos que ni siquiera el arcángel Miguel, siendo el príncipe de los ángeles, como su propio título indica, se atrevió a reprender a Satanás, según hace constar Judas 9.

Una vez más debemos recoger el ejemplo de nuestro Maestro, y ver que cuando Jesús se enfrentó con Satanás en el desierto, no adoptó una postura de superhéroe. Tampoco se produjeron gritos, palabras repetitivas, reprensiones, alborotos; y en ningún caso utilizó expresiones verbales agresivas. La conducta de Jesús contra los ataques de Satanás fue tranquila, serena y pacífica; incorporando una posición defensiva, que consistió básicamente en mantenerse firme, apelando siempre a la verdad bíblica: «*Escrito está*» (Mt. 4:4). Y si en la vida del Maestro no se contempló estas formas extrañas de proceder, ¿quién es el hombre para inventarlas hoy?

Apreciado lector: haría bien en no arriesgar su espiritualidad, no vaya a ser que, aun pensando que se halla en la verdadera luz, se vea atrapado por las tinieblas. Según lo examinado hasta aquí, la postura más correcta, además de bíblica, consiste en acudir al Padre de las luces y pedir cada día su protección celestial. Por nuestra parte solamente nos corresponde tomar la armadura de Dios, de la cual hemos hablado, y asumir por la fe el programa que el Señor haya previsto según sus designios para nuestra vida en particular.

En fin, ni en el Antiguo Testamento, ni en los evangelios, ni en el libro de Hechos, ni en las cartas a las iglesias, encontramos que los escritores establecieran esta doctrina: ni para sanar enfermedades, ni para echar fuera demonios. Y si la Biblia no arroja suficiente luz para apoyar estas prácticas impropias, ¿a qué conclusión podemos llegar? Si todo ello no posee fundamento bíblico, ¿de dónde proviene entonces...? Despues de estas breves sugerencias, podemos concluir diciendo que: *a Satanás no se le vence con el poder, sino con la verdad*.

LA APOSTASÍA

«Porque no vendrá sin que antes venga la apostasía» (2 Ts. 2:3). El término apostasía aparece tres veces en el Nuevo Testamento: Hechos 21:21, 2 Tesalonicenses 2:3 y 1 Timoteo 4:1). Según el pensamiento bíblico, el término «apostasía» expresa un distanciamiento, doctrinal y práctico, de la verdadera fe y de la correcta doctrina bíblica. En primer lugar, juzgamos importante saber que la apostasía es un movimiento formado dentro de nuestra Cristiandad, pero que a la vez se desvía de la autenticidad cristiana. Es, por decirlo así, una corriente espiritual que se aparta de la fe genuina para incorporar una fe errónea; se aleja de la correcta doctrina cristiana, para ir en pos de una imitación falsa. Sus enseñanzas y prácticas se consideran bíblicas, pero en verdad no lo son. Y lo que es más preocupante, dicho movimiento se genera y desarrolla en el marco histórico de la iglesia de Jesucristo... Es, por tanto, un cristianismo en apariencia, pero sin serlo en la realidad.

Podemos advertir que la apostasía es cristiana en su definición, pero no en su esencia; presume de actividad externa, pero carece de vida espiritual interna; surge desde el seno de la Iglesia histórico-cristiana, pero no es iglesia verdadera: «*Salieron de nosotros (la iglesia), pero no eran de nosotros*» (1 Jn. 2:19). A este poderoso movimiento bien podríamos denominarlo el sistema «cristiano» del anticristo, el cual funciona de manera escondida, cambiando de forma a lo largo de la historia de la Iglesia... También, cómo no, fue identificado en ciertos momentos históricos por la propia Iglesia, y a la luz de las Escrituras (como fue el caso de la Reforma del s. XVI). Por este motivo, ha tenido que ir adquiriendo nuevas estrategias de camuflaje para seguir engañoando al mundo, incluyendo a los propios creyentes: «*Aun a los escogidos*» (Mr. 13:22). Así, pues, la apostasía no revela formas de maldad visible a los demás, sino que posee diversas expresiones de pecado oculto, que es camuflado por un ropaje religioso de renovación espiritual: «*Vestidos de ovejas*» (Mt. 7:15).

IDENTIFICANDO LA APOSTASÍA

Muchos falsos maestros proclaman hoy un avivamiento mundial, cuando la Escritura contempla más bien lo contrario. La Biblia presenta claramente una apostasía, que conjuntamente camina de la mano del verdadero cristianismo. Hoy día existe una tendencia espiritual bastante definida, que aunque no sea exclusiva de los extremos carismáticos, muestra visiblemente los rasgos característicos de la apostasía mundial. Tales expresiones se encuentran reconocidas en la deformación de los tres grandes pilares de la vida cristiana: la doctrina, el amor y la fe.

La verdadera doctrina es corrompida

Siguiendo esta misma dirección de falsedad, observamos que una de las señales claves de la apostasía, consiste en que la doctrina bíblica será corrompida. Es cierto que la Historia siempre ha tenido sus detractores en materia de doctrina cristiana, sobre todo en lo que se refiere a la Salvación. Pese a esta injerencia permanente, cabe pensar que en el periodo final de la Historia será más difícil poder detectar el engaño. Es verdad que a través de los siglos la configuración bíblica ha ido perfilándose, hasta confluir en lo que

llamamos hoy doctrina conservadora. No obstante, en la actualidad existe una forma de error mucho más sutil, que dificulta en gran manera la identificación del error doctrinal. La creencia de algunos círculos cristianos, incluyendo ciertos sectores llamados «evangélicos», se revela haciendo uso de sus falsas enseñanzas, donde el creyente se pierde en medio de la confusión, provocando así la quiebra espiritual de muchos cristianos que se adhieren a estos movimientos ajenos a la verdad bíblica: «*Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina*» (2 Ti. 4:3).

Hoy el mensaje bíblico es corrompido por la teología liberal, la doctrina carismática, y por otras nuevas y extrañas formas de entender la Palabra de Dios. Y lo único que consiguen es complicar el Evangelio, además de enturbiar el sencillo y verdadero significado de la voluntad de Dios. Por tal motivo, debemos seguir el consejo que la misma Escritura nos brinda: «*Tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina*» (Tit. 2:1). Según se nos recomienda, todos los creyentes en Cristo somos llamados a conservar la sana doctrina, la cual estamos obligados a conocer en profundidad, para así defender el precioso legado que el Creador nos ha dejado, en su infinita misericordia.

Indiscutiblemente, la doctrina cristiana parece sufrir hoy de una grave corrupción. Pero, no debemos alarmarnos, pues la Biblia recoge la advertencia en clave profética, asegurando que «*muchos seguirán su disolución*» (2 P. 2:2).

El amor se enfriá

«*Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará*» (Mt. 24:12). Una de las contradicciones más difundidas de la llamada apostasía, reside en dejar a un lado lo que identifica al cristianismo verdadero: la práctica del amor. Ciertamente algunos conocen muy bien la teoría bíblica, y se llenan los labios hablando acerca del amor de Cristo, pero muy poco o nada ponen en práctica lo que predicen. Así es como la actitud de hipocresía, en sus formas de expresión cristiana, hace posible compatibilizar las bonitas palabras con las manifestaciones carentes de amor práctico. En el sentido correcto, debe ser el amor llevado a la experiencia lo que demuestre que somos cristianos, y no solo nuestra doctrina (para los más ortodoxos); y mucho menos los espectáculos, las expresiones sensacionalistas, o las manifestaciones extraordinarias; cuando, a la verdad, todo esto carece de significado alguno para el ser humano.

Desde luego, pueden hallarse milagros y revelaciones sobrenaturales, pero por lo general muy poco se evidencia el amor de Cristo, ni en los círculos conservadores, ni en los más renovadores. Es una apostasía generalizada la que estamos viviendo hoy día, por la que cada vez estamos más convencidos de que el Espíritu Santo ha dejado de habitar en muchas de nuestras iglesias. Y el proceso es tan sencillo como entender que «*Dios es amor*» (1 Jn. 4:8). Y si no hay amor expreso, la fórmula es bien precisa: Dios no está, o por lo menos no se manifiesta.

En este escenario de engaño mundial, el individualismo y la indiferencia de los unos por los otros, son síntomas visibles de la creciente apostasía, la cual se hace presente en no pocas congregaciones cristianas.

En fin, la vida cristiana nos es vida, ni mucho menos es cristiana, si no consigue expresar hacia el prójimo, de una forma clara y evidente, el verdadero amor de Dios.

La fe se extingue

«*Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?*» (Lc. 18:8). Uno de los elementos más significativos de la apostasía, radica en apartarse de la fe. De tal forma que gran parte del cristianismo apóstata, basa su teología en las señales, los milagros, las sanidades, y en la experiencia subjetiva de las sensaciones, pero muy poco en la fe. Otros, en el extremo opuesto, apoyan toda realización espiritual en la propia intelectualidad de sus fuerzas racionales, y en la defensa de un naturalismo teológico que hace de Dios un ser impersonal, lejano, y aislado en su morada celestial...

Así es, en la medida que nos acercamos al fin de los tiempos, el abandono de la fe bíblica va a ser (y ya es) una de las señales más claras de la iglesia apóstata. Pese a todo, la Escritura sigue sosteniendo la misma idea de siempre: «*Mas el justo por la fe vivirá*» (Ro. 1:17).

Efectivamente, la apostasía nace y se desarrolla dentro de la Iglesia institución, pero con el tiempo se «aparta» definitivamente de la auténtica fe (la fe que salva), yendo en pos de una fe engañosa que condena, esto es, la fe en los milagros, la fe en la fe, la extraña súper-fe, la fe del superhombre, y otras formas y expresiones de fe que no parecen ser bíblicamente legítimas.

Por un lado, el racionalismo teológico, que parece excluir la fe de sus argumentaciones humanistas, y por el otro, la búsqueda de la evidencia milagrosa y sobrenatural, conforman los extremos de la apostasía, e invaden sin piedad la fe sencilla que debe contemplarse en el creyente fiel.

Además, parece evidente que todos los extremos carismáticos, como venimos insistiendo, no asientan su fundamento doctrinal en la fe, sino básicamente en los sentimientos; y éstos vienen a confluir, normalmente, en las experiencias prodigiosas y los fenómenos de tipo imaginarios. En tales casos, se llega al punto en el que la fe se pone al servicio del pueblo, y se utiliza como «ídolo» para conseguir los fines que el hombre egoísta desea. Es una fe que se vende al mejor postor.

En esta misma línea, también podríamos analizar la nefasta mentalidad materialista de la sociedad aburguesada de nuestro Occidente, y su negativa influencia en la Iglesia, en detrimento de la fe. Dicho esto, deberíamos examinar nuestra fe, y confirmar si verdaderamente es genuina; si se halla depositada solo en el Salvador y en sus fieles promesas, y si al tiempo ésta surge de la lectura y meditación de la Sagrada Escritura, como hace notar Romanos 10:17, o en cambio resulta ser producto de enseñanzas extrañas que no se avienen a los principios más fundamentales de la Santa Palabra de Dios.

LOS FOCOS MÁS IMPORTANTES DE LA APOSTASÍA HISTÓRICA

El Catolicismo Romano

Es cierto que ya en tiempos del Nuevo Testamento existían movimientos de carácter apóstata: como los cristianos judaizantes; el llamado gnosticismo; grupos sectarios identificados, como los nicolaítas; algunos sectores animistas, y demás influencias religiosas grecorromanas, que se encontraban para influir de modo perjudicial en la Iglesia antigua, a fin de extraviar a los creyentes de la enseñanza apostólica que debían seguir.

Ahora bien, entendemos que la apostasía no se mantiene estática, sino que va cambiando y adquiriendo nuevas formas de error, cada vez más camuflado; pero siempre intentando no desprenderse de la verdadera Iglesia, para engañar «*aun a los escogidos*» (Mt. 24:24); pues solo desde la verdad auténtica, es donde se puede falsear casi auténticamente la verdad. La cizaña y el trigo crecen juntos. ¿Arrancamos la cizaña? Respondió Jesús: «*No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega*» (Mt. 13:29,30).

Por ello, se deduce que a través de los siglos pasados, la apostasía (como movimiento histórico) por antonomasia, fue la desviación de la Iglesia Católica, que se apartó de la verdadera fe y de la doctrina apostólica, creando el llamado Catolicismo Romano, contemplado como el movimiento histórico cristiano apóstata más importante de todos los siglos. A partir de ahí, fueron surgiendo ciertos focos de apostasía, pero que no le hicieron sombra a la «madre» (por así llamarla).

Y así llegamos a la gloriosa época de la Reforma, que desenmascaró al gran «monstruo», y reinterpretó la doctrina evangélica en sus principios apostólicos. Esto marcó una segunda etapa histórica para nuestra Cristiandad, que definió con bastante precisión la Iglesia verdadera, quedando identificada en la propia Historia. Por esta razón entendemos que la apostasía (que no es ingenua) ha tenido que adquirir nuevas tácticas de adaptación a la nueva situación contemporánea.

La Iglesia Protestante

La Iglesia Protestante, con toda seguridad, representó un gran logro para el cristianismo... No obstante, y como era de esperar, la historia volvió a repetirse. El movimiento protestante, convertido en un organismo oficial, fue degenerando hasta llegar a la plena decadencia. De tal forma, podemos contemplar en la actualidad la extrema formalidad eclesiástica en la que subsisten muchas de estas iglesias en nuestra Europa protestante, así como la estéril religiosidad que manifiestan, extendida ampliamente a otras regiones de nuestro vasto mundo.

El estancamiento y la frialdad de la iglesia posmoderna, que se ha alejado del espíritu de la Reforma, y por ende de los principios de la propia Escritura, se ha convertido, en mano de los poderosos, en una institución eclesiástica; pasando de organismo confesante, a ser una organización profesante; no siendo otra cosa que las viejas vestiduras del Catolicismo Romano, pero con nuevas formas de «reforma». No parece nada extraño pensar que muchas de sus representaciones evangélicas, en términos generales, sigan el mismo camino: un camino sin retorno hacia el precipicio.

Hoy día podemos decir que lo que identifica a la Iglesia verdadera es su «doctrina». Sin embargo, el relativismo teológico, el intelectualismo desbordante, el indefinido humanismo, la teología liberal, y demás componentes, han desconectado al Dios personal de la realidad bíblica, creando una imagen lejana e impersonal del Dios creador, y no poco distorsionada de la Revelación que Él mismo nos ha dejado. También debemos empezar a dudar si podemos hablar de Iglesia evangélica como iglesia verdadera. Pues debido a su gran extensión y ramificación, se está diluyendo cada vez más en una especie de sincretismo religioso y espiritual, donde todo lo llamado «evangélico» parece ser válido y aceptado sin discusión alguna por la mayoría; sin que apenas nadie se detenga por un momento a contrastar todas las innovaciones supuestamente cristianas, con la verdad bíblica.

El Secularismo eclesial

A medida que el cristianismo se adapta a los valores de este mundo, y paralelamente el mundo más se cristianiza, resulta más fácil, como es lógico, que la apostasía se propague con mayor rapidez. Es cierto, las influencias de la sociedad son cada vez más poderosas; y por desgracia, éstas se introducen en las congregaciones de una manera casi natural, donde los valores contrarios a la Palabra son adaptados a la Iglesia, creando así una religión secularizada, que con sus renovadoras y consentidas formas, corrompen el verdadero y original mensaje del Evangelio: «*Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo...*» (1 Jn. 4:5).

Reflexionando en nuestra época actual, encontramos a una Iglesia conformada y deformada, pero no transformada conforme a la imagen de Cristo; en todo caso adornada. Buena parte de la Iglesia va renovando y cambiando sus formas, pero con ellas alteran también los valores inalterables del Evangelio. Y aquellas iglesias que se oponían a la renovación, aferrándose a la tradición, han quedado envejecidas en su membresía e interiormente vacías de contenido espiritual.

Con toda seguridad, el mensaje que en buena medida la Iglesia ofrece hoy, no presenta una alternativa válida para el creyente que asiste a la congregación, e igualmente ha conseguido perder el interés para nuestra sociedad. A lo sumo, se exponen los temas de carácter ético social, que por otra parte son los mismos por los cuales la sociedad está preocupada: la globalización; la iglesia y el estado; los manifiestos contra la guerra; la tolerancia religiosa; el aborto; la eutanasia; la clonación; entre otros compromisos éticos del cristiano con la sociedad civil, que no dejan de ser importantes y con serias implicaciones en la vida cristiana. Pero, aun siendo todo ello necesario, también existe el grave peligro de fomentar una especie de «humanismo religioso», el cual distorsiona el significado de la Salvación, descuidando así los aspectos más fundamentales del Reino celestial, como pueden ser: el pecado, el arrepentimiento, la perdición eterna, la gracia, la salvación, la santificación, la adoración a Dios, etc. Y he aquí el peligro: un cristianismo que se funde cada vez más con los principios de una sociedad que no tiene

en cuenta a Dios... Siendo consciente del tema, el apóstol Pablo escribe a la comunidad de Roma: «*No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*» (Ro. 12:2). Este versículo bíblico mantiene su constante actualidad, exhortando a los cristianos a no adaptarse a los valores de una sociedad corrompida, y a renovar constantemente el entendimiento según los principios de la Palabra; y todo ello con el objeto de crecer progresivamente en el conocimiento divino, y así comprobar en la vida práctica del día a día cuál sea la buena, agradable, y perfecta voluntad de Dios.

Se prevé que buena parte de los cristianos en el mundo descuidan en su vida diaria la lectura de la Biblia y la práctica de la oración. Solo hay que prestar atención a las conversaciones (en caso de que las haya) que se producen entre los creyentes al terminar el culto. Éstas giran en torno al fútbol, la moda, el empleo, la música secular, y demás entretenimientos terrenales, pero muy poco o nada se tienen presentes las cuestiones de orden espiritual. Así, la apostasía ha motivado la introducción en la iglesia de la mentalidad materialista, individualista y autosuficiente, que apropiá una especie de conciliación armónica: el mundo (apartado de Dios), con lo santo (apartado del mundo). En este asunto, la Revelación bíblica es suficientemente precisa: «*Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él*» (1 Jn. 4:15).

El movimiento carismático

Y por último, y teniendo en cuenta la guía y aportación que nos ofrecen los datos bíblicos, el movimiento apóstata más influyente en nuestro cristianismo, en estos momentos, se encuentra sin duda alguna en el ambiente carismático.

Con la gran expansión del extremo carismático, y la confusión doctrinal que ello ha comportado, se puede afirmar que esta apostasía es la más peligrosa de todas; siendo muy atractiva para el corazón inquieto y descontento, el cual reacciona extremadamente a la secularización y enfriamiento que en nuestros días está experimentando la Iglesia. Y Satanás lo sabe, por lo que no va a desaprovechar la ocasión. Para ello ha creado todo un sistema, que como hemos contemplado, se camufla con ropajes cristianos de espiritualismo sensacionalista. De manera que, el extremo carismático constituye una de las apostasías religiosas que existen en la actualidad. Y aunque el fenómeno no se desarrolla exclusivamente en el entorno evangélico, es precisamente en éste donde ha encontrado el terreno más abonado para plantar su semilla y hacerla crecer.

En definitiva, esta corriente se une a la verdadera Iglesia para arrastrar a muchos en sus doctrinas y prácticas; y es la forma de apostasía que, con mayor determinación, precederá a la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo.

TEXTOS BÍBLICOS SOBRE LA APOSTASÍA

Existen varios textos en la Biblia que son dignos de reflexión, y que de alguna manera nos muestran la naturaleza de la apostasía y sus efectos nocivos para la Iglesia. Para su mejor aprovechamiento, ruego al lector que lea los textos bíblicos muy detenidamente, con el objeto de observar bien las frases de los versículos y los detalles de las palabras; realizando, a la vez, una comparación con el extremo de la doctrina carismática, y advirtiendo la relación tan estrecha que existe entre la información bíblica, y aquellas doctrinas y prácticas extrabíblicas que ya hemos presentado a lo largo de los capítulos anteriores.

De las citas o pasajes bíblicos que vamos a señalar –divididos por bloques– destacaremos algunas frases, expresiones, o términos, que son clarificadores por sí mismos; y, que según veremos, arrojan suficiente luz para poder distinguir con claridad las distintas formas de apostasía. En esto, es preciso reconocer que al regreso de Jesucristo le precederá, no un avivamiento (según algunos predicen), sino más bien una apostasía. Así que, prestemos una atención especial, porque en los siguientes textos bíblicos encontraremos llaves magistrales que nos permitirán abrir las puertas para ver los cimientos donde se construye todo este «gran movimiento», creado por la llamada apostasía.

La apostasía viene (2 Tesalonicenses 2:1,3,4,9,11,12)

Antes de entrar a considerar el pasaje, cabe mencionar que éste es susceptible de diversas interpretaciones. Unos piensas que corresponde a un solo acontecimiento en el periodo del fin. Otros creen que este evento ya se produjo en un momento histórico del cristianismo... Con independencia del momento, pienso que el espíritu de la profecía tiene aplicación en nuestros días, pues la Palabra de Dios es siempre útil, y en este caso muy aplicable.

«*Nadie os engañe en ninguna manera*». En primer lugar, observamos que esta advertencia no fue dirigida al incrédulo, sino al pueblo de Dios. A saber, las manifestaciones del anticristo son cada vez más fraudulentas, es decir, cada vez se parecen más a la verdad de Dios, con el fin último de apartar a los hombres de la Verdad. Y por supuesto, no hay mejor manera de que la apostasía engañe a los cristianos, que aparentando ser iglesia verdadera.

«*Porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición*». Pese a las diferentes interpretaciones, podemos asegurar que antes de fin de los tiempos, se nos informa sobre la venida de un movimiento (el del anticristo) que antecederá a ese periodo final, y que se producirá en el contexto del propio cristianismo; presidido y dirigido por el llamado «hijo de perdición».

«*El cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto*». Esta es su finalidad: ir contra... oponerse a Dios. Pero, ¿de qué manera lo hace? El versículo siguiente responde de forma categórica.

«*Tanto que se sienta en el templo de Dios haciéndose pasar por Dios*». El fraude consiste en que se pone en el lugar de Dios (de la Verdad absoluta). Aunque, no nos engañemos, Satanás no lo hace por la vía de la oposición, sino de la imitación; y no de una forma abierta, para no ser detectado, claro está. El error maléfico se lleva a cabo a través de doctrinas extrabíblicas y prácticas espirituales ya mencionadas; donde, para no ser descubierto, se trama una falsificación muy bien elaborada, para engañar a todos aquellos que deseen recibir estas nuevas experiencias.

«*Cuyo advenimiento* (el de la apostasía) es por obra de Satanás». Según la profecía leída, esta apostasía tiene que venir (y ya está en su forma presente) representada, supervisada y promovida, por el mismo Satanás (atención al texto bíblico que sigue).

«*Con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad*». Si es cierto que estos versículos bíblicos son aplicables a nuestra época, entonces tendremos, sin más remedio, que atrevernos a identificar el sector dentro de nuestro ámbito evangélico, que se hace pasar por cristiano, y que realiza grandes señales y prodigios; pero que, al mismo tiempo, estos serán (y ya son) hechos con todo engaño de iniquidad, y por obra del mismo Satanás, como bien refleja el texto leído.

«*Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira*». Por cuanto muchos llamados cristianos no quieren aceptar la verdad, Dios consiente que se levante un movimiento con carácter de renovada espiritualidad, cuyas vestiduras eclesiásticas, doctrinales y prácticas, se unen como obra de arte creada dentro de la Iglesia histórica por las personas que están, pero que no son... Y el parecido es tal, que constituye el «poder engañoso».

«*A fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia*». Aquí se destacan los términos: condenación, creer, la verdad, como muestra de que la salvación es el bien existencial más combatido por Satanás, pues de ello depende la eternidad del hombre. Fue la gran herida que sufrió la bestia católico romana en la Reforma: *La justificación por la fe* (Ro. 5:1). Esto, por otra parte, Dios lo permite a modo de juicio para aquellas personas que aceptan una religión egoísta, que no está dispuesta a defender la justicia del Reino de Cristo («se complacieron en la injusticia», hemos leído); desecharlo, en consecuencia, el precioso Evangelio de Cristo para poder ser salvos.

Milagros en el nombre de Jesús (Mateo 7:22-23; 24:24)

«*Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor*». Aquí vemos una manifestación correctamente doctrinal de los líderes del movimiento carismático: el reconocimiento de Jesús como Señor. Pero, igualmente, este reconocimiento constituye una gran falsedad, pues más adelante el mismo Señor les llamará «hacedores de maldad». Si Jesús dijo que su nombre estaría en labios de aquellos que conformarían la apostasía, es porque entre la primera y la segunda Venida se han de dar estos síntomas; y con mayor intensidad en la medida que se acerca el retorno de Jesucristo.

«*¿No profetizamos en tu nombre?*». En esta frase se desenmascara la relación que existe entre profetizar y la apostasía. Debemos, entonces, preguntarnos: ¿Quiénes pretenden tener revelaciones proféticas de supuesta veracidad bíblica, en el nombre de Jesús?

«*Y en tu nombre*». Esta manera de redundar, sobre mencionar el nombre de Jesús, es una costumbre explotada hasta la saciedad, y utilizada como pretexto para llevar a cabo la apostasía final.

«*Echamos fuera demonios*». He aquí una pista interesante: la demonología se convierte en demonopraxia, y ello a pesar de no poseer ningún apoyo bíblico para tales prácticas. Es necesario preguntarse: ¿qué movimiento cristiano pretende echar fuera demonios en el nombre de Jesús?

«*Y en tu nombre*». Como observamos en el texto, las repeticiones del nombre de Jesús son destacables. Así es como la apostasía utiliza en vano el nombre de Jesús, como una fórmula mágica para conseguir cosas, la cual es utilizada de una forma superficial y repetitiva.

«*Hicimos muchos milagros*». Seguimos con la pregunta: ¿Qué sector del cristianismo pretende hacer «muchos» milagros en el nombre de Jesús?

«*Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*». La contundencia en la declaración de Cristo parece más que concluyente. No cabe la menor duda de que hay personas que realizan «milagros» (o eso es lo que pretenden), que mencionan incansablemente el nombre de Jesús, que se proclaman profetas, y que con sus falsas enseñanzas confunden a muchos. Pero, la verdad bíblica es una: no han conocido a Cristo, y su calificativo no es otro que el pronunciado por el Señor Jesús: «hacedores de maldad».

«*Porque se levantarán falsos cristos, y falsos profetas*». Aplicando este elemento profético a nuestros días, nos preguntamos, ¿dónde identificar dentro del ámbito cristiano la «doctrina errónea», que a la vez se acompaña de falsas profecías? Ciento es que el falso cristo no se manifiesta como el Cristo verdadero, pues en tal caso sería muy evidente su error. El texto más bien significa que estos líderes se apropián de la autoridad mesiánica, con sus pertinentes señales y milagros, que como ya apuntamos, solo le correspondió por derecho a Jesucristo y a sus discípulos en aquella época.

«*Y harán grandes señales y prodigios*». Este pronóstico bíblico parece estar cumpliéndose, de manera literal, en los círculos extremos ya mencionados. Debemos ser sinceros sobre el tema, y responder adecuadamente: ¿Quiénes, en el nombre de Jesús, basan su teología y praxis cristiana en las señales y los prodigios?

«*De tal manera que engañarán*». El método con el que engañan contiene una forma muy especial: «*De tal manera*», por la cual no serán pocas las personas arrastradas por estos movimientos aparentemente cristianos, cuya señal de identidad parece fundamentarse, como bien estamos contemplando, en los milagros, las señales, y demás sucesos sobrenaturales.

«*Si fuere posible, aun a los escogidos* (cristianos verdaderos)». La realidad bíblica es más que reveladora: ¡Cuántos creyentes están siendo engañados por la apostasía! Son muchos, desgraciadamente, los cristianos que se dejan conducir ingenuamente por toda clase de artificios ya mencionados.

La apostasía y la doctrina de demonios (1 Timoteo 4:1)

«Pero el Espíritu dice claramente». Las predicciones futuras que se descubren por revelación del mismo Espíritu de Dios, y que asimismo quedan impresas en su Palabra, no poseen sombra de oscuridad. Y no hacemos bien si ponemos en duda el elemento profético, puesto que es Dios (el Espíritu Santo) quien lo está revelando.

«Que en los posteriores tiempos». Aunque el texto es aplicable para los tiempos en los que vivía Pablo, el elemento profético apunta, con mayor rigor, a los tiempos más cercanos del fin.

«Algunos apostatarán de la fe». El pronóstico de futuro es bastante significativo. Aquí, por el contexto, se entiende «la apostasía de la fe» en relación con la doctrina verdadera, es decir, que la naturaleza de la apostasía se vincula estrechamente a la desviación de la correcta enseñanza bíblica.

«Escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios». El texto viene a confirmar lo dicho. La apostasía se asocia doctrinalmente a verdades de apariencia cristiana, pero que ciertamente pertenecen a espíritus engañadores. Luego, observamos que los líderes de este movimiento se dedican a exponer doctrinas falsas, e igualmente sus integrantes a escucharlas.

Si es cierto que este versículo bíblico es aplicable a nuestra época, entonces tendremos, sin más remedio, que atrevernos a identificar el sector apóstata dentro de nuestro ámbito evangélico, que se identifica como cristiano, pero que en realidad pertenece a espíritus engañadores, que no hacen otra cosa que enseñar doctrina de demonios, como bien refleja el texto leído.

Características de los apóstatas 2 Timoteo 3:1,2,4,5,10

«También debes saber esto». Es necesario hacer caso al texto bíblico, y conocer bien las indicaciones que nos presenta la Escritura a este respecto; sobre todo para no pecar de ignorancia.

«Que en los posteriores días vendrán tiempos peligrosos». Ya en nuestros días, el engaño es de tal magnitud, que a lo mejor no vemos el constante peligro que se cierne sobre la Iglesia; y ello nos hace permanecer impasibles, mientras el adversario se ceba con las almas indecisas.

«Porque habrá hombres amadores de sí mismos». Añadimos a la lista otra pista interesante: la motivación de tales extremos es básicamente egocéntrica. Así, contemplamos el gran auto ensalzamiento que se produce en el ministerio de muchos de estos dirigentes, cuyas predicaciones se revelan llenas de soberbia y gloria personal. Se ha cambiado la iglesia de Jesucristo, por la iglesia del pastor... Y por otro lado, como ya hemos visto, no están exentos de culpabilidad muchos miembros que acuden a estos «shows», cuyo único fin es encontrar, aparte del oportuno entretenimiento, algún beneficio personal; pasando así por alto la Palabra divina, y la determinada voluntad de Dios para sus vidas.

«Avaros, vanagloriosos... soberbios... impetuosos». Aquí no hace falta mucho comentario. El perfil moral, especialmente por parte de los líderes, está bien definido en la Escritura.

«Amadores de los deleites más que de Dios». Es evidente que si por algo se caracterizan los grandes representantes de estos círculos mencionados es, precisamente, por vivir en la opulencia. Y no podemos eludir la gran contradicción de que ellos naden en la abundancia, mientras otros se ahogan en su pobreza.

«Que tendrán apariencia de piedad». El texto, clarificador donde los haya, viene a reafirmar lo que venimos diciendo: que engañarán a más de uno. De manera que la apostasía contiene en forma visible una piadosa espiritualidad. Sin embargo, el fondo de su motivación se encuentra lleno de maldad.

«A éstos evita». La recomendación es sabia, además de prudente.

«Pero tú has seguido mi doctrina». Seguir la doctrina apostólica (no los hechos milagrosos), es en cualquier caso una buena medida para protegernos del engaño.

Falsos maestros y profetas (2 Pedro 2:1,2,3,10,12,13,14,15,18,19)

«*Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros*». «Hubo... como habrá», lleva el sentido presente y futuro de la apostasía doctrinal, siempre apegada al seno materno del pueblo de Dios, como bien cita el texto: «entre el pueblo... entre vosotros».

«*Falsos maestros, que introducirán*». El significado profético de entonces, halla su fiel cumplimiento en la actualidad: introducir falsedad doctrinal dentro de la Iglesia. ¿Y de qué manera lo hace? El siguiente párrafo es aclaratorio.

«*Encubiertamente (de forma escondida) herejías destructoras*». Hoy día la doctrina bíblica sufre de una herejía fraudulenta (a veces casi imperceptible), que destruye el correcto sentido espiritual de la misma Escritura, creando el gran movimiento de la apostasía doctrinal.

«*Y aun negarán al Señor que los rescató*». La apostasía, en la práctica, constituye una negación de la verdadera doctrina bíblica, como venimos apuntando. De tal forma que este movimiento rechaza al Dios que le dio la oportunidad, pues sus falsos maestros fueron posicionados en el camino del cristianismo verdadero (históricamente hablando), pero sus corazones no fueron realmente liberados (no fueron nunca salvos). Y esto se demuestra, desde la experiencia, en que niegan (aunque de manera solapada y escondida) la verdad de la Palabra, lo que es igual que negar al mismo Dios.

«*Y muchos seguirán sus disoluciones*». He aquí la clara advertencia profética del apóstol Pedro, anunciando que este movimiento de falsos profetas (hoy abundan, y sus enseñanzas se extienden apresuradamente) arrastrarán no a pocos, sino a muchos.

«*Por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado*». El «camino de la verdad» es el camino por el que transcurre la auténtica Iglesia (el verdadero cristianismo). No obstante, este camino sigue el curso de la Historia afectado internamente de una grave corrupción, debido al desviación doctrinal y espiritual que se vislumbra en estos entornos llamados cristianos.

«*Por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas*». Así es, la motivación principal de los cabecillas de estos movimientos es beneficiarse (hacer mercadería), utilizando palabras fingidas, las cuales actúan como agente comercial de su avaricia e interés económico.

«*Atrevidos y contumaces*». Estas son, por definición, las características de los predicadores ultracarismáticos, en el orden mundial. Han perdido la vergüenza y se atreven con todo. Y no contentos con ello, tratan con gran frivolidad los aspectos relativos a la buena y necesaria enseñanza bíblica, que es la que ofrece la luz suficiente para poder detectar cualquier engaño; y por este motivo relegan la Palabra de Dios a un lugar ínfimo, cuando no inexistente.

«*No temen decir mal de las potestades superiores*». Es el mismo ejemplo de los textos anteriores. La apostasía se caracterizará por desafiar, retar, y asimismo decir mal de los demonios. Con este espíritu de impetuosidad, una de las manifestaciones en ciertos sectores evangélicos, es decir mal (mal-decir) de las autoridades superiores (entiéndase ángeles malignos –comp. con Judas 1:8,9–). Al parecer Judas toma como referencia la carta de 2 Pedro, y amplía su contenido sobre dicho tema.

«*Mientras que los ángeles (los no caídos), que son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición contra ellas (ángeles caídos) delante del Señor*». Bien, es el mismo problema que tenía que afrontar el apóstol Pedro en su carta. Esta enseñanza nos presenta la malsana costumbre que conservan algunos líderes, en cuanto a dirigirse a los demonios con agresiones verbales... La pregunta surge sola: ¿Qué movimiento «cristiano» hoy día realiza este tipo de prácticas? Está claro que la Escritura no contiene ningún apoyo bíblico para defender esta forma de actuar. El ejemplo que pone el apóstol es comparativo, y la misma enseñanza bíblica desautoriza el mal hábito de enfrentarse con los demonios.

«Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales». Al fin y al cabo, la necesidad se hace manifiesta, porque estas doctrinas extremas no logran comprenderlas ni aquellos que las defienden. Además, como cita el texto, su «hablar mal» equivale a blasfemar (en la traducción griega). Seguramente las jerigonzas, que al escucharlas nadie las entiende, son blasfemias puestas al servicio de la irracionalidad. ¿Tendrá algo que ver con el llamado y mal practicado don de lenguas?

«Quienes aun mientras comen con vosotros». El apóstol vuelve a redundar sobre las relaciones eclesiales, por si acaso no ha quedado suficientemente claro. Los falsos profetas forman parte del entramado eclesial a nivel global, y la apostasía nace y crece en el seno histórico de la misma iglesia: «con vosotros».

«Se recrean en sus errores». Uno de los síntomas que exhiben los falsos profetas, resulta ser la jactancia: en sus visiones, supuestos milagros, predicciones proféticas, y demás «virtudes»... La falta de humildad, la arrogancia de sus postulados extrabíblicos, y la reafirmación de sus prácticas seudocristianas, son, en definitiva, señales de la apostasía doctrinal.

«Seducen a las almas inconstantes». Según la indicación del texto, los mecanismos psicológicos para engañar son: la seducción, la sugestión y la manipulación. Todo ello con el objeto de cautivar las conciencias de las personas más susceptibles, que a la vez no están bien arraigadas doctrinalmente; las cuales se dejan llevar por cualquier halo de emocionalismo superfluo (por eso dice el texto: «inconstantes»).

«Han dejado el camino recto y se han extraviado». Esta es una de las definiciones más exactas que nos ofrece la Escritura acerca de aquellos que manejan los hilos de la apostasía.

«Hablando palabras infladas y vanas». Como bien se hace notar en muchos líderes carismáticos, los sermones son barnizados con expresiones altisonantes y palabras espiritualizadas revestidas de supuesto poder. Pero, a saber, en el fondo lo único que hay es una trampa escondida preparada para hacer caer a los incautos.

«Seducen con». Otra vez se repite el término «seducir». Muchas de las técnicas de seducción que se utilizan en las predicaciones, forman parte del ungüento antibíblico propio de la apostasía doctrinal. No son pocos, justamente, los falsos profetas que ofrecen sus espectáculos para fascinar, atraer, y engatusar suavemente el corazón de los que voluntariamente se mantienen en la ingenuidad.

«Les prometen libertad». Finalmente, las promesas de liberación de enfermedades, demonios, y otros problemas varios, son propuestas seductoras para impulsar sobradamente un ministerio de «liberación», donde las promesas ilusorias parecen abundar; creando así falsas esperanzas en el corazón de los desesperados, que en vez de poner su confianza en el Salvador, aceptan el ofrecimiento de la apostasía como el mejor método para solucionar, en este mundo, todo problema o dificultad personal.

Judas 4,8,10,11,12,16,19

«Han entrado (dentro de la Iglesia) encubiertamente». Vemos que el fraude se produce dentro de la Iglesia histórica, y no de una forma abierta y evidente; pues en su proceder hay una cubierta que tapa la falsedad, con el fin de entorpecer su identificación.

«Estos soñadores». La representación bíblica «soñadores» constituye el denominador común de tales personajes: las visiones, los sueños, las ilusiones, las fantasías... Todos estos elementos sensacionalistas constituyen, en términos generales, el ropaje espiritual del ámbito carismático.

«Rechazan la autoridad». He aquí otra característica muy común entre los líderes carismáticos, quienes no aceptan otra autoridad que no sean ellos mismos; pretendiendo poseer el derecho del propio Cristo, sin haberlo ni siquiera conocido.

«Y blasfeman de las potestades superiores». Por el contexto se entiende los ángeles caídos, es decir, que dentro de la iglesia surgirán personas que, adquiriendo una falsa autoridad, se creerán con poder suficiente incluso para ensañarse con los demonios. ¿No es esta una práctica bastante aceptada dentro de la mayoría de sectores carismáticos...?

«Se corrompen como animales irracionales». Es verdad, ciertos cultos extremos son presididos por la llamada irracionalidad. Tanto líderes como seguidores, colmados de inconsciencia y falta de sentido común, llevan a cabo sus vivencias cristianas por «instinto», sin alcanzar a distinguir lo que realmente creen y practican, como dice el texto: animales llevados por su impulso irracional.

«Y se lanzaron por lucro». ¡Y es que no hacen más que pedir dinero, cual dios succulento!

«Estos son manchas en vuestros ágapes». Esta declaración bíblica, refleja que dicha corrupción cristiana ensucia de forma deplorable el testimonio evangélico en nuestro mundo no cristiano.

«Que comiendo impudicamente con vosotros». La expresión «con vosotros» no hay que pasarla por alto en nuestras conclusiones. La imagen de la apostasía es altamente descriptiva: lo falso, se presenta como participante juntamente con lo verdadero.

«Cuya boca habla cosas infladas». La pompa de la palabrería, como expresión visible, constituye un rasgo característico de la apostasía en muchos sermones. Y estos sermones, llenos de superficialidad doctrinal, logran su objetivo: impresionar y mantener al público dentro de un círculo de emocionalismo redundante.

«Los sensuales, que no tienen al Espíritu». El sobrenombre que utiliza la Escritura es iluminador, y encaja perfectamente con el líder ultracarismático: «los sensuales», esto es, todos aquellos que, sin tener al Espíritu, afirman sus doctrinas y prácticas en los superfluos e inestables sentimientos.

Como bien hemos podido observar, los textos que han sido expuestos son reveladores por sí mismos, y muestran de forma explícita las señales que conforman actualmente el movimiento de la apostasía. Con estas indicaciones bíblicas, podremos obtener una visión más precisa sobre los elementos proféticos que ya estaban registrados en la Escritura desde la Antigüedad (no hay nada nuevo), y que fueron preludio de todo el espectáculo mundial que, desde no hace mucho tiempo, estamos observando en nuestro corrompido mundo cristianizado.

Pese a todo espectáculo grotesco que se pudiera ofrecer en estos ambientes, muchos cristianos duermen, mientras tanto la apostasía avanza tranquilamente, sin apenas oposición por parte de la Iglesia verdadera, que logra sobrevivir por la gran misericordia de Dios.

Lobos vestidos de ovejas

Tengamos a bien recibir la advertencia de nuestro Señor, cuando dijo: «Vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mt. 7:15). El Señor Jesús, con su afirmación, está descubriendo a los falsos líderes del pueblo de Dios. La figura del «lobo» es, por tanto, una ilustración metafórica que representa a los dirigentes religiosos de aquel momento; muchos de ellos incrédulos: escribas y fariseos hipócritas, los cuales limpiaban lo de fuera del «vaso» y del «plato», pero por dentro estaban llenos de robo y suciedad espiritual.

El aviso de Jesús se refiere a los falsos líderes, y no tanto a los seguidores (las ovejas), que son meras víctimas del engaño. Lamentablemente, muchas de esas víctimas siguen estas corrientes a sabiendas de los errores, seguramente llevado por promesas ilusorias acordes con sus propios intereses personales.

El texto leído anteriormente expresa una realidad que ya se daba en los tiempos de Jesús, y que prosiguió en el tránscurso de la era cristiana. Y podemos pensar, sin temor a equivocarnos, que en nuestros tiempos este fenómeno sigue su curso de crecimiento y expansión; aunque con mayor sutileza, si cabe, pues cada vez se hace más difícil detectar el «lobo» que hay dentro de las aparentes «ovejas».

Ciertamente, existen personas con puestos de responsabilidad en las iglesias, y muchos de ellos son personajes de referencia, que representan a grandes movimientos aparentemente cristianos. Debemos admitir que el tema presentado es de marcada importancia para los creyentes de hoy día, pues el cristianismo falso se extiende a pasos agigantados, y por ello el campo está más abierto a la intervención de «lobos rapaces».

No obstante, se destaca una diferencia entre la «cizaña» y el «lobo», que si bien los dos pueden habitar en nuestros círculos cristianos, el trato que se les debe dispensar es del todo diferente. Al «lobo» hay que detectarlo, para poder luchar contra él y evitar que corrompan a las ovejas. Y como discípulos de Cristo, nuestra responsabilidad es denunciarlos, combatiendo su intervención a través de los recursos bíblicos que poseemos, con el fin de impedir la expansión de su labor dentro de la Iglesia; porque su objetivo es destruir el rebaño. Sin embargo, a la «cizaña» hay que tolerarla, pues al parecer es inocua y no afecta decisivamente en la calidad de la cosecha, y además puede ser confundida fácilmente con el trigo.

Finalmente, todos nuestros esfuerzos deben ser desplegados para poder descubrir el peligro, y evitar las consecuencias que se derivan del fraude, de la burda imitación cristiana, cuyo efecto destructor es simulado por personas que, aprendiendo bien la lección, se infiltran en nuestros círculos cristianos, siendo verdaderos embajadores de Satanás, que solo pretenden obstaculizar la buena marcha de la obra de Dios... Esta realidad fue advertida por el apóstol Pablo a los líderes de la Iglesia primitiva, diciendo: «*Porque yo sé (la convicción del apóstol) que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño*» (Hch. 20:29). Con esta predicción apostólica, debemos advertir que en nuestro amplio y extendido cristianismo actual, se hallan personas que parecen cristianos, pero que en realidad son lobos vestidos de ovejas.

CONCLUSIÓN

Llegando a una conclusión adecuada, podemos afirmar que la expansión del fenómeno carismático en buena parte de nuestro mundo llamado cristiano, ha sido alimentada por personas descontentas con el cristianismo litúrgico y la formal ortodoxia que se produce en medio de la Iglesia fría y aburguesada de nuestro siglo. Por otra parte, se añade una gran colección de seguidores que son impulsados, sobre todo, por el libertinaje espiritual, el cual se deriva de congregaciones que carecen por completo de una conveniente formación bíblica y teológica. A la vez, se adhieren a este grupo aparentes convertidos, que fascinados por lo sobrenatural, acuden en masa a llenar el grueso de este movimiento seudo cristiano... Todos ellos abren sus puertas, con gran entusiasmo, para recibir las nuevas y atrayentes corrientes de espiritualización; aunque, por desgracia, sin discernir con claridad las raíces e influencias que se esconden detrás de todo el entramado doctrinal de dichas tendencias supuestamente bíblicas.

Es menester aclarar que no podemos encasillar a todas las congregaciones carismáticas dentro de una misma línea de actuación. Las manifestaciones del movimiento carismático mundial se hallan muy diferenciadas, existiendo muchos y distintos extremos dentro de él, desde los más suaves, hasta las herejías más destructoras.

Tal y como observamos a través de todos los datos bíblicos que hemos recogido, considerado y comparado con el cristianismo histórico, resulta innegable identificar algunas formas graves de apostasía. Y como también se ha señalado a lo largo de los versículos expuestos, un falso cristianismo marcará con fuerza la época precedente al retorno de Cristo, al tiempo que se desarrollará una corriente doctrinal seudocristiana que se extenderá con rapidez, cuyas señales serán cada vez más fraudulentas y engañosas. Bien les advirtió Jesús a sus discípulos: «*Mirad que nadie os engañe*» (Mt. 24:4).

En relación con la advertencia de Jesús, debemos adoptar suma prudencia, pues el extremo carismático está buscando la unidad por la sola experiencia, no por la Palabra de Dios. Tanto es así, que cada vez son más numerosos los movimientos sectarios carismáticos peligrosos, los cuales introducen doctrinas erróneas en la iglesia, llenando los corazones de falsas esperanzas, y lucrándose con el dinero de sus ingenuos seguidores.

Igualmente podemos apreciar, que muchos de estos círculos carismáticos mezclan influencias y prácticas de las religiones paganas, con elementos filosóficos y psicológicos que no se contemplan como doctrina en la Escritura; pudiendo llegar hasta el propio espiritismo. Y todo ello, normalmente, se recubre con versículos bíblicos aislados, y una buena dosis de falsa espiritualidad cristiana.

Recordemos la profecía, porque vendrán en el nombre de Jesús, y en aquel día engañarán a muchos, según cita Mateo 24:11. Hoy más que nunca necesitamos con urgencia volver a las fuentes de la Sola Escritura, pues allí es donde se ha revelado toda la verdad que necesitamos saber, y en ninguna manera debemos aceptar doctrinas dudosas y oscuras, que solo crean desorientación a las personas que en tal caso las creen y las profesan. Muy al contrario, la Biblia nos hace un llamamiento a los cristianos para que alcancemos a distinguir, con verdadero atino, toda clase de enseñanzas o prácticas que no se avengan a los principios claros de la Palabra que ha sido inspirada por Dios.

Es preciso mantener firmes en nuestra mente y corazón los textos bíblicos, ya que «el Espíritu dice claramente que en los posteriores tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios» (1 Ti. 4:1). Satanás es padre de mentira, pero Dios es misericordioso, y por ello ofrece la verdad a sus hijos sinceros, que le buscan de corazón. Y pudiera ser, querido lector, que con la lectura del presente libro, nuestro buen Padre le esté ofreciendo hoy la oportunidad que le permita salir de la confusión. Además, quizá sea esta la ocasión para darse cuenta del error de las enseñanzas doctrinales del movimiento carismático, y comenzar a investigar la Escritura en su correcto enfoque hermenéutico.

Concluyendo aquí, recojamos con solicitud los sabios consejos del apóstol Pedro: «Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza. Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 P. 3:17,18). Atendamos, pues, con toda diligencia, a las recomendaciones bíblicas que hasta aquí hemos podido considerar, y estemos preparados para lo que se avecina...

«Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas» (Colosenses 2:4)

José M^a Recuero
Bachelor en Teología

© Copyright 2008 Estrictamente prohibida
su reproducción para la venta.